

Colección Filosofía y Vida

La Cadena de Oro

Seis discursos sobre la Doctrina de la Caridad
(1839 – 1855)

Antonio Rosmini



FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

Antonio Rosmini

LA CADENA DE ORO

Seis discursos sobre la Doctrina de la Caridad (1839-1855)

Compilación: Valmore Muñoz Arteaga

La Cadena de Oro: Seis discursos sobre la Doctrina de la Caridad (1839-1855)

Antonio Rosmini (autor)
Valmore Muñoz Arteaga(compilador)
@Fundación Ediciones Clío

Mayo 2023
Maracaibo, Venezuela
1ra edición digital



ISBN: 978-980-7984-68-3
Depósito legal: ZU2023000107

Diseño de portada y diagramación: Julio César García Delgado

Esta obra está bajo licencia: Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

La Cadena de Oro: Seis discursos sobre la Doctrina de la Caridad (1839-1855)/ Antonio Rosmini (autor) Valmore Muñoz Arteaga (compilador).

—1era edición digital — Maracaibo (Venezuela): Fundación Ediciones Clío. 2023

108p.; 22,9 cm

ISBN:

1. Rosmini. 2. Discurso. 3. Doctrina de la Iglesia. 4. Humanismo.

FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

Antonio Rosmini representa uno de los momentos más brillantes del pensamiento cristiano. Pensador adelantado a su época, fraguó al calor del Evangelio un minucioso proyecto filosófico por medio del cual pretendió enfrentar las desviaciones de la Modernidad. Teje un sistema filosófico enmarcado en un pensamiento ético hermético que tomó la virtud de la caridad como fuente y principio. Su pensamiento forjado por sus principios éticos y morales intachables cuya bitácora de viaje podemos encontrar en los discursos que aquí presentamos conocidos como *Cadena de Oro*. Discursos que no sólo revelan los tesoros que guardaba Rosmini en su corazón, sino que van a ser la orientación espiritual de quienes serían los responsables de llevar los destinos del Instituto de la Caridad. En tal sentido, más que una cadena de oro, vienen a ser como manantial fresco que regará las semillas de quienes desean brotar en amor, sacrificio y entrega a los demás. Discursos escritos entre 1839 y 1855 para aquellos que se iniciaban en el camino enmarcado por el *Instituto de la Caridad*, que condensarán toda la espiritualidad rosminiana.

Atentamente;

Dr. Jorge Fyrmark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

ÍNDICE

Presentación	9
El ejemplo de Jesús	18
La justicia.....	24
La voluntad de Dios	43
La caridad	71
El sacrificio	125
La visión de Dios	152

PRESENTACIÓN

En un texto fechado el 24 de mayo de 1855 llamado *El Instante*, Soren Kierkegaard, filósofo danés, recuerda un pasaje de la *República* de Platón en el cual resalta la idea de que sólo se puede acceder al gobierno los que no tienen deseo de ello. Recuerda esta idea para explicar que, suponiendo que haya idoneidad, “el no deseo de gobernar es una buena garantía de que se gobernerà verdaderamente y competentemente, mientras que quien sólo tiene afán de gobernar se convierte con demasiada facilidad o bien en alguien que malversa su poder para tiranizar o bien en alguien a quien el deseo de gobernar coloca en una oculta relación de dependencia respecto de aquellos sobre quienes tiene que gobernar, de modo tal que su gobierno en realidad se convierte en una ilusión”. Kierkegaard apela a esta idea de Platón para describir el ánimo que debería gobernar en la aspiración de ser un buen cristiano. Concluye que “la verdadera seriedad aparece, en rigor, sólo cuando un hombre con idoneidad, contra su deseo, es obligado por algo superior a asumir la tarea, es decir, con idoneidad contra su deseo”.

Estas palabras del filósofo existencialista parecen describir pormenorizadamente el espíritu que animó siempre a Antonio Rosmini, no sólo en su proceso de fundación del Instituto de la Caridad, sino en su práctica obediente del Evangelio bajo

la orientación materna de la Iglesia Católica. Fue un servidor obediente inspirado por la verdad, la caridad y la justicia. Un hombre, como lo describió Gregorio XVI, “dotado de un talento excelente y singular, excepcionalmente ilustre en la ciencia de las cosas divinas y humanas, esclarecido por su eximia piedad, religión, virtud, nobleza de alma, prudencia e integridad, excelso por su maravilloso amor y devoción a la religión católica y a esta Sede Apostólica”. Virtudes que tomaron forma con oración constante y profunda, pero también con trabajo intelectual y vocación de servicio a toda prueba. Hombre de principios éticos y morales intachables cuya bitácora de viaje podemos encontrar en los discursos que aquí presentamos conocidos como *Cadena de Oro*. Discursos que no sólo revelan los tesoros que guardaba Rosmini en su corazón, sino que van a ser la orientación espiritual de quienes serían los responsables de llevar los destinos del Instituto de la Caridad. En tal sentido, más que una cadena de oro, vienen a ser como manantial fresco que regará las semillas de quienes desean brotar en amor, sacrificio y entrega a los demás.

Rosmini proyectó la redacción de seis discursos que compartiría con sus queridos hermanos más jóvenes del Instituto. Discursos que fueron pronunciados entre 1839 y 1855. El primero de ellos es sobre El Ejemplo de Jesús (1839), el segundo es sobre La Justicia (1844), el tercero tiene como tema central La Voluntad de Dios (1847), el cuarto es sobre La Caridad (1851), el quinto discurso gira en torno a El Sacrificio (1852), este discurso no fue culminado; así como el sexto del que sólo se tienen apuntes y cuya centralidad se concentra en La Visión de Dios (1855).

Umberto Muratore recoge de manera sintética el contexto de aquel primero discurso pronunciado, luego de haber sido aprobado el Instituto, durante la fiesta de la Anunciación del Señor el 25 de marzo de 1839. A los pies de la imagen del Crucificado, Rosmini habla a los profesos sobre El Ejemplo de Jesús partiendo de lo que el Evangelio según San Mateo señala: “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor” (10, 24). Se trata de un discurso en el cual, Rosmini, define cuál será la estrella que orientará en todo momento el espíritu del Instituto y de los que se relacionen con él: “Cristo Jesús nos ha reunido de distintas partes para hacernos una sola cosa en él: nos ha llamado a la justicia, y por la justicia a la caridad, que es la plenitud de la justicia; y por la caridad al sacrificio, que es la expresión y la prueba suprema de la caridad; por el sacrificio a la gloria. El amor verdadero es amor de sangre. Amor y sacrificio son inseparables”. Discurso inicial que, a su vez, es introducción eficaz para los siguientes. Discurso que condensa, como notamos fácilmente, toda la espiritualidad rosminiana.

El segundo discurso gira en torno al tema de La Justicia, está fechado el 25 de marzo de 1844. Rosmini se encuentra envuelto en una polémica que, en modo alguno, lo amilana. Asume con humildad y entereza las vicisitudes que ofrece en sacrificio para que el Instituto de la Caridad y las Hermanas de la Providencia sigan creciendo y expandiendo para la gloria de Dios y la Iglesia. Año en el cual comienza a tejer también el Colegio de los Doce Apóstoles cuya finalidad será la de brindarle formación a quienes aspiran servir desde el espíritu misionero. Rosmini estaba convencido de que la preparación de estos servidores tenía que ser muy rigurosa, seria y profunda. Adelantándose a los postulados ecuménicos del Concilio Vaticano II, Rosmini cree con firmeza que el misionero

católico debe conocer y respetar los ritos que dan forma a otras culturas religiosas, así como tener un corazón siempre abierto para poder estimular el diálogo con todos.

El discurso sobre La Justicia lo desarrolla Rosmini a partir de un versículo del libro de los Salmos, el 117, 19, concretamente el que dice: “Ábranme, pues, las puertas de justicia – para entrar a dar gracias al Señor”. Discurso construido por palabras que emanan de su corazón. Un corazón que no deja de mirar a Cristo. Un corazón volcado al corazón de María pleno de sabios y hermosos tesoros de piedad y justicia. Corazón que late entre las líneas del *Magnificat* para gritar en sagrado silencio que la justicia es la puerta por la cual entran los hombres justos. Corazón henchido de felicidad que contempla la unidad de los miembros del Instituto como lo hizo Jesucristo para que tuviéramos un ejemplo.

El tercer discurso está fechado el 28 de octubre de 1847 y está dedicado a La Voluntad de Dios. Rosmini ya había publicado *Las Cinco Llagas de la Santa Iglesia* (1846), comprendía lo amargo que puede resultar en muchas ocasiones volcarse a la voluntad de Dios. Para el desarrollo de este discurso parte del versículo del libro de Números 9, 23, en el cual se expresa cómo los israelitas “a la orden del Señor acampaban y a la orden del Señor se ponían en marcha. Respetaban la orden del Señor comunicada por Moisés”. Seguir la voluntad de Dios implica una renuncia muy profunda a todo, menos a la voluntad de Dios. Lo que nos hace acampar o ponernos en marcha es Dios y sólo Él. Esta y no otra deben ser “la ley y la regla de nuestras paradas y de nuestras marchas en el Instituto de la Caridad. De aquí en adelante no más el instituto ni el arbitrio del hombre deberán sostener y guiar todos sus pasos,

sino sólo la voluntad del omnipotente Creador del universo, que con sobrenatural sabiduría es interpretada del Espíritu de Dios. Como dice san Pablo, procuren entender cuál es la voluntad del Señor (Ef 5, 17)”.

En las *Máximas de Perfección Cristiana* (1830), Rosmini nos presenta una especie de brújula por medio de la cual podemos orientar nuestro contacto con la voluntad de Dios. Nos habla de plantearnos tres estadios que define como retiro, silencio y ocupación. En estos tres pasos, el hombre puede acceder a la voz que en su interior habita desde antiguo, que lo creó y que “le dio por fin el gozo beato de la misma Divinidad”. Ahora bien, para Rosmini, el hombre, en especial aquel que acoge los brazos del Instituto como refugio, debe aspirar en todo momento seguir la voluntad de Dios, ya que “La voluntad divina quiere una cosa más grande, más fuerte que la de la razón humana. Sea también perfecta como era aquella de Cristo, porque la razón divina superaba y vencía la razón humana”.

El cuarto discurso está fechado el 10 de octubre de 1851, está dedicado a La Caridad y se desgaja de la Carta a los Efesios (3, 17 - 19), en la cual San Pablo escribe que “...estén arraigados y cimentados en el amor, de modo que logren comprender, junto con todos los consagrados, la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, que conozcan el amor de Cristo...”. De todos los discursos es el más elaborado, se trata casi de un tratado en sí mismo sobre el concepto de la caridad. Podemos decir que es el discurso central de la *cadena*, por lo tanto, sin temor a equivocarnos, afirmamos que este discurso pareciera ser el corazón de todos, quizás porque, como afirmó San Pablo, es la caridad la principal de las virtudes del hombre, pues en ella

nos acercamos más al corazón de Jesucristo. Por medio de ella, nos aproximamos a la perfección del Padre. “Por lo que todos los Cristianos son llamados a una vida perfecta, todos hemos recibido la ley de la caridad, que es la plenitud y el fin de todo precepto (Rom 13, 10; 1 Tim 1, 5); esfuércense, además, en cumplirla según su estado: sin embargo a la cima de la perfección sólo llega el que, despojado en espíritu y verdad, y desnudo de las cosas de aquí abajo y de todo apego a la vida propia, para su propio bien ya no reconoce más que a Dios y para su profesión, para su trabajo diario, nada más que la misma caridad o amor de Dios”.

El hombre que busque alcanzar la cumbre de la perfección evangélica y acceder a la vida de Dios, desde el principio debe instituirse bien en el amor, porque el amor hace la vida puesto que, como lo resalta también Pedro Julian Eymard, nada hay que cueste al amor que quiera quedar satisfecho de sí mismo. La caridad es la justicia más perfecta, dirá Rosmini, “quien ama, ama que la voluntad del amado se cumpla, se haga. Amar, pues, y hacer la voluntad divina, amando: eso es la Caridad”.

El quinto discurso, fechado el 14 de agosto de 1852, nos describe cómo para satisfacer el deseo de vivir junto al amor debe asumir presurosos la opción del Sacrificio. Para su desarrollo, Rosmini vuelca su mirada en el jardín siempre florido de los amantes del *Cantar de los Cantares* para escuchar a la amada decir que su “amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos” (1 - 13). Discurso en el cual continúa explorando el tema del amor, concretamente el orden del amor, ya que este responde a criterios ajenos a la naturaleza humana: “Sí, el amor es natural para el hombre y, por tanto, fácil y dulce. ¿Pero el orden del amor también es fácil y dulce? No, hermanos míos, afirma Rosmini,

porque el amor viene con amar las cosas en la medida y proporción del amor que merecen". Lo cual nos ubica, casi de inmediato, en su discurso ético. Para Rosmini "el hombre debe ser bueno y no malo. La bondad del hombre consiste en la bondad de su voluntad porque es evidente que quien tiene una voluntad plenamente buena es un hombre bueno". Rosmini se sitúa en la línea de la tradición al afirmar que el hombre debe ser bueno y no malo, que no es otra cosa que el principio de la *sindéresis*, y esa *sindéresis* es lo que impulsa al hombre a distinguir con sabiduría entre la realidad y "las apariencias del bien [que] engañan y seducen", apariencias que nos invitan a una "pelea dura y peligrosa, que se reaviva cuando parecía que ya estaba ganada".

Aquí nos expone Rosmini la doble naturaleza del hombre y por ello lo señala como dual, en algunos aspectos animal, en otros inteligente. "Desde el punto de vista animal, tiene facultades e instintos que lo limitan al corto alcance del mundo sensible y transitorio; como ser inteligente, sin embargo, vive en otro mundo, eterno, infinito, no comprensible con los sentidos". Lo cual, no sólo nos abre al campo ético, sino al del propio conocimiento que busca responder simultáneamente al *sensismo* y al *racionalismo*, aunque de manera muy diferente a la kantiana. La inteligencia del hombre no se basta por sí misma, cuando es así, entonces, de alguna manera actúa de forma animal. La inteligencia no ilumina con una luz que sea parte de su naturaleza, sino con la idea del ser, de naturaleza opuesta a ella (universal, objetiva, etc.) pero que es condición de su existencia como inteligencia. "Con esta mejor naturaleza aspira a un tipo de bienes que tienen un valor y una dignidad infinitamente mayores que los bienes a los que tiende con su vida animal".

Estas circunstancias obligan al hombre a emprender una doble lucha para que el amor sea ordenado, sacrificio necesario, porque el placer y la justicia a menudo chocan y contrastan entre sí. Entiende Rosmini que “mientras se trate de moderar un mal deseo del instinto para que no haga a todo el hombre esclavo de sí mismo, no parece que sea necesario un gran esfuerzo, sino en los momentos en los que todo el bien y el placer terrenal chocan y chocan con el deber y con virtud, entonces el hombre, si quiere mantener ordenado el amor dentro de sí, sólo puede hacerlo con una fortaleza heroica que antepone este amor a la vida misma. Hermanos míos, el amor verdadero requiere necesariamente que el hombre esté dispuesto a morir por amor”. Aquí radica el valor del sacrificio, pues tiende un puente por el cual atraviesa el hombre para vencerse, para morir en la cruz para el mundo.

El sexto discurso debió tener como tema central La Visión de Dios fechado el 1 de julio de 1855. De este discurso sólo existen las notas que había tomado para su desarrollo. Estas parten del salmo 4 versículo 10 que dice “Coloca a la reina a tu derecha”. Las notas del discurso nos hablan del compromiso del cristiano con la perfección que lo acerca al espíritu que caracterizó a las vírgenes, así como a la vida beatífica del ejemplo de Jesucristo. Sin embargo, no pudo ser iniciado.

Antonio Rosmini, a pesar de haber llevado una vida de santidad, no buscaba la santidad, sino que buscaba a Dios en todo. No tenía deseos de santidad, sino de Dios, quizás a ello se deba que alcanzara la bienaventuranza de una vida santa y que, por tal motivo, no estuvo exenta de calvarios en los que estaba obligado a morir para nacer en Cristo. Un hombre que, aunque esperó todo de Dios, hizo lo que le correspondía como hombre

responsable de su vida mientras esperaba. Fue un hombre de acción. Acción que miraba siempre la trascendencia como amor que lo invitó siempre a dar un paso más. Estos discursos son, de alguna manera, un esfuerzo por recoger esos pasos y brindarlos como testimonios a quienes iban detrás de él, sólo porque él iba detrás de Cristo.

Paz y Bien

Valmore Muñoz Arteaga

EL EJEMPLO DE JESÚS

*Primer discurso sobre la doctrina de la caridad
25 de marzo de 1839*

*No está el discípulo por encima del maestro ni el sirviente
por encima de su señor.
Mt 10, 24*

La iniciativa del amor es de Dios

El Señor sabe la cantidad de días asignando su orden a cada uno de ellos. También hizo el alba de esta solemnidad en la que celebramos la Encarnación del Verbo en el seno de la Virgen María; y se inserta tanto este momento en que nosotros, pequeñas criaturas tuyas, queremos devolvemos a sus manos. Queremos consagrarlo, por amor, con la ofrenda de los sagrados votos, por todo lo que su omnipotente generosidad nos ha dado.

Él habló y nosotros comenzamos a existir. Ha hablado de nuevo, y revestirnos de nuestra humanidad. Habló por tercera vez e, incorporados a su humanidad por el bautismo, existimos de una manera nueva y divina.

Pero todo esto no fue suficiente: su palabra no es silenciosa, y las maravillas nunca terminan. Nuevamente escuchamos su voz cuando su llamado nos alcanzó en diferentes países abrazándonos con la más dulce caridad que genera su palabra. Antes, éramos desconocidos entre nosotros, no conocíamos ni nuestros nombres;

ahora, en cambio: somos una misma cosa en Cristo Jesús, a cuyo amor queremos consagrarnos interiormente, incondicionalmente, y no por un tiempo determinado, sino de manera irrevocable.

Cada uno de nosotros piensa en su propia llamada: reconocerá que se trata de un evento extraordinario, deseado por quien tiene en sus manos la existencia de todo. Tenemos en el corazón el mismo propósito; ¿quién dirigió nuestras voluntades a desear el mismo bien? Estamos en el mismo lugar; ¿quién ha orientado nuestros pasos hacia este Monte consagrado a la justicia del Padre que sacrifica al Hijo y a la caridad del Hijo que se deja inmolar para salvarnos? ¿Y quién movió al Papa, supremo Vicario de Dios en la tierra, a sellar esta unión nodriza con su autoridad divina, y a darnos la Regla que debe conducirnos a la perfección? (Mt 5, 48).

Dios está en todos estos acontecimientos

No se puede sentir lo dulce y seguro que es entregarse a su Providencia sin consentir dejar de pensar humanamente.

¡Hermanos, a la caridad de Dios debemos

toda nuestra gratitud! Aunque no nos necesite, nosotros amamos porque Él amó primero (1Jn 4, 19).

Por tanto debemos derramarnos en santa alegría, porque no hay momento más feliz que el hombre, venido de Dios, se refunde en Dios, y en el cual la criatura, movida por su Creador, a Él se consagra.

No estamos actuando por iniciativa propia, pero Dios se mueve a este paso; la valentía y la gloria que tenemos nos vienen de esta certeza.

En el hombre amado por Dios presiona el deseo de la justicia

Que es Dios quien nos mueve demuestra claramente el propósito que nos propusimos: el de obtener la justicia, o la santidad.

Sólo Dios puede poner en nuestro corazón este deseo, porque sólo en Él la justicia es perfecta, y de Él llega a todas las criaturas.

El espíritu del mal no puede darnos el deseo del bien; ni tampoco la carne y el hueso conduce al hombre a la santidad (Mt 16, 17). El mundo luego pone su grandeza en cosas totalmente diferentes de la justicia; desprecia la inocencia, considerándola insignificante, y se burla de la sencillez del justo.

Dios, en cambio, que en su sabiduría eterna nos ha puesto en la estabilidad del firmamento, también quiso que su reino aquí abajo en la tierra, su ciudad, basada en el sólido fundamento de la justicia. Lo dice en Isaías, que escribió así de la mística Jerusalén: tendrás firme asiento en la justicia (Is 54, 14).

En la Sagrada Escritura es el monte Sión, roca de la ciudad santa, viene a representar este sólido fundamento.

¡Justicia! monte muy firme, fundamento inmóvil, roca escondida bajo el suelo, que los hombres no ven, porque no ven a Dios.

No muevas un paso sin que Dios lo guíe verdaderamente, los hombres no ven la sublime justicia de Dios y de su Hijo hecho carne. Por tanto, hermanos, no debemos esperar que el mundo vea algo sublime en el simple fin de nuestra unión. De hecho, el hecho mismo de que la justicia a la que nos esforzamos es despreciada, es para nosotros motivo de confianza y alegría. Tenemos la palabra del Todopoderoso: todo lo que es despreciado por los hombres, a sus ojos es querido y fuerte (cfr. 1Cor 1, 25. 28).

Esta promesa infalible nos da la certeza de que todos nuestros deseos serán realizados si con la gracia de Dios conseguimos la justicia, que es el fin de nuestra sociedad. Entonces no nos faltará nada. Los que no conocemos el futuro, lo tendremos casi a nuestra merced y podremos gobernarnos sabiamente, como si lo previéramos. De hecho, Dios mismo está comprometido a guiar nuestros pasos en el camino de la vida, como está escrito: El Señor ha guiado al justo por caminos rectos (Sab 10, 10).

¿Qué más puede desear el justo si Dios solemnemente promete guiarlo por caminos rectos, sin tropiezos? ¡La misma Providencia del Todopoderoso le sirve!

Así que decidimos entregarnos a nuestra más preciada madre y no querer dar un paso sin que ella lo guíe.

Construimos grandes esperanzas en la justicia de Cristo: justicia de fe, no de obras.

La Providencia guía al justo hacia el amor pleno y verdadero

Pero, ¿a dónde nos llevará esta guía tan segura, tan amorosa?

La Providencia del Señor guía al justo al amor, a la caridad propia del Señor. En la caridad se realiza, y encuentra su necesaria perfección, la justicia: quien no ama permanece en la muerte (1Jn 3, 14).

Dirigida por Dios mismo, es la caridad la que lleva de la mano al justo y a quien realmente tiene sed y hambre de justicia. Es la caridad que resalta la justicia interior e invisible, eliminándola casi de su propio escondite y haciéndola brillar incluso a los ojos de los ciegos que la ignoraron o la despreciaron.

Sí, mis hermanos: no puede ocultarse una ciudad construida sobre un momento... de modo que cuando ellos vean sus buenas obras, glorifiquen al Padre de ustedes que está en el cielo (Mt 5, 14. 16).

Y por eso queremos que nuestra sociedad, precisamente porque está fundada en la justicia, ostente el nombre de la CARIDAD universal, y que viva por ella.

El amor verdadero es amor de sangre

¡Qué dulce es este nombre caridad! No hay otro más dulce. ¡Pero también es fuerte, hermanos, la caridad de Cristo! Como la muerte.

El amor es fuerte como la muerte (Cant 8, 6). El amor verdadero es amor de sangre. Amor y sacrificio son inseparables.

Es por eso que nuestra sociedad tiene como objetivo pedirnos nada menos que la renuncia completa de todas las cosas, el desapego de todo el mundo sensible y de nosotros mismos, la renuncia completa de nosotros mismos.

Tenemos aquí todo el día ante los ojos al divino Maestro del amor, el único legislador de nuestra sociedad, ensangrentado, llagado en todo el cuerpo, pendiente de una cruz. Está sobre ella voluntariamente, con el pecho, las manos, los pies traspasados, no tanto por la lanza y los clavos, sino más bien por esas ráfagas de amor que el sol, en realidad, lo mataron. Él es el gran ejemplo en el que se debe reflejar todo cristiano y cada miembro del Instituto de la Caridad. Es también el primer miembro el Instituto, el jefe, el gran fundador. La justicia lo llevó directamente a la caridad; lo ha inmolado la caridad.

He aquí, necesariamente, mis hermanos, la suerte que todos elegimos, el signo inconfundible de nuestro ser discípulos de Cristo: no está el discípulo por encima del maestro (Mt 10, 24).

Del sacrificio a la gloria en Dios

Pero cuidado, ese cuerpo exhumado pronto se levantará. De la muerte brota la vida, y la caridad no mata sino para devolvernos la vida que nos había quitado, mejor que antes, porque se hace inmortal.

Por lo tanto, nos regocijamos en este día, porque son realmente adorables y preciosos los anillos de esta cadena de oro que dentro de unos instantes nos unirá para siempre.

La justicia, primer anillo, nos lleva a encontrar a Dios y a elegir como guía de nuestros pasos su Providencia y bondad: el segundo anillo. Dios dirige nuestros pasos a la caridad del prójimo: tercer anillo. La caridad nos lleva al sacrificio: cuarto anillo. Y el sacrificio a la gloria inmortal: quinto y último anillo.

Aquí, resumiendo, toda la tela de nuestra sociedad, a la que perteneceremos para siempre. Vosotros la estáis viendo con los ojos de vuestra fe, como bordada en un bello diseño blanco y púrpura, de la mano misma del Señor.

Pero antes de realizar el gran gesto de la ofrenda perpetua de vuestros votos, debéis declarar aquí, públicamente, si aún estáis decididos a someterse al yugo de una ley tan humilde y tan sublime.

En la sinceridad de vuestro corazón, ante este Dios crucificado y ante la Virgen Madre, que en este día lo hizo, responded a lo que os preguntaré:

“Así que, ¿queréis hacer castidad...?”

LA JUSTICIA

Segundo discurso sobre la doctrina de la caridad: 25 de marzo de 1844

*Ábranme, pues, las puertas de justicia – para entrar a dar
gracias al Señor
Salmo 117, 19*

El fundamento de nuestra unión y de nuestra alegría

Antes de pronunciar los votos sagrados, que os unirán total y eternamente a la gracia de servir a Dios, y antes de que en nombre de Dios, de la Iglesia católica y del Instituto de la Caridad los reciba como ofrenda de vosotros mismos a vuestro Creador, permitidme, hermanos, que os dirija algunas palabras dictadas por mi corazón.

En efecto, deseo abriros mi corazón en este momento tan feliz. Debo advertirles de las gravísimas obligaciones que asumen los que deciden abrazar al Instituto que ustedes piden abrazar; y quiero alentaros a hacer sobre el altar del Señor la gran ofrenda de vosotros mismos con una generosidad tan grande como el sacrificio.

Pero también os hablaré de la alegría que invade mi corazón, acercándoos a la sociedad del amor como dentro de la puerta mística de la que dice el salmo: Esta es la puerta del Señor: por

ella entran los justos (Sal 117, 19). Y te felicitaré por la preciosa gracia que tu Señor te concede.

Todo esto lo haré recordándoles lo que es, y debe ser, la base de nuestra unión. Y les recordaré para que nuestra alegría común aumente. En virtud de esta unión nuestra, los afortunados a quienes Dios llama de todas partes de la tierra se convierten en un solo corazón y una sola alma (Hch 4, 32), siempre que respondan fielmente a la llamada y se consuman en esa unidad que es reflejo de la más sublime unidad del Padre con su divino Hijo (cfr. Jn 17).

El fundamento de la sociedad que mantenemos unida es tan sagrado que personifica todos nuestros deberes en sí mismo; por lo tanto, hablando de ello, se los recordaré a todos.

Pero es una base tan poderosa, que el solo hecho de saberlo aporta fuerza y coraje. Y es una realidad tan feliz, que los rectos de corazón, que depositan en ella sus más preciosas esperanzas, sólo pueden considerarse felices mil veces incluso en medio de las desgracias más graves de la vida.

Unidos para vivir la justicia

Cuando considero el fin que propone el Instituto de la Caridad, creo que muchas almas santas de toda la Iglesia Católica, almas bien conocidas por Dios, han elevado con Jesucristo la hermosa oración al Señor eterno, Padre de los hombres y de los ángeles: ¡Ábrame las puertas del triunfo, entraré para dar gracias al Señor! (Sal 117, 19).

E imagino que Dios, concediendo su ardiente deseo, respondió así en sus corazones: “Uníos en mi nombre para vivir la justicia; ataos estrechamente entre vosotros sólo por esto. Ofreced por ello el sacrificio de vosotros mismos, de todas

vuestras cosas, como lo hizo mi Unigénito para que tengáis ejemplo. Por ello sacrificas los placeres, aunque sean lícitos, y los bienes terrenales, aunque sean honestos, el tiempo y la salud, la vida, será: en una palabra, todo, sin excepciones”.

Mis amadísimos hermanos, precisamente así nació vuestro Instituto. Este es su espíritu; su único fundamento es la justicia. Por eso, de verdad se puede decir de él: Esta es la puerta del Señor, por ella entran los justos.

Escuchad lo que quiero deciros brevemente sobre este sólido fundamento.

Perdiendo su luz, la razón ya no vio justicia

En los hombres, la imaginación prevalece sobre la razón. De hecho, nuestro progenitor Adán, al pecar, disipó la luz divina que deberíamos haber heredado. Y como la justicia es el dictado de la razón fielmente correspondido por la voluntad, era inevitable que, una vez que se oscureciera la luz de la razón, en el hombre se oscureciera también la luz de la justicia. Tenía que perder su valor en la estima de los hombres y permanecer en el mundo como un tesoro escondido.

Su adversaria, la imaginación rebelde, se convirtió en adúladora de los instintos y pasiones subjetivas, la sirvienta del ángel envidioso, que la usó para traer oscuridad al mundo. Por tanto, tenía que ofrecer al alma humana, que se había convertido en su esclava, otros bienes, ilusorios y mentirosos, que ocuparían el lugar de la justicia.

Las criaturas inteligentes le dieron la espalda al Dios de la verdad, que las había llamado de la nada y las había creado para sí mismo. Reemplazaron a Dios con ídolos sensibles,

porque, casi ciegos de mente, su razón veía solo las realidades materiales y las construcciones de su propia fantasía.

Habiéndose convertido en sus dioses, los ídolos también se convirtieron en los destinatarios de sus afectos y las herramientas para cumplir sus sueños de grandeza. La felicidad comenzó a llamarse la satisfacción de todos los placeres sensuales, el valor supremo las riquezas de esta tierra, la grandeza humana la arrogancia del hombre sobre sus semejantes, la sabiduría empleada por la astucia para obtener todo esto, y el máximo éxito es conseguirlo. Con estos nuevos valores y con su conocimiento, el hombre pensó que finalmente se bastaba a sí mismo.

En medio de tantos espejismos del bien, los únicos capaces de seducir mentes que se entregan a la excesiva imaginación, ¿qué pasó con la justicia?

Era inevitable que quedara como un objeto incoloro entre otros de colores muy vivos. Ya no era la atracción de la mente, ahora toda embelesada y absorta en las sugerencias y los sentidos del orgullo soñador.

Echemos un vistazo al mundo actual: todavía lo vemos tan fascinado por esta seducción dominante. El mundo no aprecia plenamente la fuerza interior del bien moral, único en el que se realiza la persona humana; por tanto, emplea toda su astucia en la agotadora adquisición de bienes físicos o puramente intelectuales, y en ellos consume toda su capacidad de deseo.

¡Pero esta es una sabiduría engañosa, una astucia impotente!

Dios misericordioso confunde la falsa sabiduría del mundo

Sin embargo, no fue posible que Dios, ofendido por el hombre y olvidado, olvidara también a sus criaturas. En el consejo eterno de su misericordia, proveyó iluminar de nuevo la razón humana. Pasando por alto la época de la ignorancia, como dice San Pablo (Hch 17, 30), finalmente llamó a los hombres al reconocimiento de la justicia y al arrepentimiento, pues la sabiduría de este mundo es locura a los ojos de Dios. En efecto, dice la Escritura: El que enreda a los sabios en su propia astucia. Y también: El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los sabios (1Cor 3, 19 - 20).

Dios ya nos había advertido de este misterioso designio suyo de confundir la falsa sabiduría de los hombres. Lo había prometido desde los primeros tiempos también por boca de Isaías: perderé la sabiduría de sus sabios, y eclipsaré el entendimiento de sus entendidos (Is 29, 14). Y viendo su obra ya hecha a la luz, vuelve a preguntar por boca del profeta: «¿Dónde está el que contaba, dónde el que pesaba, dónde el que contaba torres?» (Is 33, 18).

Sí, hermanos míos, os ha vuelto insensatos. Nos ha mostrado que los sabios según el mundo, olvidando y descuidando la justicia humilde e invisible, se han privado del único bien que salva al hombre, que lo ennoblece, lo satisface, lo hace grande, inmortal, feliz, plenamente glorioso; que le da, en definitiva, todo lo que busca, todo aquello a lo que aspira la naturaleza.

Los bienes materiales y aparentes, en cambio, los únicos que los sabios del mundo aprecian y anhelan, no les dan dignidad ni grandeza. No libran de la muerte, de la inquietud, del dolor,

del miedo; no les ofrecen ninguna seguridad. Al contrario, los vuelven mezquinos, distractores, con un estado de ánimo atormentado; confunden sus mentes y las privan de libertad. Su imaginación sólo puede imaginar algo incierto más allá de la muerte, muy cierto; algo oscuro y doloroso, que su conciencia, en cambio, siente muy terrible, como de hecho lo es.

Así, la sabiduría del mundo tiene sus raíces en la locura. Como una virgen insensata, pretende encender la lámpara de la felicidad sin poseer el aceite de la justicia (cfr. Mt 25, 1 - 13).

La verdadera sabiduría, en cambio, es solo la de quienes dan todo lo que poseen, para comprar el campo que esconde el tesoro, o la perla preciosa que vale mucho más que todos los bienes de quienes la compran.

La justicia es el inmenso tesoro que se escapa a la mirada terrena de los hombres, como si estuviera escondido bajo tierra. Es la perla más preciosa que ignoran las mentes toscas y que solo el comerciante sabio conoce. Por eso, quien va y vende lo que posee para comprar un bien tan grande, parece tonto a los ojos del mundo, en cambio es muy sabio.

La Palabra revela su propia luz

¿Quién podía hacer que la justicia, humilde porque no es estrepitosa, invisible porque toda es del espíritu, despreciada por ser invisible, volviera a ser el verdadero bien, conocido y apreciado por los hombres? ¿Cómo podría Dios volver a dar al espíritu humano esa luz que le mostrase lo mucho que se engañaba a la hora de despreciar la justicia y de considerar precisamente bueno y gloriarse de las cosas materiales o de sí mismo?

Sólo la luz podía disipar las tinieblas. El unigénito Hijo de Dios, Sabiduría y Verdad subsistente revestida de naturaleza humana, así dijo: me dirijo a todos los hombres. Entended, ¡oh simples! la cordura, y vosotros, necios, entrad en la discreción. Escuchad, que voy a deciros nobles palabras, y abriré mi boca a sentencias de rectitud. Sí; mi boca dice la verdad, pues aborrezco los labios inicuos (Pr 8, 4 - 7).

En efecto, nuestro Señor Jesucristo no hizo otra cosa, en su misión, que ser maestro de justicia: quiso hacerla nuevamente visible a los ciegos, abriéndoles los ojos; más aún, dándosela. En Isaías así dice el Padre del futuro Mesías: Yo, el Señor, te he llamado en la justicia y te he tomado de la mano. Yo te he formado y te he puesto por alianza del pueblo y para luz de las gentes, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del calabozo a los que moran en las tinieblas (Is 42, 6 - 7).

Por eso, a Cristo se le llama sol de justicia en la Sagrada Escritura (Mt 3, 20). En los rayos de este sol llegamos a conocer el valor de la justicia; su luz da vida a las almas muertas.

De hecho, la gran obra encomendada a Cristo no fue solo externa; era la renovación del hombre interior: la creación de un hombre nuevo prudente en el hombre viejo, ciego del pecado. Un hombre que reconociera que la verdadera sabiduría es llegar a la justicia; exactamente al contrario del hombre viejo, que consideraba sabiduría conquistar las vanidades de esta tierra.

Toda la obra visible del Hombre-Dios ha sido precisamente la obra de la Sabiduría eterna que revela su rostro para que la presunción humana se arrepienta.

Y también a través de los sentidos la Sabiduría hecha carne quiso penetrar en el espíritu del ser humano, que es cuerpo y

alma: para que también la exterioridad del hombre reconociera las maravillas que ocurrían en su espíritu.

Los juicios de Jesús son diferentes e inauditos

Las buenas nuevas del Salvador tenían como objetivo precisamente convencer de que es necio buscar la paz y la grandeza en los efímeros bienes de la carne inflados por la imaginación. Jesús tomó bajo especial protección divina a quienes se sentían infelices por la falta de riquezas y el peso de tantos males; y por esta protección suya, decididamente vislumbrando el juicio de los hombres, los declaró bienaventurados, proclamando estos juicios diversos e inauditos: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mt 5, 3 - 5).

Pobreza, dolor y debilidad; al mantener a raya las ilusiones de los bienes falsos, disponen al hombre a apreciar la justicia, que no viene y va con la suerte. Por eso, hablando de los que ya desean la justicia, Jesús prosigue así: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos (Mt 5, 6).

Hermanos, esta es una dulce promesa del Salvador: acogerá a los que rechazan la ilusión de los sentidos para buscar el verdadero bien que no se puede captar con los sentidos. Él mismo los satisfará con este bien precioso que anhelan.

A la falsa sabiduría del mundo no se le podría infligir un fracaso mayor. La verdadera Sabiduría de Dios, habiendo venido a la tierra para refutar a la mundana y avergonzarla de sí misma, no se contenta con declarar que todo aquello en lo que los sabios del mundo ponen su suprema felicidad no tiene valor. Hace su declaración convincente poniendo en acción el poder

divino: llama a sí misma a todos los pobres, a todos los infelices, a los olvidados, a los despreciados; les enjuga las lágrimas para ofrecerles el verdadero bien de la justicia y el Reino de Dios.

Con estos pobres, de hecho, Cristo fundó su Reino, la Iglesia: al principio compuesta por pobres pescadores analfabetos e ignorantes, luego aumentada por gente humilde. Como dijo San Pablo: no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necesidad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo del mundo, el desecho, lo que no es nada, lo eligió Dios para anular lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios (1 Cor 1, 26 - 29).

Así, los ignorantes entraron en la Iglesia del Redentor antes que los nobles. Y estos últimos fueron aceptados en la Iglesia con la condición de que reconocieran y declararan que lo que previamente habían considerado sabiduría era en realidad ignorancia, debilidad de poder, nobleza arrogante en vano. Tuvieron que cambiar por completo el criterio del juicio y el amor, declarar que todo no es más que justicia, reconocer y venerar como su único maestro a un hombre burlado, considerado loco, adorar en el más despreciado de los mortales, en el Crucificado, el Poderoso de Israel, el Señor del cielo y de la tierra, el Hijo del Altísimo, la Sabiduría eterna increada. De hecho, San Pablo escribió a los corintios así: Por Él sois en Cristo Jesús, que ha venido a seros, de parte de Dios, sabiduría, justicia y santificación, y redención para que, según está escrito, «el que se gloríe, gloríese en el Señor». (1 Cor 1, 30 - 31).

La justicia, el fin del universo, ocurre en la Iglesia

Esta justicia, que la humanidad no conoce, es el fin del universo. El mundo fue sacado de la nada solo para que la justicia de Dios brille y triunfe allí y para que el que es justicia y santidad ética sea glorificado.

Todas las divinas Escrituras apuntan sólo a enseñar la ciencia de la justicia: los libros de sabiduría enseñan a practicarla, los libros históricos trazan, por así decirlo, los diferentes caminos de los justos y los malvados; los salmos y los escritos proféticos humillan a los impíos y celebran solo las glorias de los justos.

En definitiva, todas las divinas Escrituras pretenden anunciar al Justo por excelencia, el consagrado por Dios y nacido en el mundo para enseñar la justicia plena y devolverla a la humanidad perdida. De hecho, Jesucristo fue nombrado ministro de justicia desde la eternidad. Dado que la humanidad se pervirtió a sí misma, fallando en el gran propósito para el que Dios la había creado, se le encomendó llevar el propósito del universo a su cumplimiento. De hecho, no fue posible que el plan divino no se realizara.

Esta gran obra se realizó a través de la sociedad que Cristo formó convocando a todos los hombres deseosos de escuchar sus palabras: la sociedad sublime que tiene la justicia como único propósito y fundamento, y que se llama Iglesia o Reino de Dios.

Por tanto, la Iglesia de Jesucristo tiene como fin y fundamento el fin y fundamento del universo: la justicia. Y en su sociedad universal, el plan eterno del Creador está completamente implementado.

¡Mirad cuán grande, sólido, precioso, hermanos, es este fundamento de la Iglesia! Y fundamento eterno, porque la justicia de Dios es eterna: su justicia permanece para siempre (Sal 110, 3); Justicia eterna es tu justicia, verdad es tu ley (Sal 118, 142). Las palabras del maestro y ministro de justicia permanecen para siempre: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mt 24, 35).

Por eso, en las divinas Escrituras, la justicia se compara con la solidez e inmovilidad de los montes más grandes: tu justicia, como las altas montañas (Sal 35, 7). El monte Sion se considera el fundamento inquebrantable de la casa de David y el templo del Señor, ambos símbolos de la morada de Dios, de la Iglesia de Cristo.

Todas las Escrituras alaban continuamente al Señor por la firmeza de un fundamento tan grande. El Salmo 47 dice: Cántico. Salmo. De los hijos de Coré. ¡Grande es Yahvé y muy digno de alabanza! En la ciudad de nuestro Dios está su monte santo, hermosa colina, alegría de toda la tierra. El monte Sión, confín del Norte, la ciudad del Gran Rey (Sal 47, 1 - 3). David no era más que el símbolo; el gran Rey es el divino Maestro que, mil años antes de aparecer en la tierra, dijo por boca de su profeta:

«Yo mismo he consagrado a mi rey, en Sión, mi monte santo». Haré público el decreto de Yahvé: Él me ha dicho: «Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado. Si me lo pides, te daré en herencia las naciones, en propiedad la inmensidad de la tierra (Sal 2, 6 - 8). Con estos vástagos predijo su Iglesia, hoy plantada y esparcida por el mundo, que recibe toda su belleza de la justicia, su sólido fundamento representado por Sión. Por eso, en otro salmo, se

dice de ella: Desde Sión, la Hermosa sin par, Dios resplandece; viene nuestro Dios (Dios hizo al hombre) y no callará (predicará la justicia). Lo precede un fuego voraz (el de su caridad), lo rodea violenta tempestad (el juicio final); convoca desde lo alto a los cielos (los ángeles), y a la tierra (los hombres) para juzgar a su pueblo. «Reunid ante mí a mis adeptos, que sellaron mi alianza con sacrificios». Los cielos proclaman su justicia, pues Dios mismo viene como juez (Sal 49, 2 - 6).

El Calvario: trono y altar de la justicia

¡Eres hermosa, justicia, en tu constancia!. ¡Eres dulce para el alma, oh Sion, que gobierna Jerusalén, el templo y el palacio del rey, y de la cual se elevan incesantes himnos y agradables oraciones al Señor! (cfr. Sal 64, 1).

Pero, hermanos míos, en este momento estamos en otro lugar, y otras imágenes golpean nuestros ojos. Otra montaña sustenta esta maldad nuestra en la que recordé las glorias de Sion. A otra montaña más sublime y venerable, Sión cede su esplendor y belleza. El Calvario lo supera en derecho a la gloria para significar la justicia perfecta y el fundamento de la nueva Iglesia.

Oh Calvario, montaña de sangre y desprecio humano, olvidado por el cántico de un profeta antiguo y casi desconocido para las Escrituras de la antigua alianza; montaña en la que mueren los malhechores, dejando su vida descarriada y sus huesos indignos, has sido elegido desde la eternidad por aquel que quiso confundir toda sabiduría humana, y glorifica sólo la sabiduría divina. Incluso has sido favorecido por Sion, espléndido con magnificencia real y soberbio con suntuosos edificios. Mejor que a cualquier otro monte te acomoda la bendición de Dios por boca de Jeremías: « ¡Bendígate Yahvé, oh

estancia justa, oh monte santo!» Y morarán allí Judá y todas sus ciudades juntamente, los labradores y los que trashuman con el rebaño, porque yo refrescaré la garganta reseca y saciaré todo cuerpo macilento. En esto, me desperté y vi que mi sueño era sabroso para mí (Jer 31, 23 - 26).

Ciertamente, el sueño con el que descansó en el Calvario fue dulce y benéfico para el Señor. Su inmensa caridad endulzó toda amargura. Su movimiento completó la justicia eterna del Padre y satisfizo con justicia a toda alma sedienta y hambrienta. En un triunfo lleno de gloria, como un fuerte ebrio que despierta (Sal 7, 65), se levantó de esa muerte para reinar sobre toda la tierra. Pero ya no de Sión, ni del Calvario, sino de la diestra de su Padre.

Israel se había opuesto a la ley de justicia predicada por este Rey de Judá en la gloriosa Sion, y al rebelarse, había encadenado a su Rey, un apacible predicador de la justicia. Lo había sacado a rastras de la ciudad y lo había crucificado en la infame montaña. Pero el camino a Israel ya no pudo resistir la sangre preciosa que brotó de las venas de los justos para empapar la tierra con ese monte execrado que se convirtió en un sublime altar.

Toda la humanidad sintió el irresistible llamado de la justicia que Dios estaba imprimiendo en las almas: la sabiduría la salvó conduciendo al justo en una humilde tabla (Sab 10, 4); Bendito, pues, el madero con el que se hace justicia (Sab 14, 7); El fruto del justo es árbol de vida, el sabio cautiva a la gente (Pr 11, 30); el justo se mantiene siempre (Pr 10, 25); Van a llegar días -oráculo de Yahvé- en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos - oráculo de

Yahvé-. Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días -oráculo de Yahvé-: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: «Conoced a Yahvé», pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande - oráculo de Yahvé-, cuando perdone su culpa y de su pecado no vuelva a acordarme (Jer 31, 31 - 34).

El espíritu de la ley está en el Calvario

Por tanto, hermanos, desde el Calvario, del que este Santuario nuestro es imagen conmovedora, se derramó la sangre viva que él dio a la justicia puesta por Cristo como fundamento de su Iglesia y subsistente y viva en sí misma.

La antigua alianza también se basó en la justicia; pero un nuevo pacto, mucho más sólido y perfecto, se fundaba en la justicia en persona, es decir, en los Justos, de los cuales está escrito: el justo se mantiene siempre (Pr 10, 25).

La justicia, de hecho, si la consideramos detenidamente, tiene dos grados: con el primero se contenta con cumplir con las obligaciones de la ley; con el segundo, captar el espíritu más profundo. Son el grado de los preceptos y el del consejo de nuestro Señor. Dos grados descritos en los Corintios por el apóstol Pablo en estos términos: Nosotros, locos a causa de Cristo; vosotros, sabios en Cristo. Débiles nosotros; vosotros, fuertes. Vosotros, estimados; nosotros, despreciados (1 Cor 4, 10).

Y en verdad, hermanos míos, nadie puede aspirar a la perfección de la justicia sin parecer necio a los ojos de los hombres, sin parecer débil y cobarde, como Jesucristo les pareció al principio.

Estos dos grados están perfectamente representados en las dos montañas, Sión y Gólgota: glorioso y feliz el primero, escuálido y lloroso el segundo.

Hermanos, que aspiran a abrazar un Instituto que tomó su nombre de la caridad del Crucifijo, deben observar con atención estos dos montes con los ojos de la fe. Antes de hacer sus votos, piensen cuál de los dos quieren elegir, ya que aquí nuevamente les anuncio solemnemente lo que ya se les ha dicho y explicado muchas veces: el Instituto de la Caridad no nació en la montaña dorada, sino en la montaña sangrienta; no en el de la sabiduría terrenal, del poder, de la nobleza, sino en el que estamos reunidos y que los hombres juzgan como un monte de necesidad, debilidad y desprecio.

Amantes generosos aspiran a la justicia de Jesús: perfecto crucificado

Así, al fundar su Iglesia sobre la justicia, Jesucristo instituyó el estado religioso dentro de ella, elegido solo por amantes generosos. Para acercarse cada vez más a Cristo, viven y ponen en práctica sus consejos como un camino seguro que conduce a la justicia perfecta. Buscan con amor sus huellas, aunque manchadas de sangre, y obedecen su querida voz: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16, 24).

Hermanos, la vida religiosa es una, aunque exteriormente la veamos distinta en muchas sociedades. Su hermosa unidad fue establecida por Jesucristo, porque quienes la abrazan en cualquier forma casi constituyen una sola sociedad.

Arraigada en la sociedad universal de los fieles, vuelve a florecer, como pócima elegida, de la misma raíz: la justicia. De hecho, ¿qué

es la vida religiosa sino la profesión y la promesa perpetua a Dios de que luchará por la justicia de la manera más plena?

Nuestras Reglas también afirman expresamente este más alto y noble propósito. Ya al principio, y continuamente, nos dicen que el propósito del Instituto que abrazamos o pretendemos abrazar no es otro que la salvación y perfección de nuestra alma: La salvación del alma está en la santidad de la justicia (Eclo 30, 15). Conocerte a ti es justicia consumada (Sab 15, 3).

Si somos fieles a nuestra vocación, aspiramos sólo al conocimiento íntimo y práctico de nuestro Señor Jesucristo, es decir, de la sabiduría y de la misma justicia crucificada. De este principio único, simple pero grandioso, se derivan todos nuestros deberes, dependen todos nuestros reglamentos, nuestras prescripciones, nuestras costumbres. Todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras acciones deben volver a él. El Instituto de la Caridad se diferencia de otras órdenes religiosas solo por esto.

Se ofrecen listos y sin límites

Los demás Institutos, no contentos con tomar la justicia como única norma, agregaron, como fin esencial de su profesión, uno o más ministerios particulares útiles para el prójimo y para la Iglesia, según la enseñanza que sus fundadores tenían de Dios: la predicación, la enseñanza, otros. Este Instituto nuestro, en cambio, quería la justicia como su único reglamento esencial y su único objetivo esencial. Por tanto, quien la profesa con la única práctica y la única búsqueda de la justicia, sin vincularse permanentemente a un buen hacer concreto, obtiene todo lo que el Instituto se ha propuesto y vive plenamente su vocación. Sus seguidores ni añaden ni quitan nada a la regla de perfección

religiosa dictada por la boca misma de la sabiduría, por quien en Joel se llama el médico de la justicia: Hijos de Sion, regocíjense y regocíjense en el Señor su Dios, porque él les ha dado el médico de la justicia (Jl 2, 23).

No limitan el afecto de su corazón y el uso de sus manos a ningún ministerio u obra de caridad en particular. Se ofrecen a la Providencia de su Padre celestial, dispuestos a asumir todas las tareas y obras en las que, con la gracia de Dios, puedan obtener mayor justicia y santidad.

Y como no ponen límites a las obras, ni siquiera ponen límites a los esfuerzos y sacrificios.

Las Reglas son el cuerpo desgarrado de Jesús

Por eso en el cuerpo lacerado y magullado del Salvador, escrito con sangre viva, fue bueno que cada uno de nosotros leyera la regla que hemos jurado o que queremos jurar. Atravesando el mar abierto de esta vida, nos agarramos a la madera de la cruz, el arca de la salvación, a la que se refieren acertadamente las palabras del inspirado libro de la Sabiduría: Bendito, pues, el madero con el que se hace justicia (Sab 14, 7).

Y por eso comencé mis reflexiones aplicando el versículo del Salmo 117 al Instituto de la Caridad, y me pareció escuchar que cada uno de ustedes imploró con esas palabras los votos que profesamos para formar parte de él: ¡Abridme las puertas de justicia, y entraré dando gracias al Señor! Aquí está la puerta de Señor, los justos entrarán por ella.

Esta es también la razón por la que atribuí la fundación del Instituto a las cálidas oraciones de los justos de toda la Iglesia. Desde el fondo de su corazón le piden a Dios, a los apóstoles y

a los santos, que se abran las puertas, no del templo material construido por Salomón en Sión, sino las puertas del verdadero templo espiritual edificado en la tierra y en cilo por la Sabiduría incrustada. El Verbo hecho hombre hizo el sacrificio voluntario de sí mismo en el Calvario, de ahí las palabras:

¡Abridme las puertas de justicia, y entraré dando gracias al Señor! Aquí está la puerta de Señor, los justos entrarán por ella corresponden a una verdad más completa.

Ustedes también, hermanos, ciertamente han invocado al Señor con estas palabras. Has venido aquí para pasar por la puerta de esta casa de Dios por la santa profesión de votos. Tu presencia en este lugar y los ardientes deseos que me has expresado reiteradamente atestiguan que deseas sinceramente entrar en él y que me estás pidiendo: Ábreme las puertas de la justicia.

Cuán dulce se siente mi corazón al poder satisfacer tu ardiente súplica en el nombre de Dios, y abrirte esta puerta, diciendo, con la confianza que las repetidas pruebas de tu sincero amor a la justicia me han inspirado: Esta es la puerta del Señor, para los justos entran en ella.

¡Tengo el inmenso gozo de introducir a los justos por la puerta del Señor, el gozo de darles la bienvenida a ustedes, mis queridos, en nuestra sociedad!

Entra, pues, dispuesto a la grandeza, pero

humilde de corazón, lleno de gratitud y esperanza, por la bondad de tu Dios. Entrás en este tipo de vida donde tu objetivo es simplemente hacer las cosas correctas de la manera correcta, como dice el autor de Sabiduría: Así, pues, ansiad mis palabras; anheladlas y recibiréis instrucción (Sab 6, 11).

Primero, sin embargo, quiero interrogarlo nuevamente. Tus respuestas públicas dan testimonio a los presentes de que estás decidiendo con libertad y conciencia, por tanto, responde lo que te voy a preguntar:

¿Quieres entonces?

LA VOLUNTAD DE DIOS

*Tercer discurso sobre la doctrina de la caridad
28 de octubre de 1847*

*A la orden del Señor acampaban y a la orden del Señor se
ponían en marcha. Respetaban la orden del Señor comuni-
cada por Moisés
Nm 9, 23*

Un deseo vivísimo de ofrecimiento

Según los Padres de la Iglesia, el pueblo hebreo que siguiendo a Moisés salió de la sufrida esclavitud de Egipto, peregrinó a lo largo del desierto de Arabia u finalmente entra en posesión de la tierra prometida, es la figura de la Iglesia de Jesucristo. Rescatada del poder del demonio, ella camina a través del desierto de la condición humana hacia la conquista del cielo.

Sobretudo los Padres siempre afirman que aquel pueblo que Dios se ha escogido de una manera especial es imagen de aquella parte electa de cristianos que viven el estado de vida consagrada. Distinto en varias congregaciones que dan belleza y variedad a la esposa de Cristo: Si quieres ser perfecto, ve, vende tus bienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después sígueme (Mt 19, 21).

En efecto, los más seguros de salir, de huir de todo el Egipto de este mundo, son aquellos que no se contentan de dejar con el corazón, sino que quieren abandonar también de hecho.

Ellos renuncian a los bienes y a las preocupaciones terrenas como a la esclavitud, y a los placeres aunque buenos de este mundo como los ajos y las cebollas de Egipto porque tienen un deseo vivísimo de caminar con más velocidad y más libertad hacia el monte santo sobre el cual ofrecerse a Dios como sacrificio agradable, como su altísima vocación exige, entrando en posesión de aquella mística tierra en la cual fluyen perenemente la leche y la miel del cielo; tierra prometida y preparada para ellos desde la eternidad.

Afortunados ellos unidos a la legión ordenadísima de las sociedades religiosas que forman los campamentos del Señor: ¡Qué bellas las tiendas de Jacob y las moradas de Israel! Como llanuras dilatadas, como jardines junto al río, como álces que plantó el Señor o cedros junto a la corriente (Nm 24, 5 - 6).

La altísima y dulcísima ley divina

Es, pues, racional, justo y necesario, queridísimos hermanos míos, que en este día inolvidable para ustedes vuestro corazón se abra a la santa alegría del espíritu que goza en su Señor, Desasiéndose en dulces lágrimas de tiernísimo reconocimiento.

Este es el día más bello de sus vidas: quitando de sus espaldas todo el yugo del Faraón, se ofrecen y sacrifican al Omnipotente sobre el monte de su ley de perfección. A Él se consagran con corazón sincero y con votos irrevocables que los incorporan más estrechamente al pueblo electo, se incorporan en el valerosísimo ejército de Israel, se alojan en los bellísimos y segurísimos campamentos de Jacob. Exalten y canten festejados, escogidos

del señor, canten himnos de alabanza a Dios y a su Consagrado, conscientes y agradecidos de la gracia particular que reciben.

Todavía no puedo contentarme ni alegrarme y felicitarme con la felicidad de ustedes. Quiero decirles otra cosa en esta circunstancia tan oportuna.

Abrazando la vida religiosa en el Instituto que lleva el nombre de la Caridad, sus deberes adquieren de este nuevo estado de vida nuevo carácter: se hacen, no sólo más sagrados, sino que casi cambian de naturaleza.

Como el discípulo está atento a la voz de su maestro y el siervo a aquella de su patrón, y como el soldado no se mueve sino a la orden del capitán, así el religioso de este Instituto, y todo el Instituto, tienen como única ley de comportamiento aquella del pueblo hebreo peregrinante en el desierto sin confines: A la orden del señor acampaban y a la orden del señor se ponían en marcha. Respetaban la orden del Señor comunicada por Moisés (Nm 9, 23).

Aquí está, hermanos, la ley y la regla de nuestras paradas y de nuestras marchas en el Instituto de la Caridad. De aquí en adelante no más el instituto ni el arbitrio del hombre deberán sostener y guiar todos sus pasos, sino sólo la voluntad del omnipotente Creador del universo, que con sobrenatural sabiduría es interpretada del Espíritu de Dios. Como dice san Pablo, procuren entender cuál es la voluntad del Señor (Ef 5, 17).

Ahora quiero reflexionar un poco con ustedes sobre esta altísima y dulcísima ley, según la cual queremos caminar con fidelidad hasta el último día de nuestra vida, aquella que nos abrirá las puertas de la eternidad.

La pasividad de la razón

Cuando Dios creó al hombre, le dio como guía la razón. Pero si le hubiera dado solo esta, la razón no habría sido suficiente para orientarlo en sus decisiones.

Como el ojo, así mismo, aunque tenga la luz plena no vislumbra algún objeto, sino que para ver es necesario que las cosas le sean puestas delante, debido a que nos la produce con el acto de mirar, así ocurre con la razón: permanecería inactivo y sin ideas, diría como dormido, si estuviera aislado de todos los objetos conocidos. No puede procurárselos creándolos o generándolos, sino que son ofrecidos de una voluntad externa que no depende de ella. Son el poder y la voluntad de Dios creador.

Habiendo formado la razón del hombre quiere también crearle, como objeto de su actividad, el mundo inmenso y ordenadísimo, rico de toda variedad de cuerpos celestes y terrestres: innumerables y resplandecientes astros, animales, plantas y minerales, así que esa pudiese alimentarse de este y conquistar conocimiento en ventaja del ser humano a la cual pertenece. De este encuentro con las cosas nacen las ideas, de la cual la razón se alimenta, y sin las cuales esa permanecería en un estado de inercia y de la inutilidad. En vez, enriquecida y estimulada del conocimiento, la razón se hace siempre más compañera experta y guía activa del hombre.

Estas aclaraciones sobre la naturaleza de la facultad racional y sobre el modo de obrar, nos ilumina sobre dos verdades muy importantes: la primera es que la razón sola no puede hacer nada; la segunda es que su fuerza de obrar depende de los objetos diversos que le ha puesto a disposición la generosidad

del Creador. Sólo recibiendo este don de Dios, la razón comienza a ejercitar su tarea de orientar al hombre.

La razón es natural, el fin del hombre es sobrenatural

Estando así las cosas, queda ver cuánto conocimiento y cuánto poder tiene esta guía.

Preguntémonos: ¿La razón encuentra suficiente conocimiento y claridad en las cosas creadas para conducir al hombre derecho y seguro hacia el altísimo fin por el cual ha sido creado y al cual es destinado?

Me limito a preguntar si puedo. No pido aunque sea siempre honesta y fiel o si alguna vez traicioné, por intereses o deshonestidad, quien se confía de su guía: si quizás lo engañe con consciente maldad, lo haga desviar y lo conduzca a perder la vida en los abismos del mal.

Y tampoco quiero escuchar las graves acusaciones que la experiencia y la historia han testimoniado contra la razón humana. Manchada de las locuras, de las perversiones y de los delirios del mundo.

Dejo con mucho gusto todo esto. Estoy contento de preguntar si es la percepción y la meditación de lo creado la razón, aunque honesta y no condicionada, de una voluntad corrupta, pueda obtener un conocimiento capaz de ser luz para el hombre en el arduo viaje a su santísimo fin.

Reflexionemos. La razón natural conoce sobre la base de los objetos naturales, y estos objetos son todos limitados y mutables. El fin del hombre, en vez, es limitado y eterno. La bondad del Creador de hecho, fue así grande y generosa de crear al hombre

para sí, decir le dio por fin el gozo beato de la misma Divinidad.

Admitamos también entonces, que la razón humana, enriqueciéndose de todo el saber deducible de lo creado, se hace una guía suficientemente experta para aconsejar al hombre en el orden natural de las cosas. Después de eso debemos reconocer que no puede ayudarlo en el ámbito sobrenatural, en el cual es incapaz de discernir algún objeto. Dios le queda escondido porque trasciende todos los confines del mundo, y de esos no tiene nada, ni siquiera una semejanza. Por eso la razón natural sola, permanece cerrada y ciega hacia los objetos del mundo, exactamente como permanecería cerrada y ciega hacia los objetos del mundo, si estos no le hubiesen sido ofrecidos por gratuita decisión de Dios a través de los sentidos.

Entonces debemos reconocer que, cualquiera que sea el desarrollo y el progreso de la razón humana, y por cuán grande sea la erudición y la ciencia acumulada de los estudios sobre la naturaleza, la razón no podrá nunca indicar al hombre el camino que debe trazar hacia Dios, aquel que no sea absolutamente y no conoce.

En la voluntad y en la razón infinita de Dios

Ahora entienden, hermanos, por qué Jesucristo, hombre perfecto, no dice de haber escogido la razón humana como regla de la propia vida y como criterio de las propias acciones, aunque si lo poseía en el grado máximo, en la plenitud que esa puede haber en una creatura humana. El hombre-Dios quiere seguir otra guía.

Él mismo lo revela, como maestro del mundo, se los propone con su ejemplo, y lo dicta a todos con sus palabras: porque no bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad delo que me envió (Jn 6, 38); mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y concluir su obra (Jn 4, 34).

Aquí está la regla de cada gesto de Cristo, y por eso la norma de conducta de cada discípulo suyo, y en modo especial, del hombre consagrado a Dios en la vida religiosa. Regla altísima, perfectísima, infalible, disponible en cada situación, cierta en toda duda. Regla de perfección sobrenatural, de la cual Cristo es el tipo no ideal, sino subsistente y viviente.

Del momento que en Cristo fue todo sobrenatural, sobrenatural su comida, teándrica su vida milagrosa - también su voluntad de hombre cede el gobierno a la voluntad de su persona divina. Porque no bajé del cielo para hacer mi voluntad (Jn 6, 38); Padre, si es posible, que se aparte de mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya (Mt 26, 39); Padre, si quieres, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya (Lc 22, 42).

No se haga mi voluntad: la voluntad de la naturaleza humana, es decir aquella que haría la razón humana. La voluntad de hecho quiere eso que le presenta la razón.

Sino que se haga la tuya: la voluntad de la naturaleza y de la persona divina. La voluntad divina quiere una cosa más grande, más fuerte que la de la razón humana. Sea también perfecta como era aquella de Cristo, porque la razón divina superaba y vencía la razón humana.

De aquí la oposición de las dos voluntades: aquella humana y aquella divina. Es la lucha entre lo finito y el infinito. Cuando el finito se ofrece vencido al infinito, se hace grande en su mismo someterse y aniquilarse; se hace sublime y vence.

En la voluntad y en la razón infinita de Dios, de hecho, se esconden abismos de sabiduría que el intelecto humano no puede penetrar, sino dentro de los cuales está el fin del hombre.

En los designios de Dios sobre la humanidad existen misterios impenetrables, y el hombre no puede indagarlos con sus propias capacidades naturales. Al menos de ser presuntuoso y loco el no poder pedir al Ser infinito, que lo ha creado, las razones de su actuar, razones que sobrepasan la inteligencia humana y que pertenecen a la inteligencia divina.

Basta entonces al hombre conocer a la voluntad de quien lo ha formado: no debe buscar otra. "Es voluntad de Dios". A estas palabras debe permanecer toda investigación. Esta voluntad es esa misma la última razón de la conducta humana, el cumplimiento de toda sabiduría humana. De cada vida es la estrella que el buen camino a todos señalaba (Dante, La Divina Comedia. El Infierno 1, 18).

Abandonados a la secretísima e infalible providencia del creador

Hasta ahora, hermanos, por supuesto que en el orden de la realidad natural la razón pueda ser suficiente y de ser guía fiel ¿es correcta esta suposición?

Desde un punto de vista puramente natural, el hombre busca la felicidad natural. ¿Para conseguirla le basta seguir su razón? ¿De cuántos conocimientos tiene necesidad? ¿Y aun si tuviese todas las nociones y la circunspección necesarias?, depende antes de todo del hacer en modo que su razón le procure la felicidad?

Hemos visto que la razón, si no viene adecuadamente instruida, es considerada vacía e incapaz de dar indicaciones y cualquier orientación. Consideramos ahora cuántos hombres demuestran tener una inteligencia débil, ofuscada y nublosa. En tanto esa permanece sin formación, priva de

oportunidad de instruirse, y esto por culpa de los demás o por la necesidad de la vida que llevan a ocupaciones materiales y disminuyen el tiempo y la posibilidad de cultivar la facultad humana más noble. Otra parte de los hombres no puede prever ni prevenir estas situaciones que impiden a la mayor parte de nosotros llegar a un determinado grado consistente de conocimiento.

Nuestra suerte está en las manos de la secretísima Providencia de aquel que ha creado el mundo y lo gobierna. Entonces una de las dos: o descubrir en la Providencia del Creador la seguridad y la garantía de la propia felicidad, o vivir completamente desconfiados, porque ni nuestra razón ni nuestros conocimientos, ni nuestras fuerzas, ni ninguna otra cosa nos pertenezca, pueden darnos seguridad.

Pero si Dios nos ofrece el firme apoyo de su infalible Providencia, si el mismo nos habla, asegurándonos que es para nosotros, para favorecernos, a la condición que en ella confiamos, creemos y fielmente nos abandonamos, nosotros podemos con corazón abierto y alegre, tomar como nuestra guía esta segurísima providencia de Dios y su querer, que nos la manifiesta y que la realiza.

De hecho Dios dice a Abrán: No temas, Abrán; yo soy tu escudo y tu paga será abundante (Gn 15, 1).

De similares palabras de ánimo se encuentra la Escritura y sobre todo las palabras de Cristo a sus discípulos. Por eso, queridos míos, el Instituto de la Caridad declara escoger como su maestra y guía no la desnuda razón humana, sino la Providencia y la Voluntad de Dios.

Ninguno de nosotros es suficiente para nosotros

Esto nos parecerá todavía más justo, racional y necesario, si consideramos que ningún grado de conocimiento natural bastaría para asegurarnos la conquista, no dijo de los bienes sobrenaturales, sino de la simple felicidad natural. Fuésemos también dotados de excepcional inteligencia y seguros de poder acoger todas las ocasiones y medios para procurar este conocimiento.

De hecho, la ciencia del universo, que siendo limitada es un abismo sin fondo, ¿creerían que un hombre pueda llegar a las conclusiones últimas del saber? Del estudio de todos los hombres puestos juntos, trabajo de siglos, brota gota a gota el saber científico. Sin embargo se esfuerzan en emprenderlo, aceptando la dificultad de la empresa y de que no alcanzarán la totalidad del conocimiento. Asombrándose cada vez más con la inalcanzable grandeza de Dios, reconociéndola sembrada de misterios, como si un no sé qué de infinito envolviera velando cada parte de lo finito.

El conocedor de esta tierra, pues, no puede pretender que su erudición lo gobierne en armonía con la naturaleza y que la naturaleza le brinda felicidad, si la naturaleza misma le está adelante rebelde, cubierta de un velo pesado del cual puede apenas levantar cualquier lado o planchar cualquier arruga.

Siempre se hace más verdadera la divina profecía de que el Creador todo lo hizo hermoso a su tiempo y dio al hombre el mundo para que pensara; pero el hombre no abarca las obras que hizo Dios desde el principio hasta el fin (Ecl 3, 11).

Debemos reconocer que la sabiduría humana sólo puede avanzar por hipótesis. En sí misma no tiene ninguna certeza o

seguridad en lo referente a los fines que el hombre se propone. Por otra parte, si quiere alejarse de Dios y caminar por cuenta propia, considerándose suficiente, se hace enemiga de Dios. Y deberá encontrarse con Él que había dicho claramente: acabaré con la sabiduría de los sabios y confundiré la inteligencia de los inteligentes (Is 29, 14; 1Cor 1, 19).

Es entonces ilusión pensar poder conocer a fondo el sistema de este inalcanzable universo, para prever todos los casos y todos los eventos, para evitar pérdidas y peligros asegurando el éxito de su empresa, si al mismo tiempo uno desprecia consultar la voluntad de quien gobierna todo de acuerdo con su propio criterio.

¿Quién de nosotros depende de sí mismo? Ninguno puede agregar un solo día, una sola hora a la propia vida. Ninguno puede hacer cálculos de su propio mañana, y es cierto que, un poco después de haber proyectado tanto y haberse complacido por todas las probabilidades en su favor, no muera.

Irresistible instinto de dependencia

Siempre, en todas las edades de su existencia, la raza humana tuvo la sensación de la insuficiencia de su propia razón, incluso si quiere ser adoctrinada, y de su propio poder, incluso para asegurarse la felicidad terrenal.

Nunca la humanidad se ha sentido así dependiente de una Suprema Voluntad, absoluta, ineluctable, como cuando, lejos de Dios, casi completamente desprovisto de luz desde arriba y abandonado a sí mismo, estaba sujeto a supersticiones e idolatrías. Ahora, más que nunca, sentía un instinto irresistible de creer en la existencia de poderes superiores y misteriosos. Las invocaba en todos los modos: consultaba oráculos, buscaba el

futuro en augurios y supersticiones. Y sobre estas innumerables divinidades advertía todavía, con temor, la necesidad inexorable de un destino contra el cual se derrumbaba la fuerza de los héroes, la sabiduría de los sabios, todas las soberbias y todos los orgullos de los tiranos. Los dioses y semidioses doblaron su frente inmortal hacia el Destino, y trabajaron continuamente para espiarlos e imaginar sus decretos arcanos.

En las tragedias griegas no es la razón, ni la agudeza humana, ni el heroísmo lo que conduce los acontecimientos, sino es siempre el Destino que los conduce y los envuelve hacia el éxito inesperado.

Cuando Enea, descendiente de Dardan e hijo de dioses, se escapa con los compañeros y los penados de Troya en llamas, regresa a Italia, tierra de sus ancestros, funda allí el reino, el pueblo romano es el dios que los conduce, no su audacia de héroe o la sagacidad de su mente. El destino lo mantuvo por muchos años lejos de las costas de Lavinio: ... por muchos años iban errantes dando vueltas en el mar, por obra del destino (Virgilio, Eneida, 1, 31 - 32).

Para los pueblos que vivieron antes de Cristo era el Destino ciego, inexorable, tal vez cruel e inicuo, pero para nosotros que estamos iluminados por la luz del Redentor, es la voluntad sapientísima, misericordiosa, justísima y amantísima de nuestro Dios.

Estos pobrecillos, que habitan en tinieblas y en sombras de muerte (Lc 1, 79), consultaban siempre solícitamente al Destino para adaptarse y someterse; nosotros, más afortunados que ellos, ¿no deberíamos consultar e interrogar en cada uno de nuestros pasos a aquella santísima y óptima voluntad que con todo el amor gobierna todo?

¿Cómo no confiarnos a una guía tan segura, y querer otra, o preferir nuestra corta vista y nuestra impotente voluntad?

No. Que sólo la Voluntad de Dios se cumpla. Sea esa sólo nuestra sabiduría, la luz de nuestros pasos, la estrella luminosa de nuestro peregrinar.

¡Voluntad santísima!

¿Cómo desear una luz diferente a la tuta?

¿Cualquier cosa que no esté de acuerdo contigo?

¿Otra ciencia que Tú? Manifiéstate siempre claramente a nosotros. Guía nuestros pasos inciertos en la realidad sobrenatural y en aquellas naturales. De ti, de hecho, todo depende.

Nosotros profesamos la vida sobrenatural

Incluso si fuera perfectísima y pura, preservada de los trastornos del enemigo, la naturaleza nunca podría satisfacerse a sí misma. La naturaleza del hombre ama la vida y aborrece la muerte, pero en la creación nada puede darle al hombre la inmortalidad. La naturaleza del hombre ama y busca el conocimiento pleno, pero la creación es un misterio y tiene secretos que, incluso si se revelaran, no satisfarían al hombre. El hombre aspira a un bien supremo, pleno e infinito, pero la naturaleza tiene en sí misma un bien finito y en constante cambio.

¡Oh bien eterno! ¡Absolutamente bueno! “solo para ti nos has creado, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en tí” (San Agustín, Confesiones, Libro 1, cap. 1).

Todo esto muestra que el destino del hombre no es natural, sino infinitamente superior a la naturaleza, y completamente divino.

En este estado sobrenatural solo está Dios, Dios que se comunica inmediatamente con el hombre. La naturaleza no es nada; Dios es la ley, el todo del hombre.

Elevado al orden sobrenatural, el hombre camina a la luz de Dios, a la luz de su santidad, de su santa voluntad por esencia: sean perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el cielo (Mt 5, 48); Yo y el Padre somos uno (Jn 10, 30); Padre Santo, cuida en tu nombre, a los que me diste, para que sean uno como nosotros (Jn 17, 11).

Hermanos, esta es la justicia suprema que satisface el corazón humano y lo beatifica. Los seguidores del Instituto que ustedes, discípulos del Hombre-Dios, han elegido, pertenecen a la vida sobrenatural, profesan vivir y caminan en este orden de realidad, en esta luz. No reconocen a ningún otro. Siguiendo a otro, buscando protección en cualquier otra prudencia y sabiduría, fallan en lo que profesan, fallan en lo que son.

El propósito del Instituto, por lo tanto, es uno y muy simple: la justicia de Cristo. Justicia sobrenatural, la única verdadera, la única perfecta; la perla preciosa, para comprarla, queridos, hemos decidido vender todo lo demás, renunciar a nosotros mismos, hombres de la naturaleza.

Aquí está el tesoro escondido, para descubrir que compramos el campo de esta empresa. Esto es el único necesario, que nos aleja de las muchas preocupaciones, que une a muchos en una amistad divina, los hace un corazón, un alma, y hace a cada uno, por el amor de todos, más fuerte en el amor de la justicia.

Jesús: primer signo de la voluntad de Dios

No dudamos, diciendo: ¿cómo puede el hombre ser justo, si está escrito que cada hombre es mentiroso (Sal 115, 11). No estoy hablando de la justicia de las obras, sino de la de la fe. Si alguno de nosotros dice no tener pecado, miente, engañado por orgullo ciego. El hombre naturalmente es pecador. Por lo

tanto, con el objetivo de nuestra vocación, uno no se equivoca y el esfuerzo por obtener justicia no es en vano, porque la ley fue dada a través de Moisés, y fue insuficiente para salvar a los hombres, pero la gracia y la verdad se realizaron por Jesús el Mesías (Jn 1, 17).

Cristo es la verdad. Lo que figuraba en la ley mosaica como una idea y fue profesada por quienes recibieron la ley, sin poder cumplirla plenamente, en Cristo es un hecho y una realidad. En él no había sombra de mentira. Dice: ni una "i", ni una coma de la ley dejará de realizarse (5, 18).

Cristo cumple la ley en sí mismo, y también la cumple en sus miembros, sus discípulos, quienes como ramas reciben la savia del tocón de la vida divina. De hecho, sus palabras viven en ellos y, como él mismo dijo, las palabras que les he dicho son espíritu y vida (Jn 6, 63).

Estas palabras que dan vida al alma son de aquel que es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de todo delito (1 Jn 1, 9). Aquí está el hombre que no es más según la naturaleza, sino el hombre como criatura nueva, regenerado sobrenaturalmente. En nosotros mismos somos pecadores, pero en nuestra Cabeza somos justos y santos, hasta que seamos incorporados en él. Somos pecadores hasta que nuestros pies pisan esta tierra de polvoriento y fangoso, pero quien continuamente nos quita el polvo y nos limpia está vivo. Dice San Pablo: Esta es la voluntad de Dios: que sean santos (1 Ts 4, 3).

La ley de justicia que nos ha dado el Señor es llamada por los teólogos "voluntad de signo", de hecho es el primer y supremo signo que nos permite conocer con seguridad eso que Dios quiere de nosotros. Esta voluntad es la regla de nuestra

conducta. Uniformarnos a ella es el fin de nuestra vida y el vínculo que nos une a nosotros.

¡Fin amado! ¡Segurísima regla! A vuestra consolación, a sostenimiento de vuestro santísimo propósito, observen, queridos, que aquellos que confían en la voluntad divina como regla de justicia para la propia conducta, Dios promete solemnemente protegerlos: No temas, Abraham; yo soy tu escudo y tu paga será abundante (Gen 15, 1). Promete que él mismo será su vida: porque de ello depende la vida de ustedes y el que vivan muchos años (Dt 30, 20). Promete que su providencia, a la cual nada escapa del mundo, se moverá toda a su servicio: sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes le aman (Rm 8, 28). Promete después que de los inmensos cuerpos celestes a los impalpables átomos, toda la naturaleza, impenetrable a fondo y aparentemente fatal en su curso, con fenómenos impredecibles e inexorables, se moverá segura y positiva, inteligente casi palpitante de sensibilidad, respetuosa y amiga del justo, a su ventaja y su gloria.

En todo eso que la ley de Dios no determina, Dios mismo conducirá al justo por el camino de la vida, agarrándolo casi de la mano para que no tropiece nunca, y siempre agarre más fuerza, caminando hasta tocar felizmente la excelsitud meta de la vida.

En los libros inspirados encontramos esto con frecuencia: llevo por caminos seguros a Jacob, hombre justo, le mostró el reino de Dios y le dio el conocimiento de las cosas sagradas, le dio éxito en sus trabajos y multiplicó el fruto de sus fatigas (Sab 10, 10).

Los eventos: según indicio de la voluntad de Dios

De este modo la Providencia, mediante los eventos que dispone, se hacen el segundo indicio de la voluntad de Dios. Por esto los santos, después de la ley de Dios, meditan los acontecimientos puestos de la providencia encontrando en estos las indicaciones del camino a tomar, como si Dios se la indicase continuamente con el dedo.

Comprenden ahora, hermanos, por qué incluso sus Reglas especiales, en primer lugar, prescriben que sigan la ley de Dios, luego les ordenen que mediten y se entreguen totalmente a la divina Providencia. Usando las palabras del Apóstol: no hemos dejado de orar por ustedes, pidiendo: que Dios les haga conocer plenamente su voluntad y les dé con abundancia sabiduría y el sentido de las cosas espirituales; que lleven una vida digna del señor, agradándole en todo, dando fruto de buenas obras y creciendo en el conocimiento de Dios (Col 1, 9 - 10).

Este conocimiento de Dios, tan recomendado por las sagradas escrituras, sólo le pertenece a los santos. Le dio la ciencia de los santos (Sab 10, 10).

¿Qué es, sino el íntimo conocimiento de la voluntad de Dios?

Dios ha prometido dar a conocer al justo su Reino, es decir el lugar donde la voluntad de Dios reina. Se haga tu Voluntad así en la tierra como en el cielo (Mt 6, 10). Sea hecha la voluntad de Dios por parte de los hombres en la tierra, como los santos y los ángeles la hacen en el cielo. Cuando el hombre hace la voluntad de Dios, Dios reina en él, y en él es glorificado. En el cielo el Reino de Dios es realizado plenamente porque sólo gobierna su voluntad y a ella obedecen todas las otras voluntades.

¡Su voluntad es potentísima! ¿A su voluntad quien puede oponerse? (Rm 9, 19).

Entonces eso que nosotros hacemos, si es la voluntad de Dios saldrá bien. Es imposible que la obra querida por Dios no tenga su fin de gloria. Dio éxitos a sus tareas e hizo fecundos sus trabajos (Sab 10, 10).

Por el contrario, ninguno puede estar seguro del feliz término de lo que hace sólo teniendo en consideración su propia voluntad, su propia iniciativa. Es ignorancia, impotencia humana y temor el presumir actuar por sí mismo, sin asegurarse que eso es lo que Dios quiere, y esperar el éxito. Conocerse a sí mismo bastará para evitar un comportamiento así de ilusorio. Quizás se podrá, si Dios permite, dar inicio a cualquier cosa, pero al final, o no se recogerá nada o se permanecerá justamente confundido, con un resultado humillante.

Aprovechar las oportunidades, como hizo Jesús

Si esto vale para el comportamiento del cristiano consigo mismo, mucho más vale con respecto al comportamiento con los otros. Las obras de caridad deben ser ejecutadas según los signos de la Providencia y de la voluntad divina. Sólo así podemos obtener las bendiciones que llevan las obras a buen fin. El ejemplo de Jesús fue propiamente este: él cumplía los prodigios de su caridad teniendo en cuenta las oportunidades, los deseos, las peticiones de los hombres en el ambiente donde él se encontraba. Este precepto de Jesús nos ha sido explicado en la parábola del buen Samaritano para enseñarnos quién es nuestro prójimo, nos enseña que el prójimo no es buscado intencionalmente, sino encontrado por casualidad en el camino.

La fe en la Providencia del Padre celeste sugiere esto a nuestro corazón. Delante de él nuestros cabellos son contados, nada es olvidado; no cae al suelo un gorrión fuera del diseño divino. Todo bien viene de él, de él toda liberación del mal.

¿Puede pretender el hombre ser más amoroso y beneficioso con sus hermanos que el Padre celestial? ¿o poder hacerles bien sin él, sin ser un instrumento en sus manos?

Si el hombre se considera puro instrumento en las manos de Dios como enseña la fe, preguntémos: ¿qué puede hacer un instrumento sin aquel que lo maneja?

Que el hombre se contente con dejarse mover y manejar por la mano de Dios mismo, y reciba la gloria de esto. Sólo así hará mucho en beneficio de sus hermanos.

También en las obras de caridad no puede ser el hombre el actor principal: debe dejar a Dios toda la señoría y la gloria. Debe creer en que Dios no olvida a sus criaturas, y estar con los oídos atentos para escuchar la voz de su maestro cuando le pida hacer algo. Obedecerá, ya sea una orden o un reclamo de hermanos necesitados, o una solicitud de otras circunstancias externas predeterminadas por Dios.

De otra manera, cuando alguno hace cosas por su cuenta, aludiéndose a sí mismo o a sentimientos humanos, obras que le parecen de caridad, pero que tal vez no lo son, o no lo son para él, en lugar de hacer el bien a los hermanos, él también se dañará a sí mismo porque no respeta el mandato del Señor:

¡Cuidado con la gente! (Mt 10, 17) o aquello que dijo el Apóstol: vigila tu persona y tu enseñanza y sé constante (1 Tm 4, 16). Se olvidará de sí mismo descuidando la salvación de su alma, engañado por un falso celo por hacer el bien a los demás; y al predicar a los otros pecará.

Amor universal y circunstancias particulares

Hermanos, en la Iglesia de Dios existieron hombres santos, que movidos e inspirados por el Señor, se empeñaron en una sola obra de caridad fundando también congregaciones. Camillo de Lellis dirigió a sus seguidores a la asistencia espiritual de los enfermos y de los moribundos; Juan de Dios los empeñó a curar los cuerpos; Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort y Felice di Valois reunieron aquel grupo de hombres para rescatar a los esclavos. Casi cada comunidad religiosa escogió ejecutar una determinada obra de caridad.

Esos santos tenían luces e impulsos especiales de Dios, que no fueron entregados a nuestro Instituto. Por lo tanto, nuestro Instituto no ha podido definir de antemano qué obras de caridad cristiana le serán asignadas por el Señor. En consecuencia, no ha podido excluir ninguna obra.

El Instituto, por lo tanto, considera su tesoro la orden del señor que hace feliz a todo cristiano: Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado (Jn 15, 12).

Este mandato no indica un trabajo en particular, por lo tanto, prácticamente los contiene a todos. El Instituto de la Caridad debe estar dispuesto a hacer cualquier cosa y estar listo para hacerse cargo de todo, cuando la voluntad de Dios se manifieste en circunstancias particulares. Por su peculiar perfección considero que la gracia de Dios lo hace excelente y sublime en la perfección de la caridad propuesta a todos los discípulos del Redentor.

Todos los que seguimos esta regla, debemos acoger con beneplácito cada mandato del Señor, mantener nuestros oídos atentos para escuchar cada confirmación que se digna darnos, y luego dirigirnos hacia el lugar de donde proviene su voz.

Entonces, hermanos, aunque es una excelente enseñanza para todos seguir las indicaciones de la sapientísima Providencia también en las obras de caridad, esto se convierte en nuestro muy especial deber.

Esta regla de conducta que dirige todas las obras de caridad, es aún más necesaria cuando las obras se refieren a la caridad espiritual. Yo diría que en estos hombres es aún más impotente que en otras formas de caridad, porque la conversión de los corazones es solo obra de Dios.

Si se trata del ministerio sacerdotal y pastoral, se necesita una vocación especial y un mandato divino, porque nadie debe asumir este honor por sí mismo: Y nadie puede tomar la dignidad para sí mismo si no es llamado por Dios, como Aarón (Heb 5, 4). Tampoco puede asumir una misión tan alta y grandiosa por sí sola, sin merecer el reproche de Dios a los falsos profetas: Yo no envié a los profetas, y ellos corrían; no les hablé, y ellos profetizaban (Jr 23, 21)

Hermanos, ¡todas nuestras acciones provienen de Dios! Nuestro celo y nuestra gloria deben estar listos y generosos al movilizarnos a la primera señal de nuestro capitán.

En actividades como hombre

Si esto se aplica a las personas, tanto más urgente para toda una sociedad religiosa que, como dije al principio, es como una alineación elegida del Señor.

La unidad de un ejército consiste sobre todo en el destino de que sólo uno es su líder y uno el que manda.

Nuestro líder es Dios, su único mandato forma el orden y la fuerza de nuestros anfitriones.

El pueblo de Dios era numeroso y al mismo tiempo ordenado. Seiscientos mil guerreros, tres millones de creyentes distribuidos en doce campamentos, bajo miles de pabellones, bordeados de admirable simetría, en una inmensa llanura solitaria. Caminan, se detienen, se colocan en pie de guerra, luchan, ganan, como un hombre. Y un orden espectacular, una fuerza inmejorable.

¿Cómo es posible que no haya confusión ni desorganización en el precedente?

¡Felicidades, Israel! ¿Quién como tú? Pueblo salvado por el Señor, tu escudo protector y espada victoriosa (Dt 33, 29) En medio de las doce tribus asistentes, la tienda del Señor se eleva magnífica; allí, desde el propiciatorio, habla con Moisés y Aarón. Ese es el centro de todos los campamentos; de ahí su hermosa densidad, acuerdo, orden en todo, lo que sorprende. La voluntad de Dios está en medio de ellos; es la regla, simple y segura, de sus marchas. Cuando montaban la tienda, la nube cubría el santuario sobre la tienda de la alianza, y desde el atardecer al amanecer se veía sobre el santuario una especie de fuego. Cuando se levantaba la nube sobre la tienda, los israelitas se ponían en marcha (Nm 9, 15. 17). Esa nube era el Señor, el ángel que lo representaba cerca de Israel.

A la orden del Señor se ponían en marcha y a la orden del Señor acampaban (Nm 9, 18).

El historiador sagrado no se contenta con escribir una vez que esta ley singular bajo la cual el pueblo de Israel se detenía y se movía. Lo repite varias veces, quiere convencer, lo explica. Repite: A veces la nube se quedaba pocos días sobre el santuario; entonces, a la orden del señor, acampaban, y a la orden del Señor se ponían en marcha (Nm 9, 20). Por tercera vez, en el

mismo capítulo: A la orden del Señor acampaban, y a la orden del Señor se ponían en marcha (Nm 9, 23).

Nos quiere hacer experimentar la importancia, la grandeza y la belleza del moverse de un pueblo entero, apenas el Señor les da una señal. No les hace mover la voluntad de un hombre, sólo aquella de Dios los hace moverse y acampar.

La ocupación durante el descanso

Tengan en cuenta, hermanos: Moisés da importancia a moverse tanto como a mantenerse firme por la voluntad de Dios. Al decir que todo Israel se detenía cuando el Señor no daba señales, no usa menos palabras que cuando dice que se movió rápidamente tan pronto como el Señor se lo indicó. Dice: A la orden de Yahvé partían los israelitas y a la orden de Yahvé acampaban. Quedaban acampados todos los días que la Nube estaba parada sobre la Morada. En cambio, si la Nube estaba sobre la Morada pocos días, a la orden de Yahvé acampaban y a la orden de Yahvé partían (Nm 9, 18. 20).

Esta permanencia de la nube, esta permanencia y tranquilidad de los israelitas, protegidos incluso durante mucho tiempo, es una imagen viva, mis hermanos, de la vida oculta y contemplativa, que nuestras Reglas les recomiendan mucho.

¡Qué paz, qué calma la de este tipo de vida, en la que Cristo también pasó treinta años! Sería vanaglorioso atreverse a mover antes de ver mover la columna de nubes; es oscuro durante el día y ardiente por la noche, es una guía segura en la prosperidad como en la adversidad, en situaciones fáciles como en las difíciles. No se movían los días en que la nube permanecía en la tienda.

Pero estas paradas no estaban destinadas a la ociosidad. La vida del espíritu nunca está inactiva: incluso si está oculta a los ojos de los hombres, es claramente visible ante el rostro de Dios, continuamente contemplado.

¿Qué hacían los isarelititas en sus paradas, a veces muy largas?

Si se detenía la Nube muchos días sobre la Morada, los israelitas respetaban la disposición de Yahvé y no partían (Nm 9, 19). Y poco después repite: eran como sentinelas del Señor, según las órdenes que les había dado (Nm 9, 23). Permanecieron despiertos, observaron si la nube se movía, para moverse rápidamente también. Se pararon alrededor de la tienda para actuar como guardias, para ser escuchados por el Señor, como dice el texto sagrado, y escuchando, para no perder una sílaba de su voz.

Así es como debe comportarse el religioso cuando aún no ha sido enviado por el Señor. Cuando todavía habita en la vida oculta y reservada de la contemplación, ora, medita en la ley de Dios, y por sus estudios obtiene los medios necesarios para el viaje que el Señor puede ordenarle en cualquier momento. Él toma todo su tiempo para leer, meditar, escribir, alabar y exaltar al Señor, manteniendo sus oídos atentos a su menor pedido. Estas actividades, todas meritorias, santísimas y agradables al Señor.

Hermanos, se les enseña el amor por una forma de vida tan plena, tan santa: estén atentos y oren, tengan cuidado de escuchar si el Señor los llama por medio de la voz de sus superiores, los ángeles que lo representan ante ustedes; siempre estén listos para levantarse y comenzar a la primera llamada.

A esta llamada partes, feliz y valiente; no te puedes equivocar. Hay que proceder sin dudar.

Para el representante de Dios el camino es la obediencia

Moisés añade: Si la Nube estaba sobre la Morada sólo de la noche a la mañana, y por la mañana se alzaba, partían. Si estaba un día y una noche y luego se elevaba, partían. Si, en cambio, se detenía sobre la Morada dos días, o un mes, o un año, reposando sobre ella, los israelitas se quedaban en el campamento y no partían; pero en cuanto se elevaba, partían (Nm 9, 21 - 22).

Escuchen con cuánta atención el legislador inspirado describe minuciosamente la práctica de este gran mandato que dispuso todos los movimientos y todas las paradas del pueblo santo.

¡Qué lección para nosotros!

Y debido a que es una lección completa, el escritor sagrado agrega que el medio por el cual la voluntad de Dios se comunicó al pueblo fue la obediencia a su representante en la tierra. Ya lo había explicado con el asentamiento y el movimiento de la nube, en la que residía el Señor, el ángel que lo representaba. Pero el texto sagrado lo reafirma: según las órdenes que había dado por medio de Moisés.

Su ángel, su Moisés, hermanos, ante los cuales se les debe comunicar el mandato del Señor, es, ante todo, el Romano Pontífice; luego los otros superiores, ordenados jerárquicamente, que derivan la autoridad para gobernar del Pontífice.

Repita las palabras que necesitas recordar nuevamente: A la palabra de Señor se detenían, a su palabra se ponán en camino; eran como centinelas del señor, según las órdenes que había dado por medio de Moisés.

Tú eres el camino, la verdad, la vida
¡Oh, palabra del Señor, Verbo de Dios! Tú

lideras este pequeño ejército tuyo esta gente
tuya naciente,
de salir del Egipto de este mundo, y has
dado sabiduría y fortaleza para venir a
abandonarlo.

Tú y nadie más, ven con nosotros y dirige
cada uno de nuestros pasos.

Tú mandas nuestras paradas y nuestras
marchas. Déjanos descansar y caminar
contigo:

cuando descansas entre nosotros
nosotros también permaneceremos vigilan-
tes en oración,
en el estudio de tus palabras y en interés de
sus deseos.

Cuando te mueves entre nosotros, nos mo-
veremos contigo,
nada que temer bajo su escolta y guía. Oh,
Verbo de Dios,
cuando nos mandes callar, danos amor y
deseo.

Cuando nos ordenas levantarnos y poner-
nos en marcha,
prepáranos y rápido,
robustécenos en los trabajos del viaje.

No es suficiente para nosotros que, como
con el pueblo judío,
nos indiques y nos digas tu voluntad; tam-
bién esperamos que obre en nosotros lo que
nos digas, indiques y mandes.

Desafortunadamente, de lo contrario, nos
haremos
daño.
como tu pueblo antiguo,
y ante todo con quejas aún más graves:
Por cuarenta años me asqueó esa genera-
ción, y dije: Son gente de mente desviada,
que no reconocen mis caminos (Sal 94, 10)
No puedes esperar algo mejor de nosotros.
¡Pero esperamos demasiado de ti! No eres
solo la palabra de la ley,
es decir, el camino para nuestros pasos;
también eres la verdad que cumple la ley,
y la vida que recompensa este cumplimien-
to.
Ya no eres el antiguo pilar de nubes, oscuro
y radiante,
pero tú eres la Palabra hecha nuestra carne
para nuestro amor.
Entonces nosotros, audaces,
nos acercamos a ti como a nuestro prójimo,
y le prometemos grandes cosas, porque lo
esperamos de ti.
Sí, debe llevar a cabo sus propios mandatos
en nosotros;
así que los realizaremos contigo. Hoy te
elegimos a ti.
Estos niños tuyos están aquí para elegirte
No sólo como su guía, sino también como
su fortaleza,

virtud y vida de sus almas.
Contigo y por ti anhelan detenerse y caminar, y ser tus miembros que en ti, su Cabeza,
por todos los siglos.

Pero antes de prometerle todo esto al Señor, uniéndolo a él con el vínculo más dulce de los votosperpetuos, tuve que invitarlos, hermanos, a declarar públicamente esta disposición sagrada de su voluntad y decirles si están completamente decididos a pronunciar las promesas perpetuas que han deseado. y pidió hacer.

Entonces, ¿quieres?

LA CARIDAD

*Cuarto discurso sobre la doctrina de la caridad
10 de octubre de 1851*

...estén arraigados y cimentados en el amor, de modo que logren comprender, junto con todos los consagrados, la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, que conozcan el amor de Cristo...

Ef 3, 17 - 19

Esencia y objeto de la caridad

La perfección consiste en la profesión de la caridad

El hombre con el Sacramento de la fe renace signado, según la mística operación de Cristo, en su alma y está consagrado al culto divino. En la Confirmación se renueva la operación arcana y el carácter de Dios Padre, que es su Verbo, se graba más profundamente en el alma ya redimida por la sangre inmaculada; y el hombre interior por virtud del Espíritu Santo, crece y llega a la plenitud de la edad viril; robustecido en la cual, puede ejercitar fácilmente los actos de culto más difíciles, confesando a Dios y dando testimonio, sin temor, de su Hijo Jesucristo ante los hombres.

Y en algunos de vosotros hermanos míos, es decir, en los que han sido revestidos también del sacerdocio, solemne y público, la operación deiforme se ha repetido con dones nuevos y preclarísimos por tercera vez. ¿Qué puede faltar, pues, a vuestra perfección? Vuestra presencia, en este lugar y en este momento, demuestra bastante claramente que habéis escuchado la voz de Cristo: Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres; y tendrás un tesoro en los cielos; después, ven y sígueme.

Verdaderamente para la perfección efectiva del hombre no basta una dignidad excelsa. Tampoco basta, al adulto, que haya sido ordenado espiritualmente para un fin altísimo y enriquecido con el don de talentos espirituales que se le han confiado para que trafique con ellos. Finalmente, tampoco es suficiente que, además de todo, haya recibido también la sublime doctrina de la perfección, que es la ley real de la caridad y que haya empezado a ejercitarla.

Pues también aquel joven, que preguntó Jesucristo cuál era el camino de la perfección y dijo que hasta entonces había amado al prójimo como a sí mismo: Todos esos los he guardado, sentía que le faltaba algo: ¿Qué me falta aún? (Mt 19, 20). Y a quien el Salvador respondió que le faltaba la renuncia a las cosas terrenas: Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes.

Por lo que todos los Cristianos son llamados a una vida perfecta, todos hemos recibido la ley de la caridad, que es la plenitud y el fin de todo precepto (Rom 13, 10; 1 Tim 1, 5); esfuércense, además, en cumplirla según su estado: sin embargo a la cima de la perfección sólo llega el que, despojado en espíritu y verdad, y desnudo de las cosas de aquí abajo y de todo apego

a la vida propia, para su propio bien ya no reconoce más que a Dios y para su profesión, para su trabajo diario, nada más que la misma caridad o amor de Dios.

Porque cualquier otro hombre, aunque sea cristiano, aunque sea devoto, que siente todavía alguna solicitud por dejar una herencia sobre la tierra; y que, cansándose en esto, vaga perdiendo gran parte de sus fuerzas, de sus pensamientos, de sus afectos, no puede reunirlos, unificarlos, agotarlos todos inmediatamente en aquella caridad divinísima, que tiene sus tesoros y su herencia en el Cielo.

Lo que demuestra admirablemente, hermanos, la grandeza del don que el Señor os ha hecho eligiéndoo y sacándoos del mundo, y al mismo tiempo la excelencia de la oblación que venís a hacer por vosotros mismos a Él, y que yo en su nombre y en el de su santa Iglesia, debo recibir de vuestra boca y de vuestro corazón, entre estos sagrados monumentos, al pie de este altar, en presencia de este mismo Señor Jesucristo que os ha instruido y de vuestros Ángeles y Santos, que reunidos aquí invisiblemente a vuestro alrededor os contemplan y escuchan, como testigos inmortales.

Y esta grandeza de vuestra oblación da materia a mi plática, para que, antes que pronunciéis la fórmula de la sagrada oblación, recordéis por mis palabras qué grande es esa caridad de Cristo, a la que ahora os consagráis y tengáis mayor consuelo y gozo espiritual al pronunciar esas palabras, que deben uniros estrechamente para siempre con la esencia misma del bien, con Dios, que es caridad. Escuchadme, pues, con ánimo alegre y cortés.

Caridad es perfecta justicia que quiere la voluntad divina y se abandona a la Providencia

La Caridad de Cristo, hermanos míos, no es más que la justicia más perfecta. Es justo amar a Dios y los justos le aman: Los justos te aman: justamente se te ama (Cant 1, 3). Pero en el que se ama, ¿cuál es el objeto principal y propio del amor sino la misma voluntad del amado? Quien ama, ama que la voluntad del amado se cumpla, se haga. Amar, pues, y hacer la voluntad divina, amando: eso es la Caridad.

¿Y qué quiere la voluntad divina? -¡Cosa admirable! De nosotros no quiere sino amor. Pues

¿dónde se manifiesta y recapitula más clara y más completamente esta voluntad divina, sino en estos preceptos sumos del amor a Dios y al prójimo?

Saquemos, pues, esta consecuencia dignísima de meditación: el santo amor es fin de sí mismo: que buscando él, como su propio objeto, la eterna voluntad de Dios, se encuentra precisamente aquí a sí mismo. Procuraré explicaros en seguida este círculo maravilloso.

Pero por ahora empecemos observando cómo la Providencia sirve a la suprema voluntad del Señor omnipotente, que tiene por fin gracioso producir en sus criaturas la obra magnífica, aunque todavía velada, del amor divino: la Providencia, digo, que dispone la serie de los acontecimientos y gobierna todos los sucesos del mundo. Por eso a esta Providencia divina, como a madre real, se abandonan todos los amantes de Dios, conscientes por un anuncio interno, que Dios ordena todas las cosas para bien de los que le aman (Rom 8, 28).

Y deteniéndose aquí nuestro pensamiento, nos vienen espontáneamente estas preguntas: -¿Quién de nosotros puede elevarse hasta Dios y amarlo?

¿Qué hombre puede conocer el abismo infinito que se oculta en el concepto de una justicia perfecta?

¿Qué mortal, levantando el vuelo, llegará hasta la voluntad divina y penetrará su arcano para amarlo o entenderá cómo la voluntad estrecha e imperfecta ente finito puede conformarse con la voluntad perfectísima del Ente Infinito y de voluntades tan distintas nace tal armonía que todas las cosas del universo, sirviendo a la gloria de Creador, sirven al mismo tiempo al bien de la criatura?

Preguntas gravísimas, que por sí solas ya nos hacen conocer claramente qué cosa tan grande es la caridad, que antes aún de razonar sobre ella para celebrarla, es preciso demostrar cómo es posible a los hombres.

Jesucristo autor y objeto de la caridad

Y efectivamente, queridos míos, la caridad, por el vivo conocimiento de Dios que exige y por la sabiduría infinita y la bondad ilimitada de la voluntad divina con la que debe conformarse, y por la misma condición sobrenatural del acto amoroso, excede todas las fuerzas del hombre.

Pero hacémosla posible es precisamente la obra y la gloria de Jesucristo, que no sólo es Hombre sino también Dios. Sólo él, en primer lugar, nos da la fe, con la que nos hace conocer el Objeto de la caridad. Pues, aunque el polvo humano no puede ver por su naturaleza a Dios, el hombre renacido del agua y del Espíritu Santo, en cuyo oído resonó la Buena Nueva, por la palabra del Unigénito, que está en el seno del Padre y que nos lo ha dado

a conocer, cree en él firmemente y no sin luz interna: A Dios nadie lo vio jamás; un Dios Unigénito que está en el seno del Padre nos lo ha dado a conocer (Jn 1, 18).

Pero ¿cómo se nos comunica esta luz y esta fe?

¿Cómo llevamos siempre con nosotros su poder y vamos revestidos como con un vestido glorioso? Esta es la virtud de ese sello, que se nos imprime en los Sacramentos, por el que empezó nuestro razonamiento. ¿Y qué virtud es esta? ¿Qué es esta fe que se nos infunde? Escuchad al Apóstol Pablo: La Fe es la substancia de las cosas que hay que esperar, y por tanto también el argumento de las que no aparecen. Este pasaje es comentado por el Ángel de las Escuelas de modo que ella, la Fe, hace subsistir en nosotros aquellas cosas precisamente, que debemos esperar (In Ef III. Lect. IV).

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué son estas cosas que hay que esperar y que subsisten en nosotros por virtud de la fe, sino el mismo Cristo, el Verbo del Padre, el Amado, el Objeto, en una palabra, de la caridad? Pues ¿hay tal vez otro que sea digno de nuestros afectos y de nuestros ardientes deseos? ¿O hay algún otro bien, que, en comparación con este, no desaparezca y se anule? Por eso el Apóstol no desea ni augura a los de Éfeso sino que Cristo habite en vuestros corazones por la fe (Ef 3, 17).

Inhabitación y obra de Cristo en el alma

Y este preclarísimo Verbo, Dios de Dios Padre, llamado por el mismo Apóstol la impronta de su substancia (Heb 1, 3), es precisamente el mismo, decía, que por una misericordia eterna se imprime en nuestras almas con los Sacramentos mencionados, instituidos por el mismo Jesucristo por deseo amoroso de unirse y vincularse con los hombres.

Por ellos, pues, de Cristo, de nosotros y de todos los redimidos se hace un solo cuerpo, como un solo cuerpo forman los miembros y la cabeza; y una sola vid, como una sola vid componen la cepa y los sarmientos, aunque los sarmientos de la vid mística se extiendan por toda la tierra y el cielo.

Y he aquí, pues, hermanos, de dónde nos viene la posibilidad de la Caridad Divina, en la que, decíamos, consiste en la perfección de la justicia y el cumplimiento de la altísima voluntad del Creador. Que la caridad es cosa por sí misma tan sublime, que de ningún modo puede germinar: ni de la voluntad del hombre, ni de la de la carne. Pero habiendo nacido Cristo ab aeterno de dios Padre, como su Hijo natural, de Dios con la naturaleza divina trajo ab aeterno la caridad; y nosotros formando ahora con Él mismo un solo cuerpo, participamos, por adopción, de aquella su generación sempiterna, y, juntos con Él, voluntaria y libremente, de la misma caridad. Por lo que Juan escribió también, que En esto se ha manifestado el amor de Dios por nosotros, en que ha mandado a su Hijo único al mundo para que nosotros vivamos por Él y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios (1 Jn 4, 9.7).

Alegrémonos, pues, y regocijémonos en espíritu: con un santo atrevimiento, que a los ojos ciegos de la naturaleza suele parecer temerario, por lo que el mundo murmura, podemos emprender la obra grande, más aún sobrehumana, de consagrarnos a esa caridad, que es tan superior al hombre. Pues vive en nosotros Cristo y su espíritu ama en nosotros: Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí –El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado (Gal 2, 20; Rom 5, 5).

Las huellas de Dios en la humanidad

Como, pues, el carácter indeleble, grabado por los Sacramentos en nuestras almas, es el mismo Señor Jesucristo, impronta de su sustancia (Heb 1, 3), así el mismo Cristo es el gran Amante en todos nosotros; es nuestra Potencia de amar: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (1 Cor 15, 10). Además el amor es su mismo Espíritu, que se difunde en nuestras almas, si no encuentra obstáculos, o aún vencidos.

He aquí descubierta, hermanos, la raíz, he aquí indicado el linaje de la caridad. El carácter es la raíz vigorosa y potente: la gracia operante y cooperante, con todas sus formas –los dones, las virtudes, los frutos y las operaciones– son los fértiles acodos: en todo Jesucristo, en todo su Espíritu.

Estas, pues, son las huellas de Dios omnipotente en la humanidad. ¡Qué grandes, qué inefables! El conocimiento de estas huellas: ¡he aquí el conocimiento de la caridad! Daos cuenta de la amplitud y de la sublimidad del tema, que me atrevo a proponer a vuestra consideración, prometiendo hablaros de la grandeza de la caridad de Cristo en nosotros.

Por lo que a mí se refiere no lamento que mi lengua balbucee y no pueda cumplir enteramente con su cometido; que de esto precisamente se puede argüir fácilmente, a qué feliz altura tiene el vuelo de vuestro corazón, resueltos como estáis, a enrolos en las filas de esos hombres magnánimos, que se proponen vivir sólo para amar: es decir por amor al Divino Amor, el único amor puro y sin mezcla, en este Instituto de la Caridad, como en el Instituto de los amantes.

Huellas de Dios en el mundo

Y verdaderamente, queridos míos, si abrimos las cartas antiguas, nos hablan realmente de las huellas de Dios en el universo; pero nos hablan de ellas como de una cosa tan desmesurada, que el hombre no puede, sin temeridad, creer poder abarcarla con su mente.

Y aunque el Creador haya dejado en su obra la huella de su Omnipotencia y de su Sabiduría; sin embargo esta huella permanece de algún modo abreviada y limitada por la finitud de la creación, que no podía recibir más; por lo que la huella divina de esos atributos no iguala su grandeza.

Mientras que no se puede decir enteramente lo mismo de la impresión de la santidad y de la caridad Divina; que esta no recibe límite ninguno en el Verbo que se manifestó en la carne, y ella misma es de suyo substancia divina, porque Dios es amor (1 Jn 4, 8), y su nombre es santo y el que se une al Señor es un solo espíritu con Él (1 Cor 6, 17).

Por esto pienso poder atreverme a ir más adelante con mi razonamiento, lo que tal vez cause a algunos cierto regocijo y afirmar que tenemos huellas proporcionadas de Dios en el mundo; y estas son las manifestaciones operaciones de la caridad divina en los hombres.

Sólo son conocidos por la nueva luz de Cristo

Pero abramos el libro de Job. Leo: ¿Pretendes tú escrutar el misterio de Dios, llegar hasta la perfección del Omnipotente? Más alta es que los cielos: ¿Qué harás tú? Más honda que el Seol: ¿Qué puedes tú saber? Más larga que la tierra y más ancha que el mar (Job 11, 7 - 9). Tal es la voz de ese tiempo en el que Jesucristo aún no había venido al mundo.

Pero nosotros, hermanos, vivimos bajo la ley de gracia, vivimos en un tiempo, en el que todo el ser humano ha cambiado de cómo era: los cielos y la tierra se han renovado. Pues Jesús vino a hacer comprensible para los hombres.

Ciertamente Dios no puede ser comprendido sino por Dios: pero Cristo es Dios y su Espíritu, que difunde en nuestros corazones, también es Dios, Y el Espíritu escruta todas las cosas, aun las cosas profundas de Dios (Ef 3, 14 - 19).

Por eso el Apóstol Pablo, tratando de describir cuál es la grandeza de la caridad de Dios casi con las mismas palabras de Job, se atreve bastante más que Job; y dice a los de Éfeso, que doblo mis rodillas ante el Padre, del cual toma nombre toda la paternidad en los cielos y sobre la tierra, para que... arraigados y fundamentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y además la profundidad y conocer el amor de Cristo que sobrepuja todo conocimiento, como en el texto que recité al principio.

Y ¿quién, pregunto, dijo nunca o se habría atrevido o se habría imaginado poder decir otro tanto, antes de la venida de Jesucristo? ¿Quién de aquellos hombres santísimos, de aquellos Profetas o de aquellos Patriarcas pronunció una oración más sublime? El santo Job llamaba incomprensibles las huellas divinas en el mundo y Pablo se dirige al Padre de Jesucristo y doblando sus rodillas le suplica que quiera hacer comprensibles a los cristianos de Éfeso los atributos de la caridad, que de todas las huellas divinas impresas en el universo son las mayores y las más estupendas.

Acompañémonos, pues, sin temor y sin vacilación, del Vaso de elección, hermanos míos; y en su escuela investiguemos

también nosotros más profundamente, con ánimo reverente, la grandeza de aquella caridad, a la que estamos resueltos a consagrarnos.

Influjo mutuo, continuo de la fe y de la caridad

Cuando el Apóstol invocaba al Padre de nuestro Señor, para que los fieles de Éfeso pudieran comprender aquellas, casi diría, cuatro dimensiones de la Caridad divina, ciertamente no quería decir que pudieran conocer perfectamente a Dios y contener en sí su grandeza; pero les enseñaba y nos enseña a nosotros también que Dios puede acercarse a los hombres por Jesucristo y hacerseles presente de modo, que ahora, suprimida entre ellos y Dios toda distancia que impedía el contacto, pueden conocer, y casi tocar y sentir a Dios mismo (Santo Tomás in Ef c. 3, lec. V)

Este contacto con Dios nos viene dado por la fe viva, es decir por la que recibe la vida de la caridad. Por eso dice el Apóstol: *In charitate radicati et fundati*. De donde se sigue que sólo la caridad es la virtud que revela y hace conocer más íntimamente su propio objeto, como enseñó y prometió Cristo mismo cuando dijo: *al que me ama lo amaré mi Padre y yo lo amaré y me manifestaré en él (Jn 14, 21)*, y también: *Vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros también viviréis (Ib 19)*.

Y aquí se presenta a nuestra mirada, hermanos, la escala sublime de la perfección en un influjo mutuo de la fe y de la caridad. Pues aparece primero la fe, que poniendo en el hombre como subsistentes las cosas que hay que esperar –que es la infinita amabilidad de Dios y de Cristo–, porque así su objeto aun a la caridad. Pero después la caridad misma, que tiene una naturaleza sumamente penetrante, se interna en este su objeto divino, que se manifiesta cada vez más a su amador y se le

presenta como nuevo y adornado de valores nuevos y secretos; y con la claridad de este nuevo objeto, conocido sólo por el amante, se refuerza admirablemente la fe; que, así reforzada, acrecienta a su vez: acción e influjo mutuo, perpetuo de la vida espiritual.

La Divina caridad tiene por objeto a sí misma

Si queremos penetrar más adentro en los misterios de la caridad, en esta misma encontramos ese círculo de vida perpetua, que con otras palabras anunciamos al principio, cuando dijimos que la caridad nos conduce directamente a la voluntad divina como a su objeto último y que la voluntad divina nos impulsa a la caridad, lo único que pide y quiere Dios.

Por lo que, con toda razón, se puede decir lo que hemos dicho: a saber que la caridad tiene por objeto y fin la caridad y que así el amante se transforma continuamente en el amado y el amado en el amante. Pues siendo Dios, como bien esencial, el objeto de la caridad, por una parte no sería un bien perfecto, sino fuera él mismo amante, por otra no sería bien, si este amante no fuera amado. Pues todo lo que no tiene amor no es por sí mismo amable, y si no es amable no es por sí mismo bien, nada es bien si no ama, y sólo es bien lo que se ama; por lo que Dios se hace verdaderamente nuestro bien, cuando es amado por nosotros.

Conviene, pues, decir que la grandeza propia de la caridad brilla desde dos lados y tiene como dos medidas, si es que tiene medida. Pues, por una parte su grandeza es igual a la de su objeto; por otra, su grandeza es absolutamente igual a la virtud que tiene en sí misma de unir más perfectamente con su objeto a quien es susceptible de amor. Y estas dos medidas están indicadas en las palabras que hemos citado del Apóstol.

Pues el objeto de la caridad, del que se toma la primera medida, es Dios, y Jesucristo en su humanidad y como Cabeza de la Iglesia: en cuanto que es también amante; que, como decíamos, no puede ser objeto perfecto de amor el que no es capaz de amar y no es él mismo amante.

Por esto, pues, pide el Apóstol Pablo, que los Cristianos no sólo conozcan ligeramente, sino que además por virtud de Cristo, que mora en ellos por la fe, y de la caridad en la que están enraizados y fundados, comprendan el objeto de su misma caridad, a Dios y a Jesucristo.

Las cuatro dimensiones de la divina caridad

Y puesto que la caridad de Dios es para ellos, sin duda, igual a la grandeza de su naturaleza, el Apóstol pide que comprendan, del modo dicho, esta naturaleza de Dios; que él describe con aquellas cuatro dimensiones infinitas, de las que ya hablaba el Libro de Job, como atributos incomprensibles:

1. La anchura, símbolo de la caridad de Dios, que abraza a todos los hombres;
2. La longitud símbolo de la caridad de Dios, que dura eternamente;
3. La altura, símbolo de la caridad de Dios, que tiende a ensalzar a la criatura inteligente hasta el Sumo Bien.
4. La profundidad, símbolo de la caridad de Dios, que con designios de sabiduría inefable y con misterios escondidos al mundo, como el de la cruz, realiza la obra que se ha propuesto.

Ruega también, para que conozcan el otro objeto que se refunde en el primero, a saber Cristo amante en su sacratísima

Humanidad, pues, como dice el Doctor Angélico: Todo lo que se encuentra en el misterio de la redención humana y de la encarnación de Cristo es obra de la caridad. De la caridad procedió que se haya encarnado: Por causa de su mucho amor con que nos amó, cuando estábamos nosotros muertos por el pecado nos vivificó juntamente con Cristo (Ef 2, 4 - 5).

Y continúa diciendo aquí el Ángel de las Escuelas: Conocer la caridad de Cristo, es conocer todos los misterios de la Encarnación de Cristo y de nuestra Redención, que precedieron de la inmensa caridad de Dios, que por cierto excede todo entendimiento creado y la ciencia de todas las otras cosas (In Ef III, Lect. V).

Estos, hermanos míos, son los objetos de la caridad: Dios amante y Cristo amante: o, como decíamos, la Caridad es el objeto de la caridad; pues Dios es Caridad, y Cristo está consumado en la unidad de la caridad.

Por estos dos objetos, pues, podéis medir, si tenéis fuerzas para ello, cuál es la grandeza que tiene por su naturaleza la caridad – porque decimos que su grandeza se debe medir primeramente por sus objetos –, cuál es la grandeza de aquella caridad, a la que queréis entregaros y consagraros en este Instituto; para que con todos los santos seáis consumados en el uno: *Ut comprehendere possitis cum omnibus sanctis.*

Operación y efectos de la caridad

La nueva ciencia de quien se consagra a la caridad

Pero, perdido en tan gran amplitud de cosas, séame permitido volver atrás sobre las primeras preguntas. Si el objeto de la caridad es Dios mismo, Caridad –cuyas propiedades estás representadas, según Pablo, en aquellas cuatro dimensiones

infinitas —, ¿no tenía razón el autor inspirado del libro de Job para preguntar al hombre: Tal vez tú lo comprenderás? Y si tenía razón, ¿cómo es que el Apóstol dice, que excede la ciencia, ¿cómo después pide y ruega al Padre que los fieles la conozcan, *scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi?* ¿Quién puede conocer lo que excede la ciencia?

Este misterio escondido al mundo, se revela a los hijos de Dios. Consultad las Sagradas Escrituras: encontraréis que allí se distinguen dos ciencias, una que va de abajo arriba y la otra que baja arriba abajo.

Escuchad al mismo Apóstol: lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni se le antojó al corazón del hombre, eso preparó Dios para los que le temen (1 Cor 2, 9). ¿No vemos aquí una ciencia que sube al corazón del hombre? ¿Y de dónde sube, sino de la tierra? Por lo que se habla de ojo y de oído, es decir de sentidos, por los que se logra la ciencia que viene de la tierra.

Pero ahora escuchad lo que sigue diciendo el Apóstol inmediatamente después de aquellas palabras. Después de haber dicho, lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni se le antojó al corazón del hombre, eso preparó Dios para los que le aman, añade: Y a nosotros nos lo reveló Dios mediante su Espíritu (1 Cor 2, 10).

¿Habéis oído? ¿No introduce aquí otra ciencia? Esta es la ciencia que no se adquiere por los ojos o por los oídos carnales, sino que únicamente la revela el espíritu de Dios; la ciencia, que desciende de los altos, pues el hombre es bajo en comparación de Dios y esta es esa ciencia con la que podemos comprender los objetos de la caridad: con la que, digo, se comprende lo incomprendible, se conoce lo que rebasa la ciencia, se penetra lo impenetrable: *Spiritus enim omnia scrutatur, etiam profunda Dei (ib)*

La nueva ciencia misma es caridad

Tal es la nueva ciencia, hermanos, que hace sabios a todos los que se consagran verdaderamente a la caridad. Pero, de nuevo, ¿de qué naturaleza es esta ciencia? Escuchad todavía otro misterio de la caridad: esta ciencia tiene tal naturaleza que ella misma es caridad.

Pues si el objeto de la caridad es la caridad, ciertamente no puede ser comprendido sino por la misma caridad. ¿Y quién conoce la luz, sino quien la ve? ¿Y quién conoce el sabor, sino el que lo gusta?

¿O los sonidos sino quien los oye? ¿O quien conoce el amor, sino quien lo experimenta?

Por lo que decíamos que primero la fe propone el objeto de la caridad, pero que, después, esta lo penetra, y penetrándolo lo hace su objeto propio, penetrándolo lo experimenta y lo entiende; de manera que tal objeto no tiene su última forma que lo hace propia, próxima, actualmente objeto de caridad, hasta que no es amado.

En el mismo ser amado, pues, el objeto se revela al amante, revela su amabilidad por la que es amado; y esta amabilidad es él mismo, tiene tal naturaleza, que mientras permanece escondida, también el objeto de la caridad está oculto y es como otro: puede llegar a estar completamente realizado, lo que sólo la caridad lo logra, pero aún no lo está.

Y por eso, decía, que hay que tomar la segunda medida para entender, de alguna manera, la grandeza propia de la caridad, pues conviene medirla por lo que obra en el amante.

La caridad une al hombre con Dios

Pero veis inmediatamente, casi sin necesidad de razonamiento, que esta segunda medida muestra a la caridad

de una grandeza igualmente desmesurada e infinita, como os lo había probado antes.

Puesto que la primera medida nos fue dada por los objetos de la caridad, que son Dios y la humanidad del Redentor y Cabeza de la Iglesia, y de estos hemos concluido que excede toda ciencia y comprensión natural del hombre; ponemos después la segunda en aquella virtud eficacísima, que despliega la caridad misma cuando une con esos dos objetos infinitos a los que es capaz de amar.

Ya que, al medir con esta norma la grandeza de la caridad considerada en sí, debemos prescindir de los límites accidentales que opone a su expansión la libertad humana y el vicio de la voluntad; siendo precisamente el intento de los seguidores de la caridad combatir en sí todo lo que es vicioso y esforzarse, como hacía el Apóstol, hacia las cosas que tienen delante: olvidando lo que queda atrás me lanzo en persecución de los que está delante (Flp 3, 13)

¿Y qué son, hermanos, esas cosas que están delante de nosotros como fin de nuestros esfuerzos?

¿Cuáles son las cosas hacia las cuales debemos tender nosotros mismos, sino Cristo a la diestra del Padre, a cuya unión aspiramos la caridad en su fuente, el ideal subsistente de la caridad?

Y al decir el ideal, digo su esencia: pues para la caridad esto es esencial, ser perfecta y todo lo que es imperfecto, por el contrario, se aleja de ella: digo un ideal no sólo posible como tantos otros ideales de las cosas terrenas y finitas, sino un ideal viviente; que la caridad, en toda su infinita amplitud, verdadera y realmente vive y subsiste en sus objetos, no serían tales, como decíamos, si

no fueran amantes: pues, para decirlo una vez más, quien no es amante no es amable, no puede ser amado con amor final.

Deus charitas est

Ciertamente Dios, el primer objeto de la caridad, es también el primer amante: más aún, es esencialmente caridad y un acto de esa caridad es la encarnación de Cristo.

Porque Dios y Cristo no sólo son los objetos de la caridad, sino como indicábamos, son también sus ejemplares, son también su causa en nosotros; que nosotros amamos tales objetos amables, porque, como sujetos amantes, nos amaron los primeros, diciendo el Apóstol de la caridad: -En esto se ha manifestado el amor de Dios por nosotros, en que ha mandado a su único Hijo al mundo y repitiéndose continúa: En esto consiste su amor: No somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino Dios el que nos ha amado a nosotros y ha enviado a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados (1 Jn 4, 9 - 10).

Dice que se ha manifestado el amor de Dios por nosotros e inmediatamente explica que la caridad es Dios mismo *Deus charitas est*. Se manifestó, pues, Dios en nosotros. ¿Y cómo se manifestó Dios en nosotros? *Quoniam ipse prior dilexit nos*. Dios, pues, amándonos, se puso a Sí mismo caridad. Nos dio, pues, su naturaleza ¿Qué es dar a otro la naturaleza propia, sino engendrar hijos? El amor es Dios (1 Jn 4, 7). Pues Dios es de Dios, Dios puso a Dios en nosotros. De lo que sigue: Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios, pues Dios es caridad.

La caridad es Dios viviente en nosotros.

¿Veis cómo la caridad hace conocer su propio objeto, es decir a Dios? Como, pues, la fe propone al principio el objeto de la

caridad, así la caridad hace viva la fe, por la que el hombre vive y conoce el objeto de la caridad en su forma de caridad.

Y como la fe *facit in nobis subsistere res sperandas* como dice Pablo comentado por el Doctor Angélico, así la caridad hace subsistir en nosotros su propio objeto, que, próximamente, es Dios en su forma de caridad. Asombrémonos: Dios, como caridad subsistente en nosotros, es nuestra caridad.

Una, pues, es la caridad en Dios y en nosotros: es de igual naturaleza, de igual infinitud, porque es siempre Dios en sí y en nosotros; aunque el acto que corresponde por nuestra parte respecto de esta caridad puesta en nosotros, respecto de Dios viviente en nosotros, es necesariamente limitado, y por lo mismo esencial, infinitamente distinto del acto de Dios mismo. Que una cosa es la caridad inmanente en nosotros, y otra nuestro acto con el que nos mantenemos en ella.

Por lo que el citado Apóstol del amor distingue esas dos cosas, aunque correlativas: el permanecer Dios, es decir la caridad, en nosotros, y el permanecer nosotros en la caridad: Dios es amor y el que está en el amor está en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16)

Había aprendido a distinguir esas dos cosas del Divino Maestro que, hablando del que hubiera comido su carne y bebido su sangre, no sólo dijo in Me manei, sino también añadió: et Ego in illo (Jn 6, 57)

Dios en el hombre y el hombre en Dios

Por lo que si queremos medir la grandeza propia y natural de la caridad con esta segunda medida, es decir con la virtud maravillosa que tiene de unir a los amantes con los objetos de su amor, conviene que distingamos los dos modos de esta unión; distintos, aunque no divididos: 1. Aquel con el que la caridad se

pone y subsiste en el espíritu del hombre: 2. Aquel con el que el hombre permanece en esa caridad y se abraza a ella.

Según el primer modo, Dios mora en el hombre, según el otro, el hombre permanece en la Caridad, es decir en Dios. La caridad es siempre la que es: no pierde su naturaleza, es siempre Dios, siempre infinita: Dios caridad, morador en su criatura finita. Conoce a esta su criatura finita, sabe buscar sus íntimas entrañas, llegar hasta su fondo, penetrarla enteramente, reinar en todas sus partes.

¿Quién, pues, puede medir la virtud que tiene la caridad para unir consigo a su amante? ¿Quién puede señalarle un límite? ¿Quién puede decir cómo la caridad que impregna todo el hombre, se distingue ahora del hombre o indicar la línea de separación? ¿Quién puede desvelar el misterio de esta unión inefable? Ciertamente yo no, hermanos; sin embargo he dicho bastante para hacer entender que se trata de una virtud infinita.

Virtud unificadora de la caridad

Si consideramos esta virtud por el otro acto, es decir por parte de la misma criatura que se abraza a Dios-Caridad, inmanente en ella, dije que este acto es finito como es finito el sujeto que lo hace. Pero, lo repito, no concluyamos de esto que la caridad pierde su naturaleza de ser infinita. Que también aquí, hermanos, asoma otro de los muchos misterios que contiene y que en parte manifiesta, en parte oculta, la caridad.

Y verdaderamente, el acto del hombre es finito sí, pero también gira en torno a un objeto infinito, es decir de Dios-Caridad. ¿Veis, pues, por estas mismas palabras, cómo el acto finito no limita ni puede limitar su objeto, es decir la caridad? ¿Y cómo este acto aparece casi una cosa que está fuera de la

caridad, pues no constituye su esencia? Pero verdaderamente no sólo gira en torno a la esencia de la caridad, sino que penetra en ella y mora en ella: qui manet in charitate, in Deo manet. Este acto no termina en sí, sino que va más allá, porque mora en la caridad misma, mora en Dios, mora en Cristo.

¿Cómo puede morar en la caridad y no llegar a ser caridad? ¿Cómo morar en Dios, y no unificarse con Dios? ¿Cómo permanecer en Cristo y no transformarse en Cristo?

He aquí el nuevo misterio que os indicaba. Pues aquí, hermanos queridísimos, tenemos dos verdades que parecen contradecirse y que sin embargo están juntas.

Es una verdad indudable que el hombre permanece en Dios-Caridad y es también una verdad indudable que Dios-Caridad permanece distinto del hombre. Sin embargo el uno está en el otro: Dios está todo en el hombre y el hombre todo en Dios: el acto finito se pierde, o más bien se reencuentra en el infinito y el acto infinito en el finito; la unión es perfecta, la unión es acabada. ¿Oís cómo son dos y uno a un tiempo? ¿Os parece inconcebible? Concluid, pues, qué inconcebible es la virtud unificadora de la caridad y por eso inconcebible la grandeza que posee por su propia naturaleza.

La caridad del hombre es la vida eterna

¿Qué es, pues, me preguntaréis, la criada del hombre? No tengo otra respuesta que daros que esta: Caridad de la Caridad, Amor de ese Dios que es Amor. Este Dios-Amor, es amor en Sí mismo, es autor en el hombre. El amor en el hombre es la vida eterna en el hombre, y los actos de este hombre que vive, son amor de ese Amor por el que vive: Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los

hermanos. Quien no ama permanece en la muerte (1 Jn 3, 14). ¿Qué hace, pues, el amor del Amor, la caridad de la Caridad? Lo indicamos antes cuando dijimos, que el objeto de la caridad no puede ser próxima y plenamente tal, si no es amado. Pues, lo diré otra vez, sólo quien lo ama percibe lo que en él es amable, lo que permanece oculto a quien no lo ama.

Pero aquí el objeto de la caridad es caridad: Dios-Caridad permaneciendo en el hombre. Los actos, pues, del hombre no lo completan en sí mismo, no son los que lo hacen amable, sino que son tales que reciben en sí ese objeto, que es ya de suyo amado, porque es caridad. Por lo que la caridad del hombre no se funda en los actos del

hombre, sino que es la obra de Dios: es la presencia de Dios-Caridad, lo que es lo mismo que decir del Espíritu Santo: El espíritu, dice Jesucristo, es el que vivifica (Jn 6, 63); Por esto conocemos que estamos con Él y Él en nosotros, porque Él nos ha dado su Espíritu (1 Jn 4, 13).

Nuestros actos, pues, hermanos míos, son actos de caridad, no porque la caridad venga de nosotros, o porque la caridad pueda ser formada por nuestros actos en cuanto son nuestros; sino porque estos actos son los efectos de la caridad puesta en nosotros, y la caridad puesta en nosotros es Dios mismo en nosotros, del cual vivimos y hacemos los actos propios de esta clase de vida.

Y también aquí, de nuevo, podéis ver, hermanos, la infinita virtud que tiene la caridad de unir consigo a su amante; pues es tan grande, y tan fuera de lo acostumbrado y de lo que cae dentro de la experiencia de los afectos naturales, que excede las leyes ordinarias del amor humano e invierte totalmente su orden.

El nacimiento del Divino amador

Verdaderamente he sido llevado por la grandeza desmesurada del tema a contradecirme, aparentemente a mí mismo. Pues, mientras primero decía que el amador con su acto da la última forma al objeto de amor; ahora debe declararse solemnemente que si esto vale de todos los amores ordinarios y humanos, sólo cuando se trata de la caridad se puede cambiar el razonamiento y aun decir todo lo contrario.

Verdaderamente, si en todos esos amores que se encuentran en la naturaleza, el amante con su acto amoroso forma el objeto de su amor; en este sucede una y otra cosa igualmente, es decir que el amador forma su objeto y también que el objeto forma su amador.

Ni la contradicción, que parece envolver el razonamiento, es más que aparente, como decía. Pues si se considera la caridad en sí misma, como permanece en su fuente divina, es cierto que no se concibe el objeto si no se concibe al mismo tiempo el acto del amador, es decir de Dios, que se ama eternamente a sí mismo; pero si se razona de la Caridad, que se comunica al hombre, el objeto de semejante amor tiene como propio y peculiar lo que no pueden tener los seres finitos, por excelentes que sean y provistos de valores indescriptibles, a saber ser por sí mismo amable, porque por sí mismo es, esencialmente y antes de todos los siglos, amado y esto porque, por sí mismo y esencialmente, es Caridad.

Ciertamente no hay nadie, teniendo luz, no entienda qué cosa tan grande he dicho en estas palabras. ¿Quién de vosotros no entiende que con ellas he descrito el origen, el nacimiento del Divino Amador? ¿Pues existe tal amador en algún rincón

del universo? ¿Es, o puede ser, alguna naturaleza finita? ¿Será tal vez el hombre o el ángel? ¿O habrá alguna criatura aún más perfecta entre las jerarquías de los espíritus celestiales y fuera de nuestra grandísima imaginación, que pueda encontrar en sí misma fuerzas suficientes para producir un solo acto de caridad?

Ninguna, hermanos; no hay, ni puede haber ninguna que sea capaz de ello: el universo entero no tiene en sí una sola chispita de este amor: dejad a un lado al hombre, si os parece un ser demasiado mezquino e imaginad, si os agrada, animados los soles y las estrellas o poblados los cielos visibles e invisibles de inteligencias innumerables y estas tan perspicacísimas, lo más perfecta que podáis idearlas: pero con todo esto deberéis concluir que ni todas juntas jamás encontrarán, en su propia naturaleza, de dónde ni cómo formar el más pequeño acto de caridad.

Comunicándose Dios al hombre, nace en este la caridad

Falta, pues, en la creación, falta en la inmensa extensión del universo esa especie de fuego, falta su fómite y consiguientemente falta el amador que nosotros buscamos. ¿Dónde lo encontraremos?

¿Cuál será su origen? ¿Dónde nacerá? ¿Quién traerá dentro de la creación la primera chispita de semejante amor? Lo he dicho y no puedo cansarme de decirlo; el objeto de la caridad es todo aquello que produce su amador: el objeto de la caridad es la misma caridad.

La caridad, pues, existe antes del hombre y de la creación: y cuando esta Caridad Eterna se pone a sí misma en la creación, cuando se pone en el hombre, enseguida se enciende la nueva vida, entonces el hombre inteligente vive de otra manera y los actos de esta vida nueva, producida por la caridad, también

ellos son actos de esta vida nueva, producida por la caridad, también ellos son actos de caridad.

Entonces ha nacido el amador en el mundo: se ha vencido la limitación del universo, se ha liberado la creación de las ataduras de su impotencia porque también ella participa de la vida de Dios.

Naturaleza ilimitada de la caridad del hombre

Así, hermanos, se desvanece esa dificultad que teníamos, cuando, considerando la debilidad humana y la limitación de los actos libres de la criatura, permanecíamos en suspenso sobre la infinita grandeza de la caridad.

Recojamos de nuevo la pregunta: ¿puede, pues, ser limitada la caridad por nuestra limitación?

¿Pueden imponer su finitud a la caridad los actos finitos e imperfectos de la criatura? Si estos actos tuvieran la condición de causa respecto de la caridad, de modo que la caridad fuera uno de sus efectos, así debería suceder, puesto que el efecto puede ser menor, pero nunca mayor a la causa.

Pero vemos que los actos del amor sobrenatural vienen de la vida sobrenatural, que no existía en la naturaleza y que fue puesta en ella. ¿Y quién la puso? Dios, de suyo Caridad. ¿Cómo la puso? Poniéndose, Dios-Caridad, a sí mismo en la naturaleza. La caridad, pues, es la causa: los efectos, limitados por condición de la naturaleza en que nacen, no la pueden limitar. Si la causa es infinita, y es la caridad, esta tiene virtud infinita: la limitación permanece en el hombre, en los actos de la vida que la caridad le comunica y que el hombre, que vive de esta vida, ejercita con su voluntad y libertad: la caridad conserva su naturaleza ilimitada.

La caridad vino al mundo en Jesucristo

El hombre, pues, no puede amar con el amor de caridad si no se le da la caridad, que le dé la vida deiforme y con ella el poder hacer los actos de esta vida, es decir de una vida de caridad.

El Bautista decía más aún cuando enseñaba, que no sólo la caridad, sino que también el poder recibirla nos es dado del Cielo, del que con la caridad misma viene al mismo tiempo el poder recibir la caridad. Y más generalmente aún: El hombre no puede, son las palabras del Precursor, apropiarse nada si no le es dado del cielo (Jn 3, 27).

¿Dónde, pues, estaba la vida, antes de que se comunicara a los hombres? Lo dice el otro Juan: In ipso vita erat (Jn 1, 4): estaba en el Verbo. El Verbo, que era la Vida, se hizo carne: Et Verbum caro factum est. Así la vida estuvo en la humanidad. Dios es caridad: el acto de la caridad de Dios fue la encarnación: En esto se ha manifestado el amor de Dios por nosotros, en que ha mandado a su Hijo único al mundo para que nosotros vivamos por Él (1 Jn 4, 9).

Pero si Dios es caridad, ¿no son todos los actos divinos, actos de caridad y no sólo la Encarnación, sino también la Creación? Sí, hermanos míos;

¿quién puede dudarlo? Sin embargo, hay esta gran diferencia, que todos los otros actos de Dios en la obra del mundo, son actos de caridad, pero no tienen como término próximo suyo la caridad.

La Encarnación no sólo es acto de caridad, sino que además tiene por término la Caridad; pues Dios envió a su Unigénito, para que vivamos por Él con una vida de caridad: Ut vivamus per Eum (Ib.) La Encarnación, pues, y todo lo que sigue a la

Encarnación y realiza su eterno designio, tiene por término inmediato hacer que subsista la caridad en el mundo: Vine a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo ya que arda! (Lc 12, 49).

He aquí quien lo ha traído, el único que podía traerlo. Este fuego es su espíritu: Porque el amor de Dios, dijo San Pablo, ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom 5, 5). La caridad vino al mundo en Jesucristo: estando ella en el mundo, el mundo pudo participar de ella: De su plenitud, en efecto, todos hemos recibido (Jn 1, 16).

Cómo la caridad está en Cristo

Veamos ahora cómo la caridad está en Cristo; después veremos cómo está en nosotros. En Cristo la Persona era Dios. En Él estaba la Vida, el Espíritu Santo. dios-Caridad. La humanidad asumida por Él era toda la naturaleza humana, pero no formaba una personalidad humana. Además la naturaleza está subordinada a la persona: y los actos se atribuyen a la persona, de la que se derivan, como de principio, no a la naturaleza. Los actos de Cristo, pues, eran actos del Verbo y procedían de su Espíritu. Eran, pues, actos de la Caridad, que es Dios.

¿Veis, pues, cómo la naturaleza humana en Cristo no pudo poner límite ninguno a la grandeza que tiene por su naturaleza la caridad, es decir Dios mismo, y cómo esta grandeza infinita de caridad acompañó a todos los actos del Redentor?

La naturaleza humana en Cristo, recibiera pasivamente u obrara activamente y aun activísimamente, jamás constituía el principio personal de aquellos actos: había un principio sobre ella, del que todos empezaban y procedían; y este era Dios, el Verbo, unido íntimamente, por la misma naturaleza, con su Espíritu, caridad por esencia.

Por lo que, ya se consideren estos actos vitales en su principio supremo, es decir en la vida, que era el Verbo y que estaba en el Verbo; ya se consideren a sí mismos, es decir distintos según las potencias y operaciones varias de la naturaleza humana, como instrumento: conviene de nuevo simbolizar la infinita grandeza con las cuatro dimensiones, a las que recurrió el libro más antiguo quizá de los inspirados y después el Apóstol Pablo, para expresar la incomprensible Majestad divina.

La caridad en el sacrificio de Cristo

De esos actos de Cristo, el que se comunicó con mayor magnificencia a la naturaleza humana y la venció por el exceso infinito, fue el acto de ofrecimiento que el alma intelectual de Cristo hizo, libremente, de la vida animal.

Que nadie quitó la vida animal a Cristo; sino que El no sólo con un acto de su personalidad divina, sino además de la naturaleza humana obediente a aquella, quiero decir, Él también como hombre, por puro amor, la dio: Nadie me la quita, sino que la doy yo por mí mismo. Tengo el poder de darla y el poder de volver a tomarla (Jn 10, 18).

Y este acto grande e incomprensible de la voluntad santísima de Cristo, siendo también el acto de la Persona Divina, fue el momento más grande, que pudo aparecer en la creación, de la caridad de Dios, por lo que Juan escribe: En esto hemos conocido el Amor, en que Él ha dado su vida por nosotros (1 Jn 3, 16).

Y dice anima sua, porque esa alma, es decir la vida animal, era vida de Dios, porque era vida animal de aquella alma intelectual que estaba bajo la persona Divina, estando unida con ella personalmente; por lo que el acto del Hombre que daba

la vida, era al mismo tiempo acto de Dios, acto en el que se manifestaba, de la manera más estupenda, Dios-Caridad.

Incorporación de los hombres en Cristo

Este, pues, es el principio de la caridad en el mundo: apareció sobre la tierra con el Hombre Dios y del Hombre-Dios se propaga a los demás, puros hombres.

Para ver cómo se propaga debemos tomar de nuevo, hermanos, el principio de todo nuestro razonamiento, es decir, la incorporación de los otros hombres en Cristo: Es la cabeza del cuerpo de la Iglesia (Col 1, 18); por lo que aleccionados en la verdad, crezcamos en el amor de todas las cosas hacia el que es la cabeza, Cristo, del cual todo el cuerpo (coordinado y unido por todos los ligamentos en virtud del apoyo, según la actividad propia de cada miembro) obra el crecimiento del cuerpo en orden a su edificación en el amor (Ef 4, 15-16).

En estas palabras de Pablo entendemos que el elemento espiritual de la gracia nos lo suministra nuestra Cabeza, Jesucristo, en el que estamos incorporados. Y, como vemos, la operación que nos incorpora a Cristo, es la impresión del carácter indeleble, el cual es Cristo en nosotros. Así Él se hace nuestro cabeza y nosotros sus miembros; y los Sacramentos que recibe el hombre incorporado a Cristo, son esos ligamentos de que habla el Apóstol, por los que, como canales o venas, se derivan hacia nosotros desde nuestra Cabeza, con el Santo Espíritu, el alimento y la vida.

De este modo se manifiesta la caridad de Cristo en la obra excelsa de nuestra santificación; de este modo Cristo transfunde en nosotros la caridad; Ved, diré también con Juan, qué grande amor nos ha dado el Padre al hacer que nos llamemos hijos de Dios y en

efecto lo seamos (1 Jn 3, 1). Y si hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo, si es que padecemos juntamente con Él, para ser también juntamente glorificados (Rom 8, 17).

Círculo de vida de las tres virtudes teologales

Pero ¿no decíamos también que la fe es la que nos salva? Ciertamente: Quien cree en el Hijo tiene vida eterna (Jn 3, 36). No se quita a la fe lo que se atribuye a la caridad.

Admiremos, hermanos, la coherencia de la doctrina sobrenatural de Cristo. Hemos visto que la fe, cuando sólo se nos propone, presenta a nuestro espíritu el objeto implícito de la caridad: pero cuando esta fe es acogida y abrazada por nosotros, entonces este objeto se hace él mismo Dios-Caridad, del que vive la fe; y es la fe viva la que el Apóstol define la garantía de las cosas que se esperan, la prueba de aquellas que no se ven (Heb 11, 1); y de la que Angélico, siguiendo al Apóstol, dijo que hace subsistir en nosotros las cosas que hay que esperar.

Ahora bien, ¿qué son las cosas que hay que esperar? También la caridad; quiero decir la caridad gloriosa, la revelación de la caridad en nosotros: Queridísimo, dice San Juan, desde ahora somos hijos de Dios entendéis, hermanos, que esta palabra de hijos es palabra de amor, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifiesta, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal y como es (1 Jn 3, 2).

¿Qué, pues, veremos entonces? -Veremos aquello mismo que ahora creemos y confesamos. ¿Y qué creemos y confesamos, sino a Cristo? Ahora escuchad: El que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios mora en él y él en Dios (1 Jn 4, 15). Ved cómo Juan dice de la fe y de la confesión de Cristo, lo que dice también de la caridad, porque la caridad no se separa de la fe viva.

Ahora oíd, además de esto, lo que sigue: Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído (ib 16). Dice: hemos creído en la caridad que Dios tiene en nosotros. ¿La caridad de Dios, pues, es objeto de nuestra fe? Sí, hermanos, porque Dios es amor y el que está en el amor está en Dios y Dios en él (ib 16). Si, pues, el objeto de la fe viva es la caridad y la fe hace subsistir en nosotros su objeto, ella hace subsistir en nosotros la caridad.

Y sin embargo la caridad es también el objeto que hay que esperar; que de igual naturaleza es la caridad de los viadores que la de los comprensos; pero la primera humillada, y la segunda glorificada; y con la caridad de los viadores el hombre espera la caridad de los comprensos. Escuchad al mismo Juan, que pone en esta esperanza precisamente la perfección de la caridad: En esto consiste, dice, la perfección del amor en nosotros, en que tenemos confianza absoluta en el día del juicio (1 Jn 4, 17).

El objeto, pues, de la fe viva y de la esperanza consiguiente a ella y de la caridad es siempre la caridad, es decir Dios-Caridad. De nuevo, pues, si la fe viva hace subsistir este objeto en nosotros, ella hace subsistir en nosotros la caridad, la caridad digo de los viadores y sin embargo quien cree en el Hijo tiene vida eterna; el que no quiere creer al Hijo, no verá la vida (Jn 3, 36). Vida que es esa caridad de Dios, en la que ahora creemos; y, creyendo en ella, la poseemos y nos mantenemos en la que esperamos que un día irrumpa en gloria espléndida.

Así en un círculo maravilloso de vida giran las tres virtudes teologales, entrando una en la otra e inexistiendo en ella, sin confundirse.

Acción salvadora, santificadora, vivificadora de la caridad

Dios, pues, caridad eterna y esencial, cuando la Encarnación, hizo su entrada solemne en la humanidad. Apareció en la humanidad de Cristo en el cual habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col 2, 9): y además de Cristo pasó a nosotros, hermanos míos, y en Él estáis llenos vosotros, que es la cabeza de todo principado y potestad (Ib 2, 10)

Y esto precisamente es de lo que, doblando con gran reverencia y fervor sus rodillas ante el Padre de Jesucristo, Pablo pedía que se diera plena inteligencia a los Efesios: *Scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi*; puesto que esta ciencia que es la ciencia de la fe, poniendo en nosotros la caridad, nos llena de la plenitud de Dios mismo: a fin de que seáis llenos de toda plenitud de Dios (Ef 3, 19).

De este efecto no es distinto aquel bien que vosotros, queridos, venís buscando en esta asociación fraternal; que no es otro más que este mismo precisamente el fin y el propósito del Instituto de la Caridad.

Pero puesto que la caridad es acción viva, aun bajo este otro aspecto, hermanos, considerémosla y midamos su grandeza. Y ya en lo que hemos razonado hasta aquí, hemos visto su primer movimiento, habiéndose transfundido desde el trono de Dios altísimo a la tierra, a saber en el Hombre-Dios, y de este en los puros hombres, es decir, en todos los que han sido o serán incorporados a Él, hasta el final de los siglos, por la fe y por el Bautismo, sin oponerse ni obstaculizar a su gracia. Por lo que en el Libro de la Sabiduría se halla escrito del Verbo Eterno, en el que está la vida de la caridad, que aunque es una (esta sabiduría), lo puede todo y sin salir de sí todo lo renueva, y en

todas las edades derramándose en almas santas, hace de ellas amigos de Dios y profetas (Sab 7, 27).

Ved, hermanos, cuál es la primera y maravillosísima acción de la caridad, el transferirse a los hombres y renovarlos permaneciendo en sí misma; que Dios no salió nunca de Sí mismo. Si, pues, nosotros, hermanos, queremos consagrarnos a Él, ¡no pongamos impedimento a esta su acción salvadora, santificadora, glorificadora en nosotros mismos! Y el impedimento es el pecado; pues la caridad no puede habitar con el pecado, porque es santidad.

La caridad obra en el hombre la perfección evangélica

Pero también Juan nos advierte aquí diciendo: Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y no estaría con nosotros la verdad. Si confesamos nuestros pecados, Él es justo y fie, nos perdona nuestros pecados y nos purifica de toda iniquidad. Esto escribía a los fieles,

para que, después de haber recibido la justificación de sus pecados por la fe y por los sacramentos, no siguieran pecando: Hijitos, os escribo esto para que no pequéis (1 Jn 1, 8 - 9; 2, 1).

Y sin embargo ¿quién puede medir la debilidad humana? ¿Quién puede estar seguro de no encerrar, en los oscuros abismos de su corazón, un germen de malicia y quizá aun un tesoro de ira de Dios? Por lo que el hombre debe temer de sí mismo y, aun después de haber recibido la justificación, puede recaer; y frecuentemente recae en pecados leves.

Por eso continúa el Apóstol del amor confortando a los pecadores con estas otras palabras dulcísimas: Pero si alguno llegara a pecar, tenemos junto al Padre un abogado, Jesucristo,

el Justo. Él es víctima propiciatoria por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn 2, 1 - 2).

Este es nuestro verdadero consuelo; he aquí cómo el hombre puede ser justo. Este es ese justo que vive de fe: Mi justo vivirá por la fe (Heb 10, 38); es decir refiriendo toda su justicia a Cristo por el que fue y es continuamente justificado de sus pecados que él confiesa contrito. Pues en definitiva la justicia, si es el efecto de la fe viva que nos justifica, es, al mismo tiempo, la condición de la permanencia en nosotros de la caridad. Que si la

caridad infundida en el hombre por los sacramentos ahuyenta el pecado, el pecado mortal que sobreviene ahuyenta la caridad.

Pero la caridad que permanece en el hombre edifica sobre la justicia de la fe otra justicia más sublime aún, que no lo hace sólo exento del mal, sino que además le hace obrar bien; y todo el bien, hasta el sumo de la perfección evangélica, hasta el cumplimiento de los mayores preceptos y de los consejos de Cristo y esta es la segunda acción de la caridad.

Por lo que Juan, después de haber dicho que tenemos a Cristo propiciador por los pecados, inmediatamente añade: Sabemos que le conocemos en que guardamos sus mandamientos. El que afirma que le conoce, pero no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente es perfecto el amor de Dios. He aquí por lo que sabemos que estamos en Él: el que afirma que permanece en Él, debe conducirse como Él se condujo.

El divino ejemplar

Este es el deseo de todos los que con sincero corazón se asocian en el Instituto, al que vosotros aspiráis. Al entrar en una

Sociedad de esta naturaleza, todos nosotros nos proponemos mirar continuamente a ese Ejemplar al que nos llama el Discípulo amado diciendo: El que afirma que permanece en Él, debe conducirse como Él se condujo. Nuestro fin, al unirnos tan estrechamente entre nosotros con lazos afectuosos y religiosos, es sólo este: ayudarnos y excitarnos recíprocamente a realizar en nosotros un Ejemplar tan perfecto y tan querido.

¿Cómo, pues hermanos, caminó Jesucristo?

¿Qué camino siguió? Ciertamente, ante todo, el de la voluntad del Padre: He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado (Jn 6, 38). Y en Isaías el Padre le llama: El hombre instrumento de mi voluntad (Is 46, 11).

Pero veremos que la voluntad de Dios no es más que la misma caridad. Que Dios se ama a sí mismo en todas las cosas, que es caridad: Yavé ha hecho todas las cosas para un fin (Prov 16, 4). Por lo que Cristo, manifestando cuál había sido la misión que la voluntad del Padre le había confiado, dice: Y esta es la voluntad del que me ha enviado, que yo no pierda nada de cuanto Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día.

Pues es la voluntad de mi Padre que todo el que vea al Hijo y crea en Él, tenga vida eterna y yo lo resucite en el último día (Jn 6, 39 - 40).

La vida eterna para todos los que cree en Aquel que fue enviado por el Padre; este es el objeto de la voluntad del Padre. Pero si buscamos de nuevo qué es la vida eterna, ¿no nos vemos llevados de nuevo a la caridad? Pues, como hemos dicho, ¿qué es la vida eterna sino la caridad magnificada y glorificada? Es Dios-Caridad permaneciendo en nosotros eternamente, sin velo que cubra su faz, sin nube que envuelva su esencia. El altísimo

fin, pues, de la misión de Cristo es la magnífica, eterna y perfecta caridad; y esta misión debía realizarse por la misma caridad que moraba en Cristo, por lo que en esto hemos conocido el Amor, en que Él ha dado su vida por nosotros (1 Jn 3, 16).

En el consejo inefable de la Encarnación y de la Redención, la caridad es el fin, la caridad es también el principio, operante en Cristo para obtener ese fin: las acciones de Cristo, como medio que une el principio con el fin, también son caridad. Toda alentada de Cristo era caridad.

Tal es el ejemplo, hermanos, que elegimos libremente y que se resume en estas palabras: El ha dado su vida por nosotros. Y nosotros debemos dar también la vida por nuestros hermanos (1 Jn 3, 16).

Caracteres de la caridad

Sólo Dios, por Jesucristo, nos puede hacer conocer la caridad

Ni la lengua, ni el pensamiento son suficientes para entender cuánto hay de grande en la caridad, que permanece y arde en todas las acciones de Cristo. También el Apóstol ruega por los fieles de Efeso, para que arraigados y fundamentados en la caridad, puedan comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y además la profundidad de Dios-Caridad, y conocer el amor de Cristo que sobrepuja todo conocimiento, a fin de que sean llenos de toda plenitud de Dios (Ef 3, 17 - 19).

A las oraciones del Apóstol, a las que, antes aún, hizo por todos sus fieles el mismo Jesucristo, unamos, hermanos, también las nuestras: no nos cansemos de hacer votos para que Dios Padre y su divino Hijo, difunda en nuestras almas la caridad:

que, como sólo la caridad puede comprenderse a sí misma y saber lo que es superior a la ciencia, así igualmente sólo la caridad puede realizarse a sí misma, siendo ella el principio de la acción deiforme, el medio y el fin, que es la gloria eterna.

Confiando en esta luz, que sólo de dios podemos recibir y que recibiremos con todos los santos, cuando Él ponga en nosotros la caridad, acerquémonos con el pensamiento de la mente, reverente y animoso al mismo tiempo, a cada uno de aquellos cuatro atributos infinitos, que el Apóstol pone en la caridad.

Hasta ahora los hemos considerado en su conjunto en la escena divina, en el espíritu interior de Cristo, en sus operaciones exteriores. Considerémoslos ahora un poco uno después del otro, por separado, para que estos cuatro excelsos caracteres, que deben estar grabados y con que deben resplandecer las acciones de los que dicen quieren consagrarse a la imitación de la caridad de Cristo, que se eleva sobre toda ciencia humana, se impriman con mayor claridad y perpetuamente en nuestros corazones.

La anchura y la universalidad de la caridad

El primero de los caracteres es la anchura: quae sit latitudo. ¿Quién podrá señalar un término a la anchura de la caridad? –la caridad dilata sus entrañas y lo comprende todo; abraza a los habitantes del Cielo, a los justos que, habiendo pasado de esta vida, están purgándose todavía en las penas, y a los viadores que están y estarán sobre la tierra.

Nadie escapa a los brazos inmensos de la caridad, sino aquellos que se han separado para siempre de ella, trofeos voluntarios de la invicta justicia.

Que si pudiera haber razón para excluir a algún otro de nuestra caridad, escuchando sólo las voces de la naturaleza, deberían ser nuestros enemigos. Pero la caridad no es la naturaleza, y en nuestros oídos resuena una voz bien conocida y dulcísima: Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos. -Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 44 - 48).

Cristo nos da por Maestro de la caridad a su Padre, nos da a Dios, que es Caridad, como Ejemplo de nuestras operaciones. Ya aun antes de la venida de Cristo el espíritu de Cristo había hablado, y sugerido al que escribió, dirigiendo a Dios estas palabras: Tienes misericordia de todos porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres para atraerlos a misericordia. Porque amas todo cuanto existe, y nada de cuanto hiciste abominas. Pues si algo aborrecieras no lo hubieses creado. Y ¿cómo subsistirá nada si Tú no quisieras? O ¿cómo podría conservarse si no hubiese sido por Ti llamado? Pero Tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor, amador de todo cuanto existe. ¡Qué bueno y dulce, Señor, es tu espíritu en todas las cosas! (Sab 11, 24 - 27; 12, 1). Así se lee en el Libro de la Sabiduría sobre la anchura de la caridad de Dios, que Cristo nos propone a nuestra imitación.

Práctica de la caridad universal

Nuestra caridad, pues, debe ser universal como es la misma caridad de Dios, porque debe ser la caridad de Dios en nosotros. Recordemos, pues, cuál debe ser, cuál es la profesión de las personas, que se asocian bajo el estandarte de Cristo.

Debe ser un continuo ayudar, un ayudar a todos los límites y si excepción; donde no falte nunca el deseo de difundir el bien cuando nos falte la posibilidad de la obra misma y donde brille particularmente el amor a los enemigos.

¡Haga Dios que este amor generoso edifique siempre al prójimo en nuestro Instituto! Así será si Dios realiza su designio. Pues si el designio de este Instituto es el de juntar y hacer uno de todos los corazones de los que quieren vivir para la caridad y de caridad, ciertamente deberá tener por carácter propio aquella magnanimidad que no conoce émulos, que aplaude el bien donde quiera y lo realice quienquiera, que sale al encuentro del odio con el amor, y vence con el bien a los enemigos y tiene por única venganza el olvido de la injuria y el beneficio. Y esto no lo digo, hermanos, para condenar la prudencia de la defensa; que también esta es caridad, si impide al enemigo el pecado de ulteriores ofensas.

La caridad rige y ennoblece todos los afectos naturales

Pero además de esto la caridad –por este atributo suyo de la anchura, por la que se dilata sin encontrar confines y se hace universal–, es como reina de las potencias humanas; que gobierna todos los afectos naturales e inferiores del hombre y destruye lo malo que hay en ellos, protege su elemento bueno, completándolo, ordenándolo, santificándolo; pues todos esos afectos, son defectuosos y causas de discordias entre los hombres porque son limitadores.

Así el amor de uno mismo, dejado a él solo, es enemigo de todos; el amor de la familia, si permanece exclusivo, pone a una familia en lucha contra otra y la familia con todo el pueblo; el amor mismo a la nación, cuando se convierte en fin de sí mismo,

se hace injusto y contuméllico respecto de las otras naciones y promueve guerras y anhela conquistas, consume opresiones y no hay exceso de fraude o sangre en el que no prorrumpa.

Pero vosotros los que profesáis la caridad universal, discípulos de Cristo o verdaderos cristianos que vivís sobre la tierra, sois otras tantas semillas de concordia y de paz esparcidas entre los hombres. Primero sometéis en vosotros mismos el amor individual al de todos vuestros semejantes; y después con la mansedumbre, con la laboriosidad, con los sacrificios, con la palabra enseñáis a hacer lo mismo a los demás. Por vuestra obra florece el amor de la familia con equidad sin la espina del odio a otras familias tomadas en particular o en su conjunto. Finalmente el amor mismo a la patria, deponiendo todo lo que tan frecuentemente tiene de feroz y orgullosos, se apacigua y se humilla; la más sublime que nunca ante la caridad, de la que recibe el temple que necesita para ser verdadera virtud, la ley de la justicia, de la paz y de la sabiduría.

Pues este es el camino magnífico, por el que debe tener su cumplimiento la obra del Evangelio en la sociedad humana, cumplimiento del que hablaron los antiguos profetas: Venid y contemplad los prodigios de Yavé, que llenan la tierra de estupor. Hace cesar las guerras hasta el fin de la tierra, quiebra el arco y parte en dos la lanza y echa al fuego los escudos (Sal 45, 9 - 10).

¿Y con qué fuego, hermanos, el Vencedor quemará los escudos? No con otro sino con un fuego divino, el de la caridad, que es tan poderoso que funde los bronce y reduce a cenizas todas las máquinas de guerra.

Sí, ciertamente: la caridad universal es gobierno y freno de todos los otros afectos, que, si ella no los domina y frena, se

hinchán y encrespan en el corazón del hombre como mar en borrasca. Sólo ella, la caridad, los manda y los reprende cuando es necesario y dice a cada uno: No pasarás de aquí (Job 38, 11); e inmediatamente, precisamente allí donde el afecto especial empieza a ofender la caridad, cesa o se quiebra.

Longitud, es decir perseverancia y longanimidad de la caridad universal

¡Es, pues, ancho más allá de toda medida tu mandamiento, Señor! Colma toda la profundidad del corazón del nombre y abarca a todo lo que este puede contener. Diga, pues, cada uno de los que se asocian para ejercitar con perfección la caridad: El Señor me condujo en la anchura (Sal 17, 20).

Pero la caridad es también larga, sin confines.

¿Y qué significa la longitud de la caridad? – Reconocemos en ella la perseverancia que le es propia y ese su temple tan fuerte que no puede ser vencida por nadie. De este atributo suya está escrito: Aguas inmensas no podrían apagar el amor, ni los ríos ahogarlo (Cant 8, 7).

Verdaderamente la longitud de la caridad se prolonga hasta el infinito, que siendo fin en sí misma, como merece en la tierra, como purifica en el purgatorio a las almas, así reina en el cielo: La caridad no pasa jamás. Desaparecerán las profecías, las lenguas cesarán y tendrá fin la ciencia. – Cuando, pues, llegue lo perfecto desaparecerá lo imperfecto (1 Cor 13, 8. 10).

Considerad, pues, de nuevo, hermanos, qué feliz es la caridad que elegís profesar con vuestros sagrados votos. Con ellos prometéis no dejar nunca de amar, no cansaros nunca de hacer el bien, no levantar la mano de las obras buenas empezadas, no permitir que se apague el fuego sagrado de vuestro corazón, y

quede sólo la tibia y fría ceniza. Ciertamente nadie puede obtener esta perseverancia de la caridad universal si ante todo no sabe, que la caridad, esta caridad que elegimos por vida de nuestra vida, es paciente, es servicial, no es envidiosa, no se pavonea, no se engríe, no ofende, no busca el propio iy glorificadas, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra de la injusticia, pero se alegra de la verdad; todo lo excusa, lo cree todo, todo lo espera, todo lo tolera (1 Cor 13, 4 - 8).

Estos son los hermosos vestidos, hermanos, de la caridad que queréis profesar; los signos para reconocerla, para distinguirla de cualquier otro afecto que con formas mentirosas la simule, pero que no sea ella misma.

Verdaderamente la caridad no es ni un simple concepto de la mente, ni un afecto estéril del corazón, ni una inclinación natural; ni se encuentra en ningún sonido de palabras o derroche de sentencias, sino, como decíamos, es toda acción, toda vida, toda obra. Amemos pues en caridad sincera (2 Cor 6, 6): Amémonos no de palabra ni de lengua, sino con obras y de verdad (es decir de Dios), y tranquilizaremos nuestra conciencia delante de Él (1 Jn 3, 18. 19). Y ya, antes aún, el Maestro había enseñado por su boca que la caridad consiste en las obras: El que conoce mis mandatos y los guarda, ese me ama (Jn 14, 21).

Lo que resulta de las cosas que hemos dicho. Pues hemos visto cuál es el fin de la caridad, y cuál es su sujeto. Hemos visto que es Dios y que es Dios- Caridad: Caridad anterior a la criatura: Caridad revelada, transfundida y glorificada en la criatura: Caridad que no ama más que así misma, porque no encuentra ninguna otra cosa proporcionada a sí misma: Caridad que no descansa más que en sí misma: Caridad que no goza más que en sí misma.

Este es el signo simplicísimo, pero sublimísimo y felicísimo, al que deben mirar y tender continuamente las operaciones infatigables de nuestra caridad. No nos amaremos a nosotros mismos, hermanos, con amor de caridad, si este amor no conduce a nuestras almas, como a su término, a la Caridad fulgurante en el cielo donde ella misma es bienaventuranza: no amaremos con amor de caridad a nuestros semejantes, si nuestros afectos y los esfuerzos que hagamos por ellos no tienen igualmente como último fin su salvación eterna.

En el *Unum necessarium*, pues, del que habló Cristo a Marta, se concentran los rayos de la caridad: en ese *unum necessarium*, es decir en hacer, en cuanto esté en nosotros, que las criaturas inteligentes lo obtengan, se reúnen y descansan también las operaciones de la caridad o amor de Dios a sus criaturas.

Dios creó el universo para obtener de él la gloria de la caridad en la edificación de la ciudad celestial, a cuya gloria sirve el mismo infierno. Él conserva la creación y con su sapientísima Providencia dirige los grandes y los pequeños acontecimientos, con la idea eterna de realizar la predestinación de sus amadores, en cuyo bien redundan todas las cosas, todos los movimientos que se entrelazan en el mundo (Rom 8, 28).

Él bajó personalmente a la tierra y se hizo hombre, enseñó, padeció, murió, resucitó, subió al cielo, y envió a su Espíritu de Amor para salvar al género humano, reuniendo a los hombres en torno a su Padre, para que lo amen y lo alaben eternamente: Pues, dice el Apóstol, cuando todo le esté sometido, entonces también el Hijo (como hombre) se someterá a quien todo lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas. Entonces el Hijo, continúa diciendo, entregará el reino (es decir a los

hombres redimidos por Él, santificados por Él, resucitados inmortales por Él), lo entregará digo, a Dios Padre (1 Cor 15, 28. 24); para que el que es Dios de Cristo en cuanto hombre, y que es Padre natural de Cristo en cuanto Verbo Eterno, Él que es principio fontal de la augustísima Trinidad, principio ella misma o causa de todo lo que existe de contingente, los beatifique con su inefable rostro descubierto y manifiesto.

Verdaderamente aquí está el fin sin término, aquí la consumación de la caridad, cuando esta hará que Dios sea todo en todo, pues la unión es la obra de la caridad; ¿qué mente, hermanos, puede concebir una unión más inefable que esta, por la que Dios se hace a sí mismo *omnia in omnibus*? Llegado es esta unión, el hombre buscando toda parte de sí mismo, no encontrará en sí fibra, ni movimiento, ni facultad, ni acto en el que no vive y reine Dios, es decir, la Caridad subsistente, que lo diviniza. ¿Qué mente puede concebir una unión mayor, o más íntima o de naturaleza más portentosa que esta, si esta misma es inconcebible?

La altura de la caridad y la permisión de los males en el mundo

Tal es, pues, la altura infinita de la caridad. Y esta altura sin medida del fin y del entendimiento a la que se lanza, por su propia naturaleza, la caridad, es el principio luminoso, hermanos, que explica el orden y el designio de la Providencia y abre sus arcanos y disipa las irregularidades y las contradicciones aparentes que se presentan en el gobierno del mundo.

Pues si vemos que en este mundo, obra también de Dios, se encuentra el mal; y aun despliega en él un poder espantoso en todas las especies y en todos los grados de los seres, -sea que choquen entre sí y se quiebren las frágiles formas de los cuerpos; sea que los vegetales, disputándose el suelo y el alimento, se

impidan recíprocamente la vida y la reproducción; sea que entre los brutos animales, cuya vida es placer, se enfurezca la ira y arda una guerra universal, que sólo la muerte aplaca, la cual convierte los despojos de los débiles en alimento de los fuertes; sea que la humanidad misma, encorvada bajo la servidumbre del pecado, después de indecibles sufrimientos, ensoberbecida o humillada, se disuelva en su polvo original -: si se presentan, donde quiera que volvamos los ojos, el desorden mezclado con el orden, el vicio con la virtud, discordias y opresiones y ruinas sangrientas de ciudades y de imperios, -tristísimo espectáculo de dolor y de placer: de donde parece que todo tiene sus lamentos y un solo gemido sale de toda la naturaleza y como dijo el poeta: *Sunt lacrimae rerum et mentem mentalia tangunt* (Eneida 1, 462)-; no es menos cierto por todo esto, y en esto está el Amor Eterno, causa primera de todo, no dispone ni hace ni permite nada con odio: *Nec enim odians aliquid constituisti aut fecisti*, más aún todo cuanto existe y sucede por haberlo decretado, por su permisión o por su operación, o por su moción, es efecto de una Bondad Infinita, porque es efecto del Amor Infinito.

El esplendor de la caridad divina en todas las cosas

Pero esto no se entendería de ningún modo, si se hablara de un amor cualquiera, de un amor vulgar. Más aún ningún amor humano basta para explicar este gran misterio. Sólo la caridad sapientísima y por esto teniendo un fin altísimo, más allá del cual ya no hay cosa alguna, ella sola, consiguientemente, tiene razón y virtud para hacer servir todas las cosas a sí misma; y por eso de los males saca bienes bastante mayores y de los mismos pecados obtiene los padecimientos, de las muertes o los gozos de la resurrección y el exceso de la dicha eterna.

Verdaderamente ese inmenso peso de gloria que Dios ha preparado ab aeterno a la caridad transfundida en la creación, no habría podido darse, si una Mente altísima no hubiera subordinado a la caridad, a su aumento, a su perfección, a su gloria, no sólo todos los bienes, sino también todos los males: pues el amor se prueba sobre todo en la prueba de los males, como el oro en el fuego. Por lo que cuanto es necesario, otro tanto es cierto, que, como dice el Apóstol, toda la creación gime y está en dolores de parto (Rom 8, 22). Pero ¡qué júbilo no debe traer este parto tan doloroso! Y no sólo ella (la creación), sino también nosotros, continúa diciendo Pablo, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos. Pero ¿tal vez sin esperanza? No, sino esperando la adopción filial, la redención, de nuestro cuerpo (Rom 8, 23). Que este es precisamente el fin del universo, y de sus dolores y penas; esta la expectación de la creación que gime: la creación está aguardando en anhelante espera la revelación de los hijos de Dios (Ib 19). Y ya antes lo había dicho Cristo a sus discípulos: La mujer cuando está de parto está triste, porque llegó su hora; pero cuando ya ha dado a luz el niño, no se acuerda más de la angustia, por la alegría de que ha nacido al mundo un hombre. Así también vosotros estáis ahora tristes; pero yo os veré otra vez y vuestro corazón se alegrará y nadie os quitará ya vuestra alegría (Jn 16, 21. 22).

La caridad de Dios, pues, se eleva muy por encima de las cosas presentes. En todas las obras del poder o de la justicia o de la sabiduría divina, con los ojos de la fe debemos ver resplandecer, una igual caridad; que Dios es igualmente bueno en todas sus disposiciones, porque siempre es Caridad: es tal por esencia; y todo lo hace y lo provee con su esencia. Y ciertamente veremos este esplendor de caridad divina en todas

las cosas, si consideramos el fin altísimo, al que todas las cosas están ordenadas con necesaria concatenación.

Sólo los que no tienen el don de la fe, o que limitan su atención a cada cosa en particular, a cada acontecimiento en particular y no los contemplan en el gran todo y en la última existencia que ha de durar perpetuamente, hacia la cual camina el gran todo; sólo estos se escandalizan de los sucesos y de las vicisitudes de este mundo, no sabiendo descubrir en muchos de ellos la Caridad Infinita que los mueve y que los conduce, como Caridad que a su ver es demasiado sublime.

El fin de la caridad es el principio del orden de la caridad

Pero vosotros, hermanos, aun aquí encontraréis con júbilo una nueva excelencia, ese modelo de caridad, que debéis imitar en la condición de vida elegida por vosotros. Pues si el fin altísimo de la caridad, considerado en las obras de Dios es el principio de la Teodicea, el mismo fin altísimo, aplicado a las obras que nosotros nos proponemos ejercitar, es el principio del orden de la caridad. Que la caridad sólo es suma cuando está bien ordenada, cuando conduce las acciones, como decíamos, a la salvación eterna de las almas.

Por otra parte del ser, el fin único y simplicísimo, no reduce la actividad de los hombres caritativos, como si por él se excluyeran las múltiples clases de acciones benévolas y benéficas.

Nadie, hermanos, queda excluido; y ¿queremos saber el por qué? Precisamente porque el blanco al que mira la caridad es único sí y simplicísimo, pero al mismo tiempo, es altísimo; y por eso queda bajo él un amplio lugar para todos los fines y bienes no últimos de las acciones humanas, sobre las cuales ella desde lo alto ejerce su dominio, moderándolos, ordenándolos,

sublimándolos, sirviéndose de ellos como de otros tantos medios y actos propios.

Estamos llamados, pues, como nos dijo Cristo, a la imitación de Dios. Como Dios obra todo y permite todo en la creación por amor –que todo lo que sale de Él debe tener el sello de su esencia, que es caridad y tiene por fin la bienaventuranza eterna de las criaturas inteligentes–, así caridad deben ser, hermanos míos, todas nuestras diversas y múltiples operaciones, aun las que miran a la vida temporal, intelectual, o a la vida de toda otra vida, quiero decir la virtud moral y la santidad, que se refunden inmediatamente en la caridad como en su propia plenitud.

No nos cansemos, pues, de ayudar a los hombres, aun en lo referente a sus necesidades de la vida presente o a adornar la mente con toda clase de conocimientos útiles. Pero tomemos estos oficios como medios para procurarles los bienes mejores y los únicos verdaderos, porque son los únicos que permanecen, a saber eternos; que los beneficios hechos a la humanidad pueden llamarse con este nombre, cuando tienen por madre a la caridad que los eleva al cielo. Hay, pues, una caridad temporal, y otra caridad intelectual; pero ni la una ni la otra serían caridad, si no estuvieran ordenadas a la caridad moral y sobrenatural.

La profundidad de la caridad

No parece que después de todo esto se pueda llevar más adelante el elogio de la caridad y la descripción de sus magnificencias. Pero recordáis que queda todavía el cuarto de sus atributos esenciales, o sea de sus dimensiones infinitas indicadas por el Apóstol, a saber la profundidad, de la que todavía no hemos dicho nada.

Y verdaderamente la Caridad no sólo se ensancha tan sin medida que abraza a todas las cosas y se alarga de modo que dura perpetuamente, es inmortal y tan sublime que se eleva cada vez más con sus alas hasta el Ser Infinito; sino que además de todo esto, se hunde hasta el abismo, según que la mencionada doctrina del que fue arrebatado hasta el tercer cielo.

¿Qué es, pues, hundirse hasta el abismo?

¿Qué, sino humillarse sin límites? Ciertamente es inepto para la grandeza de la caridad el que no es humilde sin medida. La soberbia, hermanos, ignora la caridad: esta no entró en el mundo soberbio y no entra en el corazón hinchado de ningún hombre.

La humillación del Hijo de Dios trajo la caridad a los humildes. Escuchad al Apóstol: el cual teniendo la naturaleza gloriosa de Dios no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y la muerte de cruz (Flp 2, 6 - 8). Y añade: Por ello Dios le exaltó sobre manera y le otorgó un nombre (Flp 2, 9); que es el fin y el término último de la caridad.

La profundidad de la caridad está en la humillación y en el sacrificio

Pero la altura sin medida de este fin envuelve en sí y pide, como condición indispensable, la profundidad sin medida de la humillación y lo que es consecuencia de la humildad, el sacrificio. Que por esto precisamente se quemaban antiguamente las víctimas, para indicar el holocausto de la caridad.

Por lo que si comprendiéramos, hermanos, esa caridad de Cristo que excede toda ciencia, como quiere el Apóstol, entenderíamos también esas otras palabras de Juan, que en esto hemos conocido el Amor, en que Él ha dado su vida por

nosotros; por lo que añade que nosotros debemos también la vida por nuestros hermanos: *Et nos habemus pro fratribus animas ponere* (1 Jn 3, 16).

Y he aquí cómo la caridad es amiga de la muerte; que cuando se encuentra por ella, es el testimonio mayor de nuestra fe, es martirio. Por lo que está escrito: es fuerte el amor como la muerte, tenaz, como el Seol, la celosía, flechas de fuego son sus flechas, sus llamas, llamas de Yavé (Cant 8, 6).

Y cuando digo la muerte, comprendo, hermanos, todas las penas de esta vida; que no deben debilitar nuestro ánimo, porque no pueden debilitar el de la caridad. Por lo que la vida del amador digo la vida de la caridad. Por lo que la vida del amador digo la vida de vosotros elegís, hermanos, debe ser sin duda vida de combates y de sufrimientos, de solicitudes por los demás, y de olvido de vosotros mismos. Que quien se alista bajo el estandarte de la caridad, confiado en el Maestro que la ha enseñado, entra en la milicia del Señor: y sabe que el Señor, su Capitán, hace de sus soldados más débiles, otros tantos héroes.

¿Presumimos, quizá, esperando tanto? –No, hermanos míos; pues, lo digo una vez más, no esperamos en nosotros mismos, sino en el Señor; y sabemos que nuestra misma esperanza viene de Él y con su valor se conforta. ¿Cómo conoceremos, pues, la voz del soldado de la caridad? Hela aquí: recitaré sus palabras: espero que cada uno de vosotros la sienta en su corazón: –Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? El que aún a su propio Hijo no perdonó sino que lo entregó por todos nosotros ¿cómo no nos dará gratuitamente Él todas las cosas? – ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación o angustia, la persecución o el hambre, o la desnudez o el peligro o la espada?

Según está escrito que: Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día; somos considerados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todas estas cosas salimos triunfadores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes ni las futuras ni las potestades ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús nuestro Señor.

Tanta, hermanos, es la profundidad de la caridad: pues la profundidad de la caridad no es sino la profundidad del sufrimiento, en el que vive y resplandece el acto más perfecto y más poderoso de la misma caridad.

La altura del fin produce la profundidad de la caridad

Pero ¿de dónde saca la naturaleza de la caridad este temple de vivir, por decirlo así, en el fuego y brillar más hermosa en la profundidad del dolor, del que su operación en la creación recibe la última forma de perfección? No de otra cosa, sino de aquella su altura inconmensurable, de la que os hablé hace poco, hermanos.

La altura produce la profundidad de la caridad. Y verdaderamente, siendo el fin, en el que la caridad se fija, superior a todas las cosas, las tiene todas bajo sí misma, y por lo mismo también al dolor: como poderosa señora hace que todas le sirvan a sí misma: Estimo, en efecto, dice también el Apóstol, que los padecimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom 8, 18).

Esta gloria ahora yace escondida dentro de nosotros y como cubierta con el velo de la fe; pero entonces se manifestará, también en nosotros, fulgurante; y se comprobará abiertamente cuál y qué grande es el fin de la caridad. Oh fin altísimo, fin gloriosísimo, fin

que explica el mismo misterio de la muerte del salvador, diciendo Pablo que para obtener la gloria que se le proponía, soportó la cruz, aceptando valientemente la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios (Heb 12, 2).

¿Quién no deseará lograr un fin tan grande? ¿O qué grandeza y ardor de deseo puede ser proporcionado a él?

Que de un fin tan alto y deseable no sólo se deriva, como de su fuente purísima, la profundidad de la caridad, que penetra en los secretos dolores de las muertes más atroces y en las tinieblas del sepulcro: sino que, de la inaccesible altura de este fin, como de causa tiene su origen también los otros dos atributos y dimensiones, a saber la anchura y la longitud de la caridad.

Pues no siendo este fin eterno sino el mismo Dios como caridad esencial, este fin, esta caridad hecha de la substancia de Dios no puede tener término, sino que debe descansar en sí misma eternamente. Teniendo además bajo sí todas las cosas, es preciso que se difunda sobre todas; para que se concentren en sí, como en fuego, los rayos de su calor triunfante, reflejados por todas las criaturas. Que esto es verdaderamente amar todas las cosas: hacer que todas ellas se ordenen a la caridad final.

Soberbia y profundidad de la abyección carnal vencidas por la caridad

Verdaderamente, si la caridad del Hombre- Dios no hubiera desplegado un vuelo tan sublime que llegó hasta el seno de Dios Padre, de donde había partido y cuya gloria solamente buscaba, ¿cómo hubiera podido ser tan profunda por inefables humillaciones y sufrimientos inconcebibles? ¿Y cómo Cristo no se habría cansado de los hombres? ¿Cómo no había tenido asco y hastío de la inmundicia que cubre la haz del mundo, y justa indignación contra la iniquidad y la culpa de todo el género humano?

Pero escuchad cómo habla Él mismo de Israel en Jeremías: Si pudieran medirse los cielos allá arriba y sondarse por abajo los cimientos de la tierra, también yo rechazaría a la casa de Israel por todo lo que ha hecho –dice Yavé (Jer 31, 37).

He aquí de nuevo la altura de los cielos, he aquí de nuevo la profundidad del abismo: la caridad del Señor más alta que aquella, más profunda que esta. Ahora bien ¿quién ha medido el espacio que hay entre nosotros y la cima del cielo?

¿O quién, aun con la mirada, penetró hasta el centro de la tierra? ¿Quién, pues medirá la altura o penetrará toda la profundidad de la caridad de Cristo? Por eso Dios no rechazará a la casa de Israel, dice por boca del Profeta.

Son muy grandes también las alturas de la soberbia humana, pero mensurables: sólo la altura de Dios no sufre medida. Son grandes también las profundidades de la abyección humana en la corrupción carnal: pero el abismo de la Humanidad penitente, paciente, y que muere, del Redentor es bastante más profundo. La caridad, pues, tiene dimensiones más grandes que cualquier cosa creada; y por esto puede triunfar de todo, porque todo es menos grande que ella. Y verdaderamente triunfa de ello y sólo ella dice: Yo he vencido al mundo (Jn 16, 33). Por otra parte también dice: No temáis, pequeño rebaño; porque vuestro Padre se ha complacido en daros el Reino (Lc 12, 32).

La caridad parte del seno de Dios y se compendia en la cruz de Cristo

¡Qué dulcísima voz, hermanos, es esta! Es la voz que nos alienta a la noble empresa. Y su amado sonido sale de todos estos monumentos, que nos rodean, de la caridad del hijo de Dios, de todas estas imágenes y signos de su Pasión, de este monte de mirra, consagrado a la Víctima expiatoria; sale de aquella

cruz ensangrentada y sin embargo gloriosísima, que recapitula en sí misma todo mi razonamiento. Pues precisamente en ella reconocieron los Santos expresadas simbólicamente las cuatro dimensiones infinitas de la Caridad de Dios y de Cristo y de sus discípulos, de las que os he estado hablando.

Hable por todos el Doctor Angélico: Cristo, dice, en cuyo poder estaba elegirse el género de muerte que hubiera querido, pues sufría muerte por impulso de caridad, eligió la muerte en Cruz, en la que están las cuatro dimensiones predichas. Allí está la anchura en ese leño transversal al que están clavadas las manos, porque nuestras obras deben extenderse hasta los enemigos. Allí está la longitud en ese leño vertical en el que se apoya todo su cuerpo, porque la caridad debe ser perseverante y salvar al hombre. Allí está la altura en ese leño superior sobre el que está reclinada su cabeza, porque nuestra esperanza debe elevarse a las cosas eternas y divinas. Allí también está la profundidad en aquella porción del leño que se esconde bajo tierra y sostiene la Cruz sin ser visible, porque la profundidad del amor divino nos sostiene, y se comprende, que la razón de la predestinación excede nuestro entendimiento (In Ep ad Eph 3, Lect V)

Y séame permitido añadir: para que se vea el exceso del amor bajo el exceso del dolor y la fortaleza triunfante de la caridad se envuelve en el manto fúnebre de la debilidad y de la última abyección y los rayos de la divinidad inmortal se oscurecen en el aspecto cadavérico del último entre los hombres.

EL SACRIFICIO

*Quinto discurso sobre la doctrina de la caridad
14 de agosto de 1852*

*Mi amado es para mí un manojito de mirra, Que reposa
entre mis pechos
Cant. 1, 13*

El deseo de vivir junto a un gran amor

¿Qué deseo, amados hermanos, los trajo esta mañana al templo de Dios, frente a su altar?

¿Qué has venido a preguntarme?

Responded: te pedimos que seamos acogidos en el Instituto de la Caridad como sus miembros. No tenemos otro propósito u otro deseo que dedicarnos a amar a Dios y hacer el bien al prójimo; y para hacer un poco más, busquemos ayuda en esta sociedad de hermanos, unánime en este sentido.

¡Alabado sea Dios! Por eso la caridad fue la esencia perfumada que te atrajo con sus fragancias y te impulsó a pedir este vínculo fraterno. Deseas unir tu corazón con muchos otros corazones para vivir un amor mayor.

Has elegido bien. Nada es más dulce y feliz que vivir la vida que tiene su consistencia en amar. Amar con amor verdadero, es decir, con la caridad de Jesús Nuestro Señor.

Es una vida inmortal, que llena de alegría cada pensamiento y cada respiración.

Entonces, ¿qué te responderé? Diré: ¿Estás entrando en el gozo de tu Señor? (Mt 25, 21) ¡Ah! Esta dulce invitación te será dirigida otro día por Jesucristo mismo. Y la amorosa expectativa de ese feliz día construye nuestra fortaleza.

Hoy mis palabras deben ser de otro tenor.

Antes de hacer con Dios, con su Iglesia, con esta sociedad religiosa, el nuevo pacto con el que se consagran a la caridad ilimitada del Salvador, y antes de aceptar tu promesa irrevocable, permíteme recordarte en este poco tiempo que nos queda, lo ardua que es esta empresa, y darte valor.

De hecho, no te escondo que la inmensa alegría que siento por tu santísima elección se mezcla con un sentimiento que se asemeja a la compasión, como por víctimas que se inmolan ante mis ojos y de mi mano.

Algunos dirán: ¿por qué hablar de compasión en esta feliz circunstancia? ¿Por qué necesita consuelo alguien que está a punto de abrazar lo que le agrada sin límites? La compasión y el consuelo van a quienes se embarcan en empresas repugnantes a la naturaleza, ante las cuales el corazón recuerda; hazañas que solo se pueden lograr con una fuerza extraordinaria y un gran autocontrol. Nada de esto. Se trata solo de amar y unirse con otros que aman, de amar más. ¿Qué es más natural para el hombre, más deseable para su corazón, que el amor? ¿No fue el hombre creado por Dios por esta misma razón?

El amor es natural, no el orden del amor

Amadísimos, vosotros que estáis bien instruidos sobre los secretos íntimos de la caridad divina, no me digáis así. Ya

sabes a dónde va mi pensamiento. Me propongo mostrar a los que no saben y recordar a los que saben que la profesión de una vida de caridad es un sacrificio continuo y requiere grandeza de alma. A ustedes, que están a punto de abrazarla con generoso corazón, entréguense plenamente al Señor que los llama, ya todos nosotros, deseosos de abrazarlos como compañeros en el holocausto del amor, señalaré las fuentes puras y perennes de las que sacamos la fuerza y la confianza que necesitamos.

Sí, el amor es natural para el hombre y, por tanto, fácil y dulce. ¿Pero el orden del amor también es fácil y dulce? No, hermanos míos, porque el amor viene con amar las cosas en la medida y proporción del amor que merecen.

Ahora bien, en primer lugar, ya es difícil saber y evaluar correctamente el grado de dignidad que tienen las cosas, a partir del cual merecen ser amadas. Quien hace este juicio es la sabiduría, pero es algo difícil para la ignorancia y la pequeñez de la mente humana.

En segundo lugar, la dignidad de las cosas a menudo se presenta de forma falsa. Las apariencias del bien engañan y seducen. Aquí hay una segunda dificultad que uno encuentra al ordenar sus afectos.

En tercer lugar, admitamos también que el verdadero bien se distingue del ilusorio. Este bien falso e ilusorio, aunque reconocido como tal, ejerce sin embargo una acción seductora sobre los sentidos y el corazón; y quien quiera dominarlos y gobernarlos sabiamente debe luchar contra sus propios instintos. A menudo, pelea dura y peligrosa, que se reaviva cuando parecía que ya estaba ganada.

Y esto es cierto para todo amor virtuoso, incluso para el propio de la naturaleza humana. El hombre, de hecho, es un ser, por así decirlo, dual: en algunos aspectos, animal; en otros, inteligente. Desde el punto de vista animal, tiene facultades e instintos que lo limitan al corto alcance del mundo sensible y transitorio; como ser inteligente, sin embargo, vive en otro mundo, eterno, infinito, no comprensible con los sentidos.

Con esta mejor naturaleza aspira a un tipo de bienes que tienen un valor y una dignidad infinitamente mayores que los bienes a los que tiende con su vida animal.

Pero a menudo este último le urge con mayor urgencia y concreción. Los bienes reales, los más grandes, a los que también está destinado, le parecen más distantes, y no sólo impalpables, sino como formas tenues de una belleza difícil de captar viva incluso con el mismo pensamiento; una belleza casi evanescente.

Con todo el poder y con todo el esfuerzo de que es capaz su libre albedrío, el hombre debe impulsarse y hacerse violencia para acercarse a estos bienes, alcanzarlos y conquistarlos. Este esfuerzo continuo es fatiga y sufrimiento, mientras la carne lo pesa y quiere distraerlo continuamente de su generoso compromiso, porque quiere tenerlo todo para sí.

Si el hombre accede a esta llamada halagadora, el orden del amor ya se ha desvanecido, y con el orden mucho del amor: la mejor parte.

Al contrario, digo más: en igual medida la aversión y el odio por la realidad sublime e inmortal a la que tendía se han apoderado del hombre. Por eso San Agustín dijo: "Si amas mal, por eso mismo odias; si odias bien, amas".

Doble lucha por que el amor sea ordenado

Esta es la primera lucha que surge en nosotros por la naturaleza dual, animal e inteligente, que nos constituye; y en sí mismo hace muy difícil el amor ordenado, es decir, el único amor verdadero y pleno. El instinto ciego de la parte inferior, precisamente por ser ciego, quisiera absorberlo todo; la inteligencia, en cambio, presenta al hombre bienes inmortales de inestimable valor, lo invita gentilmente a sí mismo, y con autoridad le exige subordinar, o si es necesario sacrificar, todo el amor a los bienes efímeros al amor a los bienes eternos.

Este sacrificio es a menudo necesario, porque el placer y la justicia a menudo chocan y contrastan entre sí. Entonces comienza una segunda pelea, más dura y exigente que la anterior.

En efecto, mientras se trate de moderar un mal deseo del instinto para que no haga a todo el hombre esclavo de sí mismo, no parece que sea necesario un gran esfuerzo, sino en los momentos en los que todo el bien y el placer terrenal chocan y chocan con el deber y con virtud, entonces el hombre, si quiere mantener ordenado el amor dentro de sí, sólo puede hacerlo con una fortaleza heroica que antepone este amor a la vida misma.

Hermanos míos, el amor verdadero requiere necesariamente que el hombre esté dispuesto a morir por amor. Quien no sabe morir no sabe amar. Y aprender a amar es aprender a morir. La profesión de quien se consagra al amor equivale a la consagración de una víctima que se inmola.

Esto también es cierto para un amor simplemente humano. ¡Cuántos murieron para defender a su esposa e hijos! ¡Cuántos se sacrificaron por su país! ¡Cuántos ponen la lealtad jurada a

su señor antes que sus vidas! A muchos les parecía poca cosa derramar la sangre por un amigo.

E incluso el amor mundano tiene sus mártires, y muchos.

Ahora bien, ¡cuánto más esta combinación del amor con la muerte, del gozo de uno con las agonías del otro, se hace realidad en un amor que no sólo es ordenado porque es virtuoso, sino incluso sobrenatural! Amor del que sólo uno es maestro e inspirador, y está crucificado.

No me detendré, queridos hermanos, a describir los torrentes de sangre que regaron y fertilizaron todas las regiones de la tierra por este amor tan generoso. No les hablaré de los miles de mártires de Cristo, que ciertamente conmueven sus corazones. No les diré que todos los cimientos de esta Iglesia Católica, que se eleva al cielo y se extiende hasta los confines de la tierra, y que incesantemente, a lo largo de los siglos, crece en grandeza y gloria, todo rojo con la única sangre derramada por el único amor.

Quiero hablaros de otros sufrimientos, batallas y agonías que los verdaderos amantes de Jesucristo, siguiendo el ejemplo y con la fuerza de su divino Maestro, han soportado incluso sin sacrificio, pero momentáneo. Las ansiedades de las que pretendo contar son continuas.

Angustias y tormentos del fuego del amor

Indescriptibles son los sufrimientos de quienes aman el Bien Supremo con todos ellos mismos, con afectos más que humanos, que sobrepasan y postran las capacidades naturales del corazón, y a pesar de ello se ve continuamente privado de la presencia y plena posesión de su Amado.

Es un amor tan extraordinario como el conocimiento que lo genera.

Quienes aman el Bien Supremo lo conocen por un conocimiento íntimo, superior a todas sus capacidades cognitivas; un conocimiento inmediato que el mismo Bien Infinito le provoca, ampliando infinitamente sus facultades naturales.

El corazón siente la desproporción entre él y este conocimiento no humano del Bien amado y sabe que debe expandirse más allá de sus propias fronteras naturales. Por eso, ante tan gran conocimiento y amor, la pobre naturaleza humana se siente derrotada, derrotada, casi aniquilada.

No puedo decir; díganlo ustedes, almas santas, encendidas y atormentadas suavemente por el fuego de este amor, ustedes que ahora gozan en su interior del Amor que tanto tiempo han codiciado, y lo contemplan con el rostro abierto en la morada del cielo; contarte cuáles fueron los tormentos del amor y la angustia que has sentido aquí en la tierra, sufriendo y amando, cuando el que más ardientemente deseabas estaba ausente. Lo resume, lo sabía; sin embargo, todavía estaba lejos, todavía escondido, todavía no poseído por completo.

Dilo, santa Esposa del Cantar de los Cantares, imagen viva de estas almas. Te asustas. Haz oír tus llantos y gemidos, tu llanto. Ve en busca de tu amado, y pregunta a quien te encuentres que te diga dónde vive: ¡Lo busqué, pero no lo encontré!

¿Has visto al amado de mi corazón? (Cant. 3, 2 - 3) Amor de mi alma, dime dónde pastas, dónde descansas por la tarde, para que no me equivoque en perseguir los rebaños de tus compañeros. (Cant. 1, 7).

No lo encuentras y te sientes falto: Sostenme con flores, consuélame con frutas, porque languidezco de amor (Cant. 2, 5). En ausencia de tu amado, solo encuentras refrigerio en las flores de la virtud y en los frutos de las obras santas.

Amados, los que aman a Dios no podrían vivir mucho tiempo en esta tierra, si al menos no tuvieran el consuelo que proviene de practicar las virtudes que agradan a sus amados y de las obras santas que los hacen más queridos. De hecho, para este amor es tan querido amar como ser amado. Surge, pues, un contraste dentro de este amor maravilloso, casi una lucha tremenda entre dos fuerzas muy poderosas: por un lado, el amante busca al amado con una energía ilimitada, para poseerlo y amarlo aún más; por otro, con igual vehemencia, anhela ser amado por él, y este amor rechaza el ímpetu del primero, porque sabe que será amado más por él, cuanto más obra bien lejos de él, peregrino en esta vida terrena.

Por tanto, el deseo de merecer el amor vence y refrena el mismo deseo de disfrutarlo. Me gustaría ser anatema en beneficio de mis hermanos (Rm 9, 3).

Es cierto que incluso en esta vida, aunque todos envueltos en los misterios de la fe, asnos que amamos infinitamente con amor sobrenatural, no se nos oculta del todo. Pero precisamente esto alimenta el sufrimiento y la angustia del alma amante: de hecho lo que ve y saborea de él le hace comprender que su amado es de una belleza y dulzura infinita, pero no basta para darle plena posesión. Ella ve y saborea lo suficiente para hacerle sentir la enormidad de su privación.

Es aquí donde se originan los inauditos esfuerzos que hace el alma para rasgar, si puede, los velos y el misterio que no le permiten consumir la unión plena con el Bien Supremo.

La oración requiere renuncia y desapego universal

Pensad, queridos míos, en los esfuerzos que el alma amorosa debe hacer incluso para entrar, ya que en esta vida mortal es posible, en conversación íntima con el amado.

Esta relación íntima se llama oración.

Preguntémonos: ¿por qué la oración es casi desconocida para los hombres del mundo? ¿Y por qué son pocos entre los propios críticos que alcanzan el nivel más alto de oración? En esta elevación de su alma a Dios, ¿no encuentra el amante el gozo más exquisito, la satisfacción más plena, la luz más radiante, la vida más exuberante, la mayor cercanía a su bien? ¿Por qué, entonces, la oración es tan escasa?

Porque quien quiera llegar a su cumbre debe abandonar toda su naturaleza, abandonarse a sí mismo y emprender el vuelo dentro de otro: dentro de Dios.

Es una especie de alienación de la mente: nada creado se busca y se encuentra allí. Aquí cesa todo soporte de imágenes sensibles, condiciones normales del pensamiento humano. De hecho, buscamos un bien que sea totalmente diferente a los bienes de la naturaleza: un bien que no tenga imágenes que lo representen, ni similitudes entre las realidades del universo.

Por tanto, la unión del alma amorosa con Dios, en el momento más dulce de la oración suprema, requiere una renuncia y un desprendimiento universal y total de todo lo más placentero y necesario para la naturaleza humana. Requiere el olvido y el abandono interior de todo lo que da placer, de todo lo que buscan las facultades humanas, de la tierra, del universo y de sí mismas.

¡Se necesitan alas fuertes para tomar ese vuelo! ¡Qué atrevimiento, qué esfuerzo, qué sacrificio debe hacer el alma generosa, aunque solo sea para esquivar lo mucho que su amado le da y le muestra en esta vida! tanto de ser divino que los mortales no ven ni prueban sólo después de la muerte. De hecho, no me verá como un hombre que vivirá más tarde (Ex 33, 20).

Y verdaderamente esta tensión del alma orante y contemplativa es muy parecida a la muerte, separada de todos los sentidos corporales, de todos los tiempos y espacios, de todas las criaturas, para permanecer firmes y firmes sólo en Dios.

Toda la vida de los santos, es decir, de los grandes amantes, está entretejida con estos actos de oración y contemplación que los mantienen constante y habitualmente elevados por encima de toda la creación, mientras que todos los poderes de la naturaleza, con atracción contraria, los abruma, para arrancarlos de esa altura sublime y arrastrarlos hacia abajo.

Así llegan a encontrarse, casi objetos de tensión y contención, entre dos fuerzas más poderosas que ellos mismos: la del amor celestial que los eleva, y la de todos los placeres, todos los dolores y hasta todas las necesidades, de la naturaleza, que unánimemente los deprime y los devuelve a la tierra.

Por eso, para consagrarse servidores devotos a las sublimes exigencias de este amor más gozoso, pero combatido, más intenso, es necesaria una firmeza heroica.

Sospechas sobre su propio amor

¡Oh, si el hombre de Dios tuviera la certeza de que en él la caridad vence siempre las lisonjas y los asaltos de sus enemigos!

En cambio, lo ignora, o al menos lo duda.

¿Y cómo convencerlo de que sea aprobado, de que sea querido por su amado Señor? ¿Quién le puede dar la certeza de que en los muchos momentos difíciles de la vida, en las peligrosas y fuertes tentaciones, en los impredecibles momentos de la prueba, nunca disgustará a Dios con sus acciones?

Esta incertidumbre provoca ansiedad, agitación, desamor en el verdadero amante de Dios: “¿Realmente me amo? ¿Merezco ser amado? ¿Todo este ardiente cariño mío es sólo una ficción con la que me engaño y casi trato de engañar a mi Dios?

¿Es mi corazón sincero? ¿O en el fondo, en lugar del amor de Dios, se esconde un mal amor por mí, que me engaña? Quizás el enemigo que se convierte en ángel de luz se está burlando de mi alma”.

El corazón humano es de tal profundidad, que nadie puede sondear el oscuro abismo, porque Dios, que escudriña los riñones y el corazón (Sal 7, 10) y descubre el mal incluso en los nuevos ángeles (Job 4, 18).

Como el corazón de una madre salta al ver a un brutal asesino blandir un cuchillo a su pequeño hijo, y al encontrarse sentada, teme no poder, apresurándose, escapar del golpe asesino, también lo hace el alma amorosa de Dios, cuando llega una fuerte tentación. , palidece y tiembla de miedo incluso ante la sola idea de ser ganado y perder al Bien amado. Por eso, muchas veces anhela morir, para no tener que encontrarse con oportunidades y peligros para ofender a su Señor.

Incluso la misma posibilidad de esta ofensa es un tormento continuo y cruel para ella, y se reprocha y se queja: “Si realmente lo amara sería más fuerte, no tendría estas tentaciones; los enemigos de mi alma no se atreverían tanto conmigo”.

Sus dudas aumentan, perturbando la serenidad de su mente, cuando considera y contradice, y tal vez exagera, sus infidelidades e imperfecciones cotidianas; y por dentro siente un amargo reproche: “¡Qué lejos estás de amar a tu amado como se merece!”.

Estas ansiedades y estos reproches íntimos, el miedo a ponerse en las ocasiones del pecado, la sospecha del amor, son un continuo esfuerzo y entrenamiento amoroso, en el que el verdadero amante se consume y al mismo tiempo se perfecciona.

Ciertamente Dios lo anima y sigue aumentando su fuerza para la lucha; pero no lo priva por completo de la prueba y el sufrimiento beneficiosos.

Amor penitente

Está entonces, queridos hermanos, el atroz tormento que genera el amor divino cuando se apodera de un alma que antes estaba descarriada y pecadora. En este caso, el amor divino despierta en el hombre un afecto maravilloso, que se diría contrario al que lo generó. El nuevo amor le provoca un odio indecible hacia sí mismo, una aversión tanto más feroz cuanto más fuerte es el amor. Habiéndose convertido en un gran oponente de sí mismo, este hombre se detesta a sí mismo, se atormenta, se desprecia a sí mismo y nunca se sacia de las dificultades contra sí mismo.

Por tanto, incluso con respecto a esta guerra benéfica, que surge en el corazón del pecador que se ha convertido en amante de Dios, se puede decir que Cristo no vino a traer la paz, sino la espada. Una espada que, como dice el Apóstol, penetra hasta la división, de lo animal de lo espiritual en el hombre (Hb 4, 12).

Las lágrimas de la penitencia son muy amargas, y benditos los suspiros y sollozos del corazón contrito. La penitencia va a las plazas o lugares desiertos, pálidos y demacrados, flagelados, vestidos con ropas andrajosas y escuálidas, descalzos, con los ojos bajos, coronando la cabeza de espinas; se derrama en lágrimas y gime, acusándose; y desde el cielo, la tierra, las bestias y toda la naturaleza siempre piden nuevos sufrimientos, la única gracia a la que aspira. Ella es muy ingeniosa solo para inventar nuevos tipos de sufrimientos, para castigar en sí misma las ofensas cometidas contra su Señor, conocidas demasiado tarde. Y recordar esas ofensas es su martirio más cruel.

Aún no satisfecha con todo su ingenio, ruega que su Señor, ofendido por ella, la golpee más. Y ella le besa la mano, cuanto más feliz más recibe de ella enfermedades dolorosas u otras tribulaciones de cualquier tipo.

Imagínese una mujer joven y atractiva, hermosa de rostro y apariencia, elegante en su vestimenta y adornada con joyas, ciegamente perdida en las vanidades y placeres del mundo.

Imagina que el divino esposo de las almas le revela, aunque sea por un instante, algún pequeño rayo de luz propia, y que, de repente, el destello de ese bien antes desconocido que es el Señor, la joven favorece el amor.

¡Qué cambio tan extraordinario!

Ese corazón tan hinchado de vanidad, tan codicioso y orgulloso de los placeres terrenales, se rompe de repente por el miedo y el dolor. Miserable y afortunada a la vez, la joven se quita sus suntuosos vestidos y sus preciosos adornos; de la cabeza, con las flores, también se rasga el cabello; lleva un saco tosco y sucio, una cuerda alrededor de su cintura, otra

alrededor de su cuello. Con la cabeza sacudida y cubierta de polvo, se apresura a salir de la casa, corre por la ciudad y las aldeas circundantes, llora y se golpea el pecho, dando a conocer sus pecados y su arrepentimiento. Luego regresa y distribuye todas sus posesiones a los pobres. Ahora vivirá mendigando las sobras que los mismos pobres rechazan. En estas y grandes penitencias vivirá toda su vida. Querría incluso deformar la vana belleza que fue ocasión de sus propios pecados y los de los demás, y que las maceraciones no han arruinado del todo. A ella le gustaría y lo haría, si no estuviera autoritariamente prohibido.

Ya habéis comprendido que la insaciable penitente que os he descrito es Margarita de Cortona, una de las mil y mil almas que han apoyado y deseado generosamente las crudezas del amor penitente. Amor divino, que siempre se complace, de diferentes maneras, de encontrar el dolor, de tratar de superarlo y de obtener un nuevo aumento en el amor.

De hecho, esta es la nota característica del acto de amor: es más pleno, más delicioso, más grande, más sufre por aquel que es toda su alegría.

El amor penitente arde en los inocentes

Se me dirá: el amor divino impone estas penitencias; pero sólo a aquellos que, después de haber vivido en la confusión del pecado, se convirtieron y acogieron.

No es tan. En primer lugar, ¿hay algún hombre que no esté pecando? Y quien haya defendido al Bien Supremo, a quien conoció y amó, ¿encontrará acaso el castigo proporcional a lo que sabe que se merece pecando?

Pero supongamos también que hay un hombre inocente y que también es un amante perfecto (estamos, en efecto, hablando de los sacrificios que la perfección del amor divino impone al hombre, que la perfección del amor divino impone al hombre, esa perfección última a la que se propone. para atender incesantemente a quienes se consagran todos a la caridad). ¿Qué hará este hombre sin pecado que ama a Dios perfectamente?

¿Qué efectos tendrá en él este amor particular y extraordinariamente fuerte? ¿Solo felicidad, alegría, exuberancia?

Entre todos los hijos de Adán, sólo conozco a uno justo e inocente para sí mismo, Pero... ¡Oh, Dios! ¡A qué angustia le ha llevado el amor arrepentido! Sus ojos derraman lágrimas indescriptibles y su pecho suspira profundamente,

¡por el espíritu de penitencia! ¡A qué esfuerzos lo sometió el deseo de apaciguar la justicia divina desde la cuna hasta la tumba!

Entre todos los hijos de los hombres, este justo emerge como un brote en una tierra árida. No tiene belleza ni esplendor; quita de sí mismo, por tristeza, el deseo de los hombres. Despreciado, último de los hombres, quien lo mira sólo ve en él al hombre del dolor, al hombre que experimenta la enfermedad humana; su rostro está como escondido por el velo del dolor que lo envuelve y lo vuelve detestable.

Queridos míos, verdaderamente asumió nuestras debilidades y asumió nuestros dolores; Y nosotros, los ciegos, lo hemos juzgado como a un leproso, golpeado por Dios y humillado. Pero fue plagado por nuestros pecados, y consumido por nuestros pecados. El castigo del cual vino la paz para nosotros

cayó sobre él; y por sus heridas todos nosotros, verdaderos pecadores, hemos sido sanados. Todos fuimos descuidados con la oveja descarriada, cada uno desviándose de su camino, y Dios, amado inconmensurablemente por este inocente, puso sobre él la iniquidad de todos nosotros. Pero fue sacrificado porque quiso, impulsado por su gran amor, y como un cordero mudo delante del que lo esquila, por lo que no abrió la boca (Is 53, 2 - 7).

¡Maravilloso prodigio del amor divino! Por su fuerza inexorable, el inocente toma el manto de muerte de todos los pecados del mundo; olvida y esconde los derechos de su propia inocencia y santidad, ya su amado Padre le dice, disfrazado de pecador: “¡He aquí el Hijo del Hombre que ha pecado! Tus ejecuciones serán satisfechas: castígalo”.

He aquí, hermanos, cómo el amor de Dios, tan sorprendente, tan misterioso, transforma de pronto al justo por excelencia en el más grande penitente.

Y esta transformación se renueva continuamente en todos los santos, justificada por un solo santo. Porque la naturaleza del amor divino, que une y cambia los opuestos, es siempre la misma.

Cuanto más se acercaban a él los seguidores de Jesucristo y participaban de su inocencia, más, como él, bebían de la copa de su gran penitencia. Y cuanto más se alejaban del pecado, más tomaban su apariencia, por exceso de humildad y caridad, vistiéndose con los pecados ajenos y ofreciéndose para llevar dentro de sí el amargo castigo.

¿Quién, más que su inmaculada Virgen Madre, bebió de la amarga copa del Señor? Su alma bendecida fue traspasada por la misma espada de la pasión del Hijo, porque, en virtud del

amor, había fusionado su ofrenda con la del Hijo, y había hecho solo una de las dos víctimas.

Por tanto, el amor de Dios, que ilumina y mueve el alma del pecador arrepentido a las austeridades de la penitencia, y lo hace implacable consigo mismo, es el mismo amor que despierta en justos e inocentes un ardiente deseo de sufrir por los pecados de otros. De hecho, aman la justicia eterna, que exige satisfacción, y tienen compasión de sus hermanos pecadores. Anhelan aliviarlos del castigo que merecen y obtener el perdón para ellos.

El amor de la compasión

De hecho, una de las principales características del amor verdadero es la compasión.

¡Cuántas cosas dice esta expresión: compasión por el amor! Aquí tenemos otra fuente inagotable de sufrimiento por amor.

La compasión es una mezcla de dulzura y dolor con la que el hombre siente en sí mismo, como propio, los sufrimientos y males de todos sus hermanos. Por compasión, un hombre sufre tanto como todos los demás sufren juntos, porque

concentra y acumula los males de todos en su corazón. Y cuanto más perfecto es el amor, más aumenta este tipo de sufrimiento. Entonces el Apóstol, casi sorprendido de sí mismo, exclama:

¿Quién es débil sin que yo sea débil? ¿A quién se le hace pecar sin que yo no me preocupe intensamente? (2 Cor. 11, 29)

Para comprender plenamente la enormidad del dolor que conlleva el gran y perfecto amor, debemos atravesar con la mente todas las miserias de la vida humana a la que están sujetos nuestros hermanos: la pobreza, por la que millones están sin

comida ni vestido; enfermedades, que las consumen de tantas formas atroces; las aflicciones y pasiones, que perturban las almas e incluso y para siempre trastornan la mente; las muertes violentas y, más graves que la muerte, la ignorancia, los errores, la discordia hasta el punto de la sangre, las injusticias, el acoso, las maldades de todo tipo, que deshonoran a la humanidad y la precipitan en gran medida a la perdición eterna.

El corazón compasivo de quien ama ardientemente a sus semejantes piensa en todo este montón de terribles desastres; está casi aplastado y derribado.

El que más amó, y que tenía en sí tanto amor sobrenatural, lo sabe bien que se lo dio a todos en abundancia. El que en Getsemaní, por compasión por sus hermanos y por él mismo, sintió tal opresión en su corazón que repelió la sangre en toda su persona, la hizo salpicar, correr a gotas por su rostro y ropa y empapar el suelo.

En ese momento todas las miserias de los hombres, como un torrente en plena inundación, se precipitaron sobre esa alma divina, y por compasión y amor se volvieron suyas. Ese sublime modelo nuestro, ese verdadero amante, habiendo llegado al momento supremo de la agonía, no hubiera podido seguir viviendo si la prodigiosa omnipotencia no le hubiera enviado un ángel para sostener sus energías humanas, ahora incapaz de soportar el enorme peso de su caridad de compasión.

Este hecho misterioso nos abre los ojos a una gran y maravillosa verdad: la naturaleza humana, por perfecta que sea, no tiene en sí misma la fuerza suficiente para soportar la compasión que el amor total y perfecto la impulsa a forzar. Solo Cristo, creo, ha experimentado este último y perfecto grado de amor.

Compasión: el dolor de todos los dolores

Nada puedo decirles que sea más grande que este amor desmesurado de compasión. Pero puedo hablarles de lo fecundo que es, porque del dolor brota más dolor.

Como un rayo luminoso, golpeando más espejos, se multiplica, reflejado de uno a otro, así el dolor que nace de la compasión del dolor de los demás, se convierte él mismo en objeto de compasión.

¿Quién, de hecho, pudo amar a Jesucristo sin sufrir por su sufrimiento? ¿Qué alma entregada a él fue capaz de elegirlo como su propio marido, y no se alimentó de su pasión como alimento aprobatorio, aunque muy amargo?

En la Pasión de Cristo captamos diferentes y concomitantes tipos de sufrimiento, pero permítanme decirles que considero más grande que todo lo que surgió de la compasión por él mismo y por el mundo. Esto, en efecto, era más constante e íntimo en él, y en un solo dolor todo lo que los otros dolores tenían de más amargo y de más exquisito.

El amor de compasión es casi como una gran lente que recoge todos los rayos de luz y calor concentrándolos en un solo fuego.

Sería demasiado largo, y más allá de mi capacidad para hablar, revisar y describirles los increíbles y prodigiosos efectos que la contemplación amorosa y compasiva de la pasión del Señor ha producido no solo en el alma, sino en los mismos cuerpos de los santos amantes de Cristo, incluso para llevar dentro, impresas y esculpidas, sus heridas sangrantes.

Piensen ya en los sagrados estigmas del seráfico San Francisco de Asís y muchos otros después de él, y la corona de espina que

ensangrentaron la cabeza de Verónica Giuliani y la de otros tiernos amantes de Cristo. Siempre el amor que primero desangró al Cordero immaculado hasta la muerte, luego hirió a los seguidores del Cordero con el mismo dardo; y a veces los ha penetrado tan agudamente, que los ha llevado a agonías y agonías mortales. Tampoco hubo un solo santo que no dijera: Mi amado es un manojo de mirra, que reposará sobre mi pecho (Cant.1, 13).

¿Qué decir entonces?

Ciertamente esto, hermanos míos: el hombre está hecho para amar, y por naturaleza el amor va acompañado de dulzura; de hecho, la dulzura es su esencia misma; pero quien, por ello, llega a la conclusión de que el amor es fácil de practicar y que vivir una vida consagrada a la caridad, que es el amor más perfecto, es un agradable paseo por un camino de flores sin espinas, nunca debe haber experimentado las diferentes caras y efectos opuestos del amor verdadero.

¡Son pocos los que hacen toda la experiencia!

¿Y por qué pocos si solo hay placer fácil?

Escuchemos lo que dice el que trajo el amor a la tierra: ¡Cuán estrecha es la puerta y cuán angosto el camino que conduce a la vida! Y añade: ¡y qué pocos son los que lo encuentran! (Mt 7, 14).

El peso del amor en las obras

Hasta ahora hemos hablado de los afectos que la caridad de Cristo suscita interiormente en el alma, y entre ellos la de la compasión. Hemos visto lo que pide el alma a los sufrimientos y sacrificios, incluso este amor de compasión, y qué y cuánta fuerza debe haber tenido quien sostiene hasta el final una lucha tan cruel.

¿Será más fácil, menos doloroso, el amor que se expresa afuera, con las obras? ¿Las acciones que surgen de la compasión hacia nuestros hermanos que sufren, requieren poco esfuerzo, poco trabajo, sin ansiedades y sin dolor? ¿Son las obras que expresan externamente el amor de una naturaleza totalmente contraria a su motivo interno?

Queridos, ya sabes la respuesta. En primer lugar, el grado de vigilancia que el hombre ejerce sobre sí mismo en todas sus acciones para no causar el menor daño a su hermano, es proporcional a la intensidad de su amor al prójimo. Y ya por sí misma, esta vigilancia, cuando es perfecta y continua, es un grave lastre para el hijo de Adán,

cuyas facultades diría que actúan de forma tan desorganizada y desordenada. ¡Cuántas privaciones y renunciaciones personales impone esta atención constante para no dañar a los demás, para no ser un escándalo o un inconveniente para ellos! Crea esa adaptación siempre nueva y diferente a la condición de los demás, que el Apóstol esculpió en estas maravillosas palabras: Hazte todo para todos (1 Co 9, 22).

Pero el amor tampoco se conforma con esto. A la preocupación de no poner obstáculos al bien de los demás, combina la de aliviar sus males y hacer todo el bien posible a cada hermano.

Olvídense de sí mismo y de sus propias inclinaciones, quien ama voluntariamente se constituye en un estado muy noble de servicio continuo. Y sabe que solo puede hacerlo si se obliga a practicar todas las virtudes más elevadas. Sólo con las virtudes puede alcanzar la meta de su amor: beneficiarse y beneficiarse sin medida. Por esto San Pablo dice: El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso.

No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1 Co 13, 4 - 7).

En resumen, no puede haber perfecta caridad en el hombre si no hay también en él la perfección de todas las virtudes.

Si los sabios del paganismo siempre han considerado muy difícil alcanzar la perfección de cualquier virtud, una empresa aún más ardua y heroica es practicarlas todas.

Pero debo decir más: esto excede las fuerzas naturales del hombre, y conviene que Dios mismo se una con el hombre para obrar esta maravilla en él y con él.

Confortémonos al amor con la verdad del amor

La caridad de Cristo, por tanto, es todo esto. Y no sé si tengo que añadir algo más, porque incluye en sí mismo no solo todos los preceptos de la ley, sino que es el fin mismo de todos los preceptos (1 Tim 1, 5), y de ella dependen toda la ley y los profetas (Mt 22, 40).

Si pensamos, hermanos, que concurrir a la caridad de Cristo implica esforzarse con todas las fuerzas espirituales, físicas y con toda la vida, para adquirir y practicar todas las virtudes, no nos sorprende que el hombre, ante tan vasta y heroica empresa, se siente débil y sucumbir. De hecho, nos parece razonable que, sintiéndonos débiles e incapaces, pidamos ayuda y consuelo.

Y la ayuda, queridos míos, en una obra como esta, que excede las posibilidades de la naturaleza, viene de Dios y solo de él. Del Dios que os dio la vocación a este Instituto.

Consuelo, entonces, de alguna manera también podemos darnos unos a otros; y solo para consolarlos, no para

aterrorizarlos, les digo estas cosas. Mis palabras no serían de consuelo si velara y ocultara la grandeza de la empresa que se nos propone. ¿A qué te consolaría y animaría si te ofreciera un concepto falso o imperfecto, o parcial, del trabajo al que te quiero consolar? Al contrario, es recomendable que a partir de ahora conozcas todo lo difícil y grande en esta empresa.

Se dice que el águila demuestra la autenticidad de su descendencia, levantándola para que se encuentre con el sol, para ver si la mira fijamente. Por eso Dios quiere que, con los ojos de la fe, casi sin pestañear, miremos la luz de su ley de perfección y comencemos a volar hacia ella conociéndola. Ésta es, de hecho, la prueba de la vocación a la que están llamados, hermanos míos.

Por eso, confiando en su fe en Dios, quiero exaltar aún esta empresa suya, e invitarlos a repensar las obras generadas por los afectos ardientes y las virtudes sublimes de la caridad de Jesucristo.

Si el Señor te llama a la caridad, de hecho tendrás que salir al encuentro de tu prójimo, es decir, de todos los hombres, para ayudarles en todos los sentidos y en todos los esfuerzos que se te manden.

Imita a los santos, modelos en el amor al prójimo

Piense en Juan de Dios. Es un pobre que se cree que está loco; los hombres lo metieron en la cárcel. Se convierte en enfermero, consolador, padre y madre de cientos de infelices que, atormentados por diversas enfermedades, languidecen en un vasto hospital. Él mismo, que no poseía nada en este mundo, había construido sobre los cimientos ese lugar de acogida para la humanidad sufriente. Él lleva su vida con ellos; consume su

fuerza para aliviar su dolor. Después de ayudar a los enfermos, entierra los cadáveres con sus propias manos y reza por ellos. Tienes que imitarlo.

Piense en Girolamo Emiliani. Es rico y se convierte en mendigo por amor de Cristo. Recorre calles y plazas, reúne a los niños más abandonados, a los huérfanos más solitarios. Con tanto amor los limpia de su inmundicia y les procura grandes edificios, que surgen como por el encanto de su caridad. Tienes que imitarlo.

Piense en Giuseppe Calasanzio, venerable sacerdote que deja a un lado todo sueño de dignidad eclesiástica y estudios de doctrinas superiores, para enseñar a los niños a leer y escribir y que abre para ellos numerosas escuelas de educación cristiana. Tienes que verlo como tu modelo a seguir.

Ignacio, otro de estos heroicos amantes de Dios, abre gimnasios y academias de las más altas doctrinas en todas partes.

Camilo de Lellis vela por las noches en la cpezzale de enfermos y moribundos. Sin temor al contagio o la peste, los ayuda a morir santos, e instruye y capacita a los discípulos para este servicio.

Otros, como Giovanni di Matha, Felice di Valois, Pietro Nolasco, profundamente conmovidos por la compasión por los esclavos cristianos que sufren y arriesgan su fe en manos de los infieles, se empapan para redimirlos. Al no tener otros medios, se venden como esclavos para devolver la libertad a esa pobre gente.

Otros viven con negros esclavos en las Américas, como Peter Claver. Como si fuera uno de ellos, comparte sus penurias y sufrimientos.

Otros, por el amor de ganar almas para Cristo, abandonan su patria y abandonan todo lo más querido; se exponen a los riesgos de viajes larguísimos y anuncian el Evangelio a los pueblos más atrasados ya los mismos primitivos. Todas las tierras más inhóspitas, todas las costas más remotas están rojas con su sangre gloriosa.

El fuego de la caridad resplandece en la vida apostólica

¿Qué les diré alguna vez sobre la vida apostólica, en la que la caridad se atreve a dar sus mayores pruebas y hace brillar más la llama de su fuego divino? Hay innumerables ejemplos de quienes han obedecido el mandato del Señor y han seguido su ejemplo: El Buen Pastor da la vida por sus ovejas (Jn 10, 11).

Las increíbles labores de Pablo inmediatamente vienen a la mente, nos dijo: Efectivamente, siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda. Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos; con los que están bajo la Ley, como quien está bajo la Ley -aun sin estarlo- para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin ley, como quien está sin ley para ganar a los que están sin ley, no estando yo sin ley de Dios sino bajo la ley de Cristo. Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. (1 Cor 9, 19 - 22).

¿Ministros de Cristo? -¡Digo una locura!- ¡Yo

más que ellos! Más en trabajos; más en cárceles; muchísimo más en azotes; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez lapidado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en alta mar. Viajes frecuentes; peligros de

ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez. (2 Cor 11, 23 - 27).

Notas

No sabes lo que estás preguntando: ¿podrías beber la copa que estoy a punto de beber? (Mt 20, 22).

La caridad implica en su naturaleza el espíritu de mortificación y penitencia, porque lo demostró en Jesús.

Lo que exige el amor de Dios: sacrificio total. El espíritu santo. Merecer. Jesucristo considera que el gozo es un mérito. Disfrutar.

Lo que hace Dios Providencia. Nos dispone con gran reverencia (Sab 12, 18 Vlg)

Lo que el hombre agrega de los suyos. El espíritu de penitencia. El espíritu de empresa y de vida apostólica, uno opuesto al otro. El miedo trae alegría. San Juan Bautista. Aunque ande en medio de las sombras de la muerte, no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo (Sal 22 - El Señor me guía).

Jesús venció el mundo del placer:

1.- despreciando todo lo visible (todo este poder te daré... Lc 4, 8)

2.- Sufriendo todo el dolor: en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, donde murió.

La caridad cubre multitud de pecados (1 P 4, 8).

El mayor mandamiento (Mt 22:38)

El propósito del mandato es la caridad (1 Timoteo 1: 5)

Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él
(1 Jn 2:15)

También nosotros debemos dar la vida por nuestros
hermanos (1 Jn 3:16)

No amamos con palabras y con la lengua, sino con la obra la
verdad (1 Jn 3:18)

Si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano, es un
mentiroso (1 Jn 4:20)

Bienaventurados los perseguidos (Mt 5, 13)

Somos perseguidos (1 Cor 4, 12; 2 Cor 4, 9; 12, 10)

Serán perseguidos (2 Tim 3, 11)

Si me persiguieron a mí, también te perseguirán a ti (Jn 15,
20; Lc 11, 49; 21, 12)

Estamos preocupados por tu exhortación (2 Cor 1: 6)

En la tribulación invoqué al Señor (Sal 109: 1) Y en todos los
lugares sacrifican (Mt 1,11) Ofrecer un sacrificio de justicia (Sal 4, 6)

El Sacrificio.

Corresponde plenamente a la vocación del Instituto un
holocausto.

Doctrina del holocausto.

LA VISIÓN DE DIOS

Sexto discurso sobre la doctrina de la caridad 1 de julio de 1855

Coloca a la reina a tu derecha

Sal 44, 10

El 29 de septiembre de 1854, Antonio Rosmini debió haber recibido la profesión religiosa de otros hermanos asociados a él para vivir la caridad. Debió haberles hablado del quinto y último eslabón de la cadena de oro que se une a Dios: la gloria o visión de Dios.

En su lugar, un hermano presidió la celebración. Don Antonio estuvo detenido en Rovereto, su tierra natal. “Me han envenenado”, le dijo a su cuñada una mañana. Al amanecer del 1 de julio de 1855, celebración litúrgica de la Preciosísima Sangre del Señor, murió.

A los 58 años cumplió su vida, intemperante y muy trabajador, constantemente conforme a la voluntad de Dios. El Maestro del Amor selló su testimonio, no solo asociándolo con su propio holocausto, sino haciendo él mismo la cadena de oro: llamó a su Siervo a la visión de Dios.

Apuntes

La reina está a tu derecha (Sal 44, 10)

Las vírgenes son conducidas tras ella (Sal 44, 15)

Las vírgenes representan a los cristianos ordinarios. La reina representa a los cristianos comprometidos con la perfección, es decir, a los religiosos.

El ejemplo de Jesús, que tuvo la visión beatífica y el mayor dolor. Los dos extremos se unieron. Algo parecido ocurre en sus seguidores.

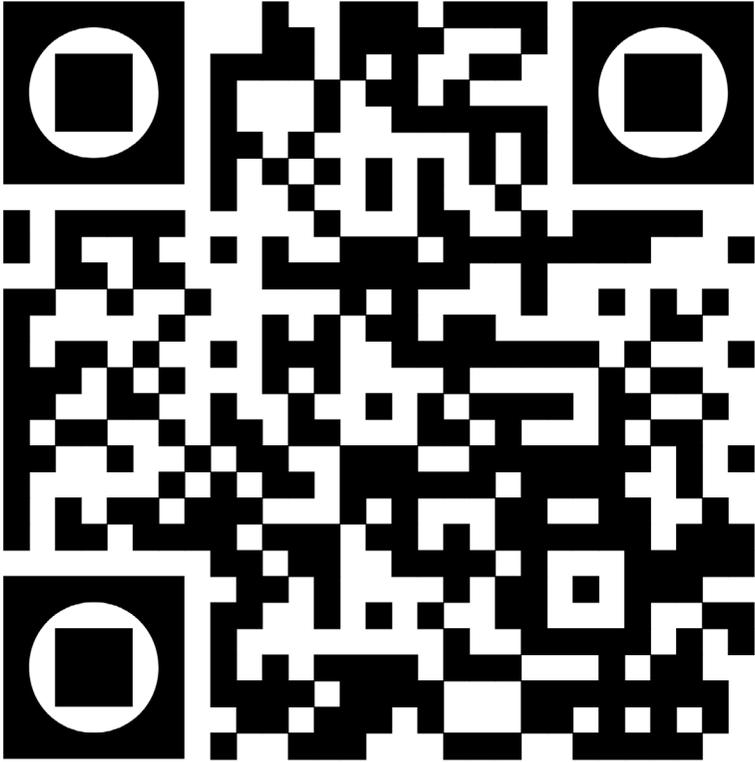
El justo me reprende con misericordia y me devuelve pero el aceite de los impíos no perfuma mi cabeza (Sal 140: 5).



Publicación digital de Ediciones Clío.

Maracaibo, Venezuela,

Mayo 2023



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación Integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

Dr. Jorge F. Vidovic

Director Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Nota: Para contactarnos puede dirigir su comunicación a:

edicionesclio.es@gmail.com - jorgevidovicl@gmail.com

Web: <https://www.edicionesclio.com/>

